Johann Wolfgang von Goethe

Werther

HE recogido con afán todo lo que he podido encontrar referente a la historia del desdichado Werther, y aquí os lo ofrezco, seguro de que me lo agradeceréis. Es imposible que no tengáis admiración y amor para su genio y carácter, lágrimas para su triste fin.
Y tú, pobre alma que sufres el mismo tormento ¡ojalá saques consuelo de sus amarguras, y llegue este librito a ser tu amigo si, por capricho de la suerte o por tu propia culpa, no encontraste otro mejor!
LIBRO I
4 DE MAYO DE 1771
¡CUÁNTO me alegro de mi viaje! ¡Ay, amigo mío, lo es el corazón del hombre! ¡Alejarme de ti, a quien tanto quiero; dejarte, siendo inseparable, y sentirme dichoso! Sé que me lo perdonas. ¿No parece que el destino me había puesto en contacto con los demás amigos, con el exclusivo fin de atormentarme? ¡Pobre Leonor! Y, sin embargo, no es culpa mía, ¿Podía yo evitar que se desarrollase una pasión en su desdichado espíritu, mientras me embelesaba con las gracias hechiceras de su hermana? Así y todo, ¿no tengo nada que echarme en cara? ¿No he nutrido esa pasión? Más aún: ¿no me he divertido frecuentemente con la sencillez e inocencia de su lenguaje, que muchas veces nos hacía reír, aunque nada tenía de risible? ¿No he?.. ¡Oh! ¡Qué es el hombre, y por qué se atreve a quejarse? Quiero corregirme, amigo mío; quiero corregirme, y te doy palabra de hacerlo; quiero no volver a preocuparme con los dolores pasajeros que la suerte nos ofrece sin cesar; quiero vivir de lo presente, y que lo pasado sea para mí pasado por completo. Confieso que tienes razón cuando dices que aquí abajo habría

menos amarguras si los hombres (Dios sabrá por qué los ha hecho como son) no se dedicasen con tanto ahínco a recordar dolores antiguos, en vez de soportar con entereza los presentes.
«Di a mi madre que no dejaré de la mano su asunto, y que le daré noticias de él lo más pronto que pueda. He visto a mi tía: lejos de encontrar en ella a la perversa mujer que ahí me hablaron, te aseguro que tiene excesiva viveza y excelente corazón. Me he hecho eco de las quejas de mi madre por la parte de herencia que le retiene, me ha explicado su conducta y los motivos que la justifican; también me ha dicho bajo qué condiciones está dispuesta a entregarnos aún más de lo que pedimos. Basta de esto por hoy, di a mi madre que todo se arreglará. He visto una vez más, amigo mío, en este negocio insignificante que las equivocaciones de la negligencia causan en el mundo más daño que la astucia y la maldad; bien es cierto que éstas abundan menos.
«Por lo demás, aquí me encuentro perfectamente. La soledad de este paraíso terrenal es un precioso bálsamo para mi alma, y esta estación juvenil consuela por completo mi corazón, que con frecuencia se estremece de pena. Cada árbol, cada planta es un ramillete de flores, y siente uno deseos de convertirse en abeja, para revolotear en esta atmósfera embalsamada, sacando de ella el necesario alimento.
«La ciudad propiamente dicha es desagradable; pero en sus cercanías brilla la naturaleza con todo su esplendor. Por eso el difunto conde de M... hizo plantar su jardín en una de estas colinas, que se cruzan en variado y encantador panorama, formando los valles más deliciosos. El jardín es sencillo, y se observa desde la entrada que el plan, más que engendro de sabio jardinero, es combinación de un alma sensible, deseosa de gozar de sí misma. Muchas lágrimas he consagrado ya a la memoria del conde en las ruinas de un pabelloncito, que era su retiro predilecto y que también es el mío. En breve seré yo el dueño del jardín: en sólo dos días me he sabido granjear la buena voluntad del jardinero y te aseguro que no llegará a arrepentirse de ello.»
10 DE MAYO
«Reina en mi espíritu una alegría admirable, muy parecida a las dulces alboradas de la primavera, de que gozo aquí con delicia. Estoy solo, y me felicito de vivir en este país, el más a propósito para almas como la mía, soy tan dichoso, mi querido amigo, me sojuzga de tal modo la idea de reposar, que no me ocupo de mi arte. Ahora no sabría dibujar, ni siquiera hacer una línea con el lápiz; y, sin embargo, jamás he sido mejor pintor Cuando el valle se vela en torno mío con un encaje de vapores; cuando el sol de mediodía centellea sobre la impenetrable sombra de mi bosque sin conseguir otra cosa que filtrar entre las hojas algunos rayos que penetran hasta el fondo del san-tuario, cuando recostado sobre la crecida hierba, cerca de la cascada, mi vista, más próxima a la tierra, descubre multitud de menudas y diversas plantas; cuando siento más cerca de mi corazón los rumores de vida de ese pequeño mundo que palpita en los tallos de las hojas, y veo las formas innumerables e infinitas de los gusanillos y de los insectos; cuando siento, en fin, la presencia del Todopoderoso, que nos ha creado a su imagen, y el soplo del amor sin limites que nos sostiene y nos mece en el seno de una eterna alegría; amigo mío, si los primeros fulgores del alba me acarician, y el cielo y el mundo que me rodean se reflejan en mi espíritu como la imagen de una mujer adorada, entonces suspiro y exclamo: «¡Si yo pudiera expresar todo lo que siento! ¡Si todo lo que dentro de mí se agita con tanto calor, con tanta exuberancia de vida, pudiera yo extenderlo sobre el papel, convirtiendo éste en espejo de mi alma, como mi alma es espejo de Dios!» Amigo... Pero me abismo y me anonada la sublimidad de tan magníficas imágenes,».
12 DE MAYO

«No sé si vagan por este país algunos genios burlones, o si sólo existe dentro de mí la vívida y celestial visión que da apariencias de paraíso a todo lo que me rodea. Cerca de la ciudad hay una fuente, donde estoy encantado, como Melusina con sus hermanas. Siguiendo la rampa de una pequeña colina se llega a la entrada de una gruta; bajando después unos veinte escalones se ve brotar entre las rocas un agua cristalina. El pequeño muro que sirve de cinturón a la gruta, los corpulentos árboles que le dan sombra, la frescura del lugar, todo atrae y todo causa una sensación indefinible.
«Ningún día paso menos de una hora en este sitio, al que las muchachas de la ciudad acuden por agua: ejercicio inocente y necesario que en otro tiempo desempeñaban las mismas hijas de los reyes. Sentado aquí, pienso con frecuencia en las costumbres particulares, veo a los hombres de antaño hacer sus conocimientos y buscar sus mujeres en la fuente; sueño con los genios benéficos, moradores de los arroyos y manantiales. El que no sienta lo que yo siento no sabe lo que en un día de verano es la saludable frescura de un riachuelo después de una jornada penosa.»
13 DE MAYO
«¿Me preguntas si debes enviarme mis logros? ¡Por Dios, hombre, no me abrumes con ese aumento de equipaje! No quiero que me guíen, que me exciten, que me espoleen: aquí me basta mi corazón. Sólo echaba de menos un canto que me arrullase, y he encontrado en mi Homero más de lo que buscaba. ¡Cuántas veces templo con sus versos el hervor de mi sangre! Porque tú no conoces nada más desigual, ni más variable que mi corazón. Amigo mío: ¿necesitaré decírtelo, a ti que has sufrido más de una vez viéndome pasar de la tristeza a la alegría más alborotadora, y de una dulce melancolía a la pasión más violenta? Trato a este pobre corazón como a un niño enfermo, le concedo cuanto me pide. No se lo cuentes a nadie, que no faltaría quien dijese que con ello cometo un crimen.»
15 DE MAYO
«Ya me conoce y me quiere la gente humilde de estos lugares: sobre todo los niños. Cuando al principio me acercaba a ella, le dirigía amistosamente tal o cual pregunta, había quien, recelando que quería divertirme a su costa, me volvía la espalda sin pizca de urbanidad. No me desanimaba esto, pero me hacía pensar con insistencia en una cosa que antes de ahora he observado, y es que los que ocupan cierta posición social se mantienen siempre impasibles a cierta distancia de las clases inferiores del pueblo, como si temieran mancharse con su contacto, habiendo también calaveras y bufones que fingen acercarse a esta pobre gente, cuando su verdadero objeto es hacerle sentir con más fuerza el peso de la voluntad.
«Bien sé que no somos iguales ni podemos serlo; pero, en mi opinión, el que cree preciso vivir alejado de lo que se llama pueblo para que éste le respete, es tan despreciable como el mandria que se oculta de sus enemigos por temor de que le venzan.
«Hace poco estuve en la fuente y encontré en ella a una criadita, que, habiendo colocado su cántaro al pie de la escalinata, buscaba con la vista a alguna de sus compañeras para que le ayudase o colocárselo sobre la cabeza. Bajé, y fijando en ella mi mirada le dije: «¿Quieres que te ayude, hija mía?» «¡Oh señor!...», balbució, poniéndose roja como una amapola. «¡Bah!, fuera escrúpulos...» La ayudé a salir del apuro, me dio las gracias y se fue.»
17 DE MAYO
«He hecho conocimientos de todos géneros, aunque sin formar sociedad con nadie. Algún atractivo, que no me doy cuenta, debo de tener para muchas personas que espontáneamente se me acercan con deseos de intimar; por mi parte, siento el separarme de ellas cuando sólo un breve rato seguimos el mismo camino. Si me preguntas cómo es

la gente de este país, te diré: «Como la de todos.» La raza humana es igual en todas partes. La inmensa mayoría emplea casi todo su tiempo en trabajar para vivir, y le abruma de tal modo la poca libertad de que goza, que pone de su parte cuanto puede para perderla. ¡Oh destino de los mortales!

«Por lo demás, la gente es buena. Si algunas veces me entrego con ella a placeres que aún quedan a los hombres, como son el charlar alegre, franca y cordialmente en torno a una mesa bien servida, organizar una expedición al campo, un baile u otra diversión cualquiera, me encuentro en mi elemento, con tal que no se me ocurra entonces la idea de que hay en mí otra porción de facultades que debo ocultar cuidadosamente, por más que se enmohezcan no ejercitándolas. ¡Ah!, esto desgarra el corazón, pero el hombre nace para morir sin que le hayan conocido. ¡Ay! ... ¿Por qué no existe ya la amiga de mi juventud? ¿Por qué la conocí? Me diré a mí mismo: «¡Insensato! Buscas lo que nadie encuentra en la tierra.» Y, sin embargo, yo lo he encontrado; yo he poseído aquel corazón, aquella alma superior, en cuya presencia me figuraba ser más de lo que soy, porque era cuanto yo podía ser. ¿Qué fuerza de mi espíritu, Dios mío, estaba entonces paralizada? ¿No podía yo desplegar ante ella la maravillosa sensibilidad con que mi corazón abraza el universo? ¿No era nuestro trato una cadena continua de los más delicados sentimientos, de los ímpetus más vehementes, cuyos matices, hasta los más superficiales, brillaban con el esmalte del talento? Y ahora..., ¡ay! Tenía algunos años más que yo, y ha llegado antes al sepulcro. Jamás olvidaré su privilegiada razón y su indulgencia más que humana. Hace algunos días encontraré a M. V., joven franco y expansivo, y de una fisonomía que revela felicidad. Ha acabado sus estudios y, sin presumir de genio, está convencido de que no todos valen lo que él. Mis observaciones atestiguan que es laborioso; en resumen, sabe algo. Habiendo averiguado que dibujo y poseo el griego (dos fenómenos en este país), cultiva mi amistad alardeando frecuentemente de erudito, pasa revista desde Bateux hasta Wood, desde Piles hasta Winkelmann, y me ha asegurado que conoce la primera parte de la teoría de Sulzer y que tiene un manuscrito de Heine sobre el estudio del arte antiguo. Yo le dejo hablar.

«También he hecho conocimiento con el juez, hombre excelente y de un carácter abierto y leal. Dicen que es delicioso verle rodeado de sus nueve hijos, y todo el mundo se hace lenguas de la hija mayor. Me ha ofrecido su casa, y un día de éstos le haré mi primera visita. Por permiso que le han concedido después de la muerte de su mujer, vive en una casa de campo, del príncipe, a legua y media de la ciudad. Ésta y la morada que en ella tenía habían llegado a serle insoportables. Por último también he encontrado aquí algunos entes en los cuales todo me parece fastidioso, y más fastidioso que nada, sus demostraciones de afecto.

«Adiós: esta carta te agradará; es historia desde el principio hasta el fin.»

22 DE MAYO

«Muchas veces se ha dicho que la vida es un sueño, y no puedo desechar de mí esta idea. Cuando considero los estrechos límites en que están encerradas las facultades intelectuales del hombre; cuando veo que la meta de nuestros esfuerzos estriba en satisfacer nuestras necesidades, que éstas sólo tienden a prolongar una existencia efímera; que toda nuestra tranquilidad sobre ciertos puntos de nuestras investigaciones no es otra cosa que una resignación meditabunda, y que nos entretene-mos en bosquejar deslumbradoras perspectivas y figuras abigarradas en los muros que nos aprisionan; todo esto, Guillermo, me hace enmudecer. Me reconcentro en mí mismo y hallo un mundo dentro de mí; pero un mundo más poblado de presentimientos y de deseos sin formular, que de realidades y de fuerzas vivas

«Cuantos se dedican a la enseñanza convienen en que los niños no saben darse cuenta de su voluntad; pero, por más que para mí sea una verdad inconcusa, no creerán muchos

que los hombres como los niños, caminando a tientas sobre la tierra, ignorando de dónde vienen y adónde van, son poco menos que autómatas y, exactamente como los niños, se dejan gobernar con juguetes, confites y azotes.
«Te concederé desde luego (porque sé que me lo puedes objetar) que los más felices son los que no se curan del pasado ni del porvenir, los que pasean, visten y desnudan su muñeca, y los que, dando cautelosas vueltas alrededor del armario donde la madre ha encerrado las golosinas, cuando logran atrapar el manjar apetecido, lo devoran a dos carrillos y gritan: «¡Más!» Estas criaturas son envidiables. También lo son las que, encareciendo con títulos pomposos sus frívolas ocupaciones, o tal vez sus pasiones, reclaman gratitud al género humano, como si para su salud y su dicha hubieran llevado a cabo alguna empresa gigantesca. ¡Feliz el que pueda vivir de este modo! Sin embargo, el hombre humilde que comprende adónde va todo a parar; el que observa con cuánta facilidad convierte cualquiera su huerto en un paraíso, y con cuánto tesón el infeliz que gime encorvado bajo el fardo de la miseria prosigue casi exánime su camino, aspirando, como todos, a ver un minuto más la luz del sol, está tranquilo, crea un mundo, que saca de sí mismo, y también es feliz, porque es hombre. Podrá agitarse en una esfera muy limi-tada; pero siempre llevará en su corazón la dulce idea de la libertad y el convencimiento de que saldrá de esta prisión cuando quiera.»
26 DE MAYO
«Hace mucho tiempo que conoces mi modo de alojarme, mi costumbre de hacerme una cabaña en cualquier punto solitario donde me instalo, sin ningún género de comodidades. Pues bien, aquí he encontrado un rinconcito que me ha seducido.
«A una legua de la ciudad está la aldea de Wahlhelm (1). Su situación al pie de una colina es muy agradable, y cuando, saliendo de la aldea, se sigue la vereda de una loma, llega a descubrirse de cuatro años de edad, que se había sentado en el todo el valle de una ojeada.
(1) El lector hará bien en no perder el tiempo buscando los lugares que se citen, porque ha sido necesario cambiar los verdaderos que se encontraban en el original. (Nota del autor.)
«Una viejecita muy servicial y de muy buen humor vende en un ventorrillo vino, cerveza y café. Lo que más me encanta son dos tilos que dan sombra con su amplio ramaje a una plazoleta que hay delante de la iglesia, rodeada de casas rústicas, de cortijos y de chozas. Conozco pocos parajes tan ocultos y tranquilos. Hago que desde mi al-bergue me lleven a él mi mesita y mi silla. y tomo café y leo a Homero. La primera vez que la casualidad me condujo bajo los tilos, era una hermosa siesta y encontré desierta la plaza: los aldeanos estaban en el campo. Sólo vi a un muchacho, como de cuatro años de edad, que se había sentado en el suelo, estrechando contra su pecho a otro niño de seis meses. Le tenía entre sus piernas, formando así una especie de asiento. A pesar de la vivacidad con que sus ojos miraban a todas partes, permanecía sentado y tranquilo. Este espectáculo me cautivó. Sentéme yo en un arado que había enfrente y dibujé con sumo gusto este episodio fraternal. Añadiendo los setos cercanos, la puerta de una cabaña y algunos pedazos de ruedas de carretas, todo con el desorden en que estaba; vi al cabo de una hora que había hecho un dibujo bien compuesto y lleno de interés, sin haber añadido nada de mi propia invención. Esto me aferró a mi propósito de no atenerme en adelante más que a la naturaleza. Sólo ella posee una riqueza inagotable; sólo ella forma a los grandes artistas. Mucho puede cacarearse en favor de las reglas; casi lo mismo que en alabanza de la sociedad civil. Un hombre formado según las reglas, jamás producirá nada absurdo y absolutamente malo, así como el que obre con sujeción a las leyes y a la urbanidad nunca puede ser un vecino insoportable ni un gran malvado; sin embargo, y dígase lo que se quiera, toda regla

asfixia los verdaderos sentimientos y destruye la verdadera expresión de la naturaleza. «No tanto—dirás tú; la regla no hace más que encerrarnos en justos límites; es una podadera que corta las ramas inútiles» Amigo mío, permite que te haga una comparación. Sucede en esto lo que en el amor. Un joven se enamora de una mujer, pasa todas las horas del día a su lado, le prodiga sus caricias y sus bienes, y así le prueba sin cesar que ella es para él todo en el mundo. Llega entonces un vecino, un empleado, que le dice: «Caballerito, amar es de hombres; pero es preciso amar a lo hombre. Divide tu tiempo; dedica una parte de él al trabajo, y no consagres a tu querida más que los ratos de ocio; piensa en ti, y cuando tengas asegurado lo que necesites, no seré yo quien te prohiba hacer con lo que te sobre algún regalo a tu amada; pero no con mucha frecuencia; el día de su santo por ejemplo, o el aniversario de su nacimiento...» Si nuestro enamorado le escucha, llegará a ser un hombre útil, y hasta yo aconsejaré al príncipe que le dé algún empleo; pero ¡adiós el amor!..., ¡adiós el arte!, si él es artista. ¡Oh amigos míos! ¿Por qué el torrente del genio se desborda tan de tarde en tarde? ¿Por qué muy pocas veces hierven sus olas y hacen que vuestras almas se estremezcan de asombro? Queridos amigos: porque pueblan una y otra orilla algunos vecinos pacíficos, que tienen lindos pabelloncitos, cuadrados de tulipanes y arriates de hierbajos que serían destruidos, cosa que saben ellos muy bien, por lo cual conjuran con diques y zanjas de desagüe el peligro que los amenaza.»

27 DE MAYO

«Ahora caigo en que entregado al éxtasis, a las comparaciones y la declamación, he dado al olvido referirte hasta el fin lo que fue de los dos muchachos. Sumergido en el idealismo artístico de que en desaliñado estilo, te daba razón mi carta de ayer permanecí dos horas largas sobre el arado. Una joven, con una cesta al brazo, vino por la tarde a buscar a los pequeñuelos, y gritó desde lejos: «Felipe, eres un buen chico.» Me saludó, le devolví el saludo, me levanté, me acerqué a ella y le pregunté si era la madre de aquellas criaturas. Me contestó afirmativamente, y después de haber dado un bollo al mayor, tomó al otro en sus brazos y le besó con toda la ternura de una madre. «Había encargado a Felipe que cuidase de su hermanito—me dijo—, y yo con el mayor de mis hijos he estado en la ciudad a comprar pan blanco, azúcar y un puchero—todo esto se veía en la cesta, cuya tapa se había caído—. Quiero dar esta noche una cena a mi Juan—éste era el nombre del más pequeño—. El mayor es un aturdido que me rompió ayer el puchero, peleándose con Felipe por arrebañarlo.» Le pregunté dónde estaba el mayor, y mientras me contestaba que corriendo en el prado detrás de un par de patos, apareció dando brincos y trayendo a Felipe una varita de avellano. Seguí hablando algunos momentos con esta mujer, y supe que era hija del maestro de escuela, que su marido estaba en Suiza en busca de una herencia que le había dejado un primo. «Querían engañarle—dijo—y no contestaban a sus cartas: por eso ha ido. ¡Con tal que no le suceda nada malo! Hasta ahora no he recibido noticias suyas.» Me separé con pena de esta mujer; di un kreutzer a los niños mayores, y otro a la madre para el más pequeño, diciéndole que cuando volviese a la ciudad le comprase en mi nombre una tortita. Después de esto nos separamos. Te juro, amigo mío, que cuando no estoy en calma basta para apagar mis arrebatos la presencia de una criatura como ésta, que recorre en un abandono feliz el círculo estrecho de su vida, sin pensar en el mañana, y sin ver en la caída de las hojas de los árboles otra cosa que la proximidad del invierno.

«Desde ese día voy frecuentemente a aquel paraje. Los muchachos se han acostumbrado a verme; yo les doy azúcar cuando tomo el café, y por la tarde ellos parten conmigo su pan con manteca y su cuajada. Ningún domingo dejo de darles un kreutzer, y si no estoy en casa cuando salen de la iglesia, lo reciben de mi pupilera, a quien dejo el encargo de hacerlo.

«Son cariñosos; me cuentan toda especie de cuentos y me divierto, sobre todo, con sus pasiones y la cándida explosión de sus deseos, cuando se reúnen con otros chicos de la aldea. Mucho trabajo me ha costado convencer a la madre que no debe inquietarse con la idea de que sus hijos puedan, como ella dice, incomodar al señor.»

30 DE MAYO

«Lo que te dije el otro día sobre la pintura es aplicable a la poesía: basta con conocer lo que es bello y atreverse a expresarlo. En verdad, no se puede decir más en menos palabras. He asistido hoy a una escena que, fielmente referida, sería el mesor idilio del mundo; pero poesía, escenario, idilio..., ¿qué falta hacen? ¿Es preciso, cuando debemos interesarnos en una manifestación de la naturaleza, que se halle artísticamente combinada?

«Si después de este exordio esperas oír algo grande y sublime, te llevas un gran chasco: es pura y simplemente una joven aldeana que me ha inspirado esta irresistible simpatía... Como de costumbre, referiré mal, y, como de costumbre me encontrarás, según creo exagerado. Culpa es de Wahlheim, y siempre de Wahlheim el que suceda así.

«Se había formado una reunión bajo los tilos para tomar café. Esto no me hacía gracia, e inventé un pretexto para echarme fuera.

«Salió un joven de una casa inmediata y se puso a componer el arado donde yo había dibujado poco antes. Me agradó su aspecto y le dirigí la palabra preguntándole por su manera de vivir. Pronto nos hicimos amigos, como siempre sucede con esta clase de gente; en seguida hubo intimidad entre los dos. Me contó que servía a una viuda que le trataba a maravilla. Por lo que de esto me dijo y por los grandes elogios que hizo de ella, conocí al punto que el pobre diablo estaba enamorado. Decía que no era joven, que había sufrido mucho con el primer marido y que temblaba ante la idea de contraer segundas nupcias. Su relato hacía verse de tal modo hasta qué extremo era a sus ojos bella y encantadora, y con cuánto afán deseaba que se dignase elegirle para borrar el recuerdo de las fal-tas de su primer marido, que yo debería repetírtelo palabra por palabra, para darte cabal idea de la inclinación desinteresada, del amor y de la fidelidad de este hombre. Necesitaría el talento del mejor poeta para pintar, al mismo tiempo, de una manera expresiva, la animación de sus gestos, la armonía de su voz y el fuego celestial de sus miradas. No, no hay palabras que puedan reproducir la ternura que rebosaba todo su ser y su lenguaje: cuanto yo te dijera sería pálido. Llamaba particularmente mi atención verle temeroso de que yo pudiera formar injustos pensamientos sobre sus relaciones o dudase de la intachable conducta de la viuda. El placer que experimenté oyéndole hablar de su figura y de su belleza, que, sin tener el encanto de la juventud, le atraía irresistiblemente y le encadenaba, no puedo explicármelo más que con el corazón. Nunca había visto un deseo apremiante, una pasión ardiente, unidos a tanta pureza; sí, puedo decirlo; nunca había imaginado ni soñado que existiese tal pureza. No hagas burla de mí si te confieso que al recuerdo de esta inocencia y de este candor me abraso en oculto fuego, languidezco y me consumo. Ahora deseo encontrar pronto ocasión de conocerla...; mejor dicho, y pensándolo bien, deseo evitarlo. Más vale que la vea por los ojos de su amante: acaso los míos no la verían de la manera que ahora la veo, ¿y qué gano en privarme de esta hermosa imagen?»

16 DE JUNIO

«¿Por qué no te escribo? Tú me lo preguntas; ¡tú, que te cuentas entre nuestros sabios! Debes adivinar que me encuentro bien y que..., en una palabra, he hecho una amistad que interesa a mi corazón. Yo he..., yo no sé...
«Difícil me será referirte de por sí cómo he conocido a la más amable de las criaturas. Soy feliz y estoy contento; por lo tanto, seré mal historiador.
«¡Un ángel! ¡Bah! Todos dicen lo mismo de la que aman, ¿no es verdad? Y, sin embargo, yo no podré decirte cuán perfecta es y por qué es perfecta; en resumen, ha esclavizado todo mi ser.
« ¡Tanta inocencia con tanto talento! ¡Tanta bondad con tanta firmeza! ¡Y el reposo del alma en medio de la vida real, de la vida activa!
«Cuando digo de ella no es más que una palabre ría insulsa, una helada abstracción, que no puede darte ni remota idea de lo que es. Otra vez..., no quiero contártelo en seguida. Si lo dejo, no lo haré nunca, porque (dicho sea para nosotros), desde que he comenzado esta carta, tres veces he tenido ya intención de soltar la pluma, hacer ensillar mi caballo y marcharme. Y, sin embargo, esta mañana me había jurado a mí mismo no ir; así y todo, a cada momento me asomo a la ventana para ver la altura a que se encuentra el sol.
.....

«No he podido vencerme: he ido a hacerle una visita. Heme ya de vuelta, Guillermo, estoy cenando y escribiéndote.
«Si continúo de este modo, no sabrás al fin más que al principio. Escucha, pues: procuraré sosegarme para poderte hacer una detallada relación de todo.
«Te dije últimamente que había hecho conocimiento con el juez S. y que me había invitado a visitarle en su retiro, o por mejor decir, en su reinezuelo. No me acordaba de esta visita, y acaso no la hubiera hecho nunca si la casualidad no me hubiese descubierto el tesoro escondido en este paraje solitario.
«La gente joven había dispuesto un baile en el campo, al que debía yo asistir. Tomé por pareja a una señorita bella y de buen genio, pero de trato indiferente, y convinimos en que yo iría con un coche a buscar a esta señorita y a su tía, que la acompañaba, para conducirlas al sitio de la fiesta y convinimos, además, en que al paso recogeríamos a Carlota S. «Vais a conocer a una joven muy guapa», me dijo mi pareja, mientras atravesábamos la gran selva y nos acercábamos a la casa. «¡Cuidado con enamorarse!», añadió la tía. «¿Y por qué?» pregunté yo. «Porque ya está prometida a un joven que vale mucho y que, por haber perdido a su padre, ha tenido necesidad de hacer un viaje para arreglar sus asuntos y solicitar un buen empleo.» Escuché estos detalles con bastante indiferencia.
«Descendía el sol rápidamente hacia las montañas que limitaban el horizonte, cuando el coche se detuvo en la puerta del patio de la casa. Hacía un calor sofocante, y las señoras tenían miedo de que descargase una tempestad, que parecía formarse entre pardas y oscuras nubecillas que cercaban el horizonte. Disipé los temores de mis compañeras, fingiendo tener profundos conocimientos del tiempo, a pesar de que también yo presentía que se nos iba a aguar la fiesta.
«Ya había yo bajado del coche, cuando llegó una criada a la puerta del patio y nos dijo que hiciésemos el favor de aguardar un momento, que la señorita Carlota no tardaría en salir. Atravesé el patio y avancé con desenfado hacia la casa; cuando hube subido la escalera y franqueé la puerta, contemplaron mis ojos el espectáculo más encantador que he visto en mi vida. En la primera habitación, seis niños, desde dos hasta once años de edad saltaban alrededor de una hermosa joven, de mediana estatura, vestida con una sencilla túnica blanca, adornada con lazos de color de rosa en las mangas y en el pecho. Tenía en la mano un pan moreno, del que a cada uno de los niños cortaba un pedazo

proporcionado a su edad y a su apetito. Les repartía las rebanadas con la mayor gracia, y ellos, gritando, se lo agradecían, después de haber tenido un buen rato las manecitas levantadas, aun antes que el pan estuviese cortado. Por fin, provistos de su merienda, unos se alejaron saltando de contento; otro, de carácter menos juguetón, se fueron sosegadamente a la puerta del patio para ver a los forasteros y el coche que debía llevarse a Carlota. Esta me dijo: «¿Me perdonaréis que haya causado la molestia de entrar y haber hecho esperar a esas señoras? Distraída en vestirme y en tomar las disposiciones que en la casa exige mi ausencia, me había olvidado de dar su merienda a los niños, que no quieren recibirla sino de mi mano.» Contesté con un cumplido insignificante: mi alma estaba absorta en contemplar su talle, su rostro, su voz, sus menores movimientos. Apenas pude volver de mi sorpresa al verla entrar presurosa en otra habitación para tomar los guantes y el abanico. Los niños, permaneciendo a cierta distancia, me miraban de reojo; yo me acerqué al más pequeño, cuya fisonomía era sumamente interesante. Se retiraba huyendo de mí, cuando Carlota, que salía ya por la puerta, le dijo: «Luis, da la mano a ese caballero, que es tu primo.»

«Obedeció el niño sonriendo, y, aunque tenía las narices llenas de mocos, no pude resistir la tentación de darle algunos besos.

«¿ Primo?—dije a Carlota, ofreciéndole la mano—. ¿Creéis que yo merezca la dicha de ser pariente vuestro?» «¡Oh!— exclamó ella jovialmente—; nuestro parentesco es muy antiguo, y yo sentiría infinito que fueseis el peor de la familia.»

«Al salir, encargó a Sofía, niña de once a doce años y la mayor de las hermanas que quedaban en la casa, que cuidase bien de los niños y saludase a su padre cuando volviese de paseo. Recomendó a los pequeños que obedeciesen a Sofía como si fuese ella misma, lo que muchos prometieron terminantemente; pero una traviesa rubilla, que podría tener unos seis años, se apresuró a decir: «Pero ella no eres tú, Lota, y nosotros queremos mejor que seas tú.» Los dos hermanos mayores se habían encaramado en el coche, y, por mi intercesión, Carlota les permitió acompañarnos hasta la selva, aunque haciéndoles prometer que se mantendrían firmes y que no se pelearían el uno con el otro.

«Apenas nos habíamos colocado nuestros asientos; apenas las damas habían cambiado el saludo y las lisonjas de costumbre sobre los trajes, especialmente sobre los sombrerillos, y pasado revista a las personas que debían asistir al baile, cuando Carlota hizo para el coche y mandó a sus hermanos apearse. Estos quisieron besarle de nuevo la mano: el mayor lo hizo con toda la ternura de un adoles-cente; el más pequeño, con tanta viveza como ato-londramiento. Les encargó una vez más que saludasen a sus otros hermanos, y continuamos nuestra marcha.

«La tía de mi pareja preguntó a Carlota si había concluido el libro que últimamente le había prestado. «No—dijo ella—, no me gusta, y os lo devolveré pronto; tampoco el anterior me hizo mucha gracia.» Manifesté curiosidad por saber de qué libros se trataba, y quedé sorprendido al contestar Carlota que (2). Encontraba en cuanto decía un talento nada común; cada palabra añadía nuevos encantos, nuevos fulgores de inteligencia a su rostro, y observé que se explicaba con tanto más gusto cuanto que veía en mí una persona que la comprendía.

«Cuando yo era más niña—me dijo—mi lectura favorita eran las novelas. Dios sabe cuánto placer experimentaba yo cuando podía sentarme el domingo en algún rinconcillo para participar con todo mi corazón de la dicha o de la desgracia de alguna miss Jenni. No quiere esto decir que este género de literatura haya perdido a mis ojos todos sus encantos; pero, como ahora son contadas las veces que puedo leer, cuando lo hago deseo que la obra esté perfectamente dentro de mi gusto. El autor que prefiero es aquel en quien hallo el mundo que me rodea, el que cuenta las cosas como las veo en torno

mío, el que con sus descripciones, me atrae y me interesa tanto como mi propia vida doméstica, que indudablemente no es un paraíso, pero sí una fuente de dicha inefable para mí.»
(2) Me veo obligado a descartar aquí un pasaje para no herir la susceptibilidad de algunos autores, a pesar de que realmente éstos deben hacer poco caso de los juicios de una señorita y de un joven tan impresionable como Werther. (Nota del autor.)
«Procuré ocultar la emoción que me causaban estas palabras, pero no lo conseguí por mucho tiempo, pues cuando la oí hablar, incidentalmente, del vicario de Wakefield, de...
(3), no pudiendo contenerme, le dije cuanto se me ocurrió en aquel instante, y sólo después de un rato, al dirigir Calota la palabra a nuestras compañeras, caí en la cuenta de que éstas habían permanecido como dos marmolillos, sin tomar parte en la conversación. La tía me miró más de una vez con un aire de burla, del que no hice el menor caso.
«Hablamos entonces del baile. «Si bailar es un defecto— dijo Carlota—, confieso ingenuamente que no concibo otro de más atractivos. Cuando alguna cosa me desvela con exceso y me acerco a mi clavicémbalo, aunque esté desafinado, me basta con mal tocar una contradanza para darlo todo al olvido.» «¡Con cuánto embeleso mientras ella hablaba, fijaba yo mi vista en los ojos negros! ¡Cómo enardecían mi alma la animación de sus labios y la fres-cura risueña de sus mejillas! ¡Cuántas veces, absorto en los magníficos pensamientos que exponía dejé de prestar atención a las palabras con que se explicaba! Tú, que me conoces a fondo puedes formar una idea exacta de todo esto. En fin, cuando el coche paró delante de la casa del baile yo eché pie a tierra completamente abstraído. La hora del crepúsculo, el laberinto de sueños en que vagaba mi imaginación, todo contribuyó a que apenas hiciese alto en los torrentes de armonía que llegaban hasta nosotros desde la sala iluminada.
(3) También suprimo aquí los nombres de algunos escritores «El señor Audran y un tal... (¿quién puede retener en la
contemporáneos alemanes, aunque, si llegan a ver estas cartas, lo senmemoria todos los nombres?), que eran las parejas de la
tirán aquellos a quienes alcanza parte de las alabanzas de Carlota: es tía y de Carlota, nos recibieron en la puerta y se
indudable que nadie necesita conocer las preferencias de nuestra joven. (Nota del autor.)
apoderaron de sus damas, yo los seguí con la mía.

«Comenzamos por bailar varias veces el minué. Saqué una por una todas las señoras y pude observar que las que valían menos eran las que hacían más dengues antes de decidirse a ponerse a bailar Carlota y su caballero comenzaron una contradanza inglesa: puedes figurarte el placer que experimenté cuando le tocó hacer la figura conmigo. ¡Es preciso verla bailar! Lo hace con todo su corazón, con toda su alma; todo su cuerpo está en una perfecta armonía, y se abandona de tal modo con tanta naturalidad, que parece que para ella el baile lo resume todo, que no tiene otra idea ni otro sentimiento y que, mientras baila, lo demás se desvanece ante sus ojos.
«Le pedí la segunda contradanza y me ofreció la tercera, asegurándome que tendría mucho gusto en bailar la alemanda. «Aquí es costumbre—añadió— cada cual baile la alemanda con su pareja, pero mi caballero valsa mal y me agradecerá que le releve de esta obligación. Vuestra compañera tampoco la sabe ni se cuida de ello, y he observado, durante la danza inglesa, que bailáis a maravilla. Por lo tanto, si queréis bailar conmigo la alemanda, id a pedirme a mi caballero mientras yo hablo a vuestra dama.» Después le di la mano, y se convino en que, mientras nosotros bailábamos juntos, su caballero acompañaría a mi pareja.

«Se comenzó, nos entretuvimos un rato en hacer diferentes pasos y figuras. ¡Qué gracia, qué agilidad en sus movimientos! Cuando llegamos al vals y las parejas, como las esferas celestes, empezaron a girar unas alrededor de otras, hubo un momento de confusión, porque son contados los que valsan bien. Tuvimos la prudencia de dejar pasar el primer ímpetu de los demás; pero cuando los menos hábiles se retiraron, nos lanzamos de nuevo y dejamos bien puesto nuestro pabellón, y seguidos de otra pareja, que eran Audran y su compañera. Jamás he sido más ligero; yo era ya un hombre. Tener en mis brazos a la criatura más amable, volar con ella como una exhalación, desapareciendo de mi vista todo lo que rodeaba, y..., Guillermo, te lo diré ingenuamente: me hice el juramento de que mujer que yo amase, y sobre la cual tuviera algún derecho, no valsaría jamás con otro que conmigo; Jamás, aunque me costase la vida. ¿Me comprendes?

«Dimos algunas vueltas por la sala para tomar aliento; después ella se sentó y le presenté, para que refrescase, unos limones que yo había separado cuando se hacía el ponche, los únicos que quedaban. Observé que agradecía mi atención; pero se hallaba al lado una dama indiscreta, a quien ella ofrecía pedacitos por pura cortesía, y cada uno que tomaba era un puñal que me atravesaba el corazón. En la tercera contradanza inglesa nos tocó ser la segunda pareja. Cuando concluíamos de hacer la cadena y yo (¡Dios sabe con cuánta voluptuosidad!) me adhería al brazo de Carlota, fijo en sus ojos, que brillaban con la cándida expresión del placer más puro y espontáneo, nos hallamos delante de una señora que, aunque ya se iba alejando de lo mas florido de su juventud, me había llamado la atención por cierto aire de amabilidad que hermoseaba su semblante. Miró a Carlota sonriendo, hizo como que la amenazaba, y pronunció al paso dos veces el nombre de Alberto, con un tonillo misterioso.

«»¿Puedo dije a Carlota—sin cometer una imprudencia preguntaros quién es Alberto?» Iba a responderme; pero tuvimos que separarnos para ha cer la gran cadena, y cuando llegamos a cruzar uno al lado del otro, me pareció que estaba pensativa.

«»¿Por qué os lo he de ocultar?—me dijo al darme la mano para hacer una figura—. Alberto es un joven muy apreciable al cual estoy prometida.»

«Aunque esto no era nuevo para mí, porque lo había sabido en el coche, me causó tanta sorpresa como si lo ignorase, y es que no me había ocupado de tal noticia con relación a Carlota, que en tan breves instantes llegó a serme tan querida. En una palabra, me turbé, me desconcerté y embrollé de tal modo la figura, que, sin la presencia de ánimo de Carlota y la oportunidad con que enmendaba mis torpezas, no se hubiera podido continuar la contradanza. Aún duraba el baile cuando los relámpa-gos que desde mucho antes esclarecían el horizonte, y que yo achacaba sin cesar a ráfagas de calor se hicieron más intensos, y el ruido del trueno apagaba el de la música. Tres señoras, seguidas de sus caballeros, abandonaron la contradanza, se generalizó el desorden y enmudecieron los instrumentos. Cuando repentino pavor o accidente imprevisto nos sorprende en medio de los placeres, producen en nosotros, y es natural, una impresión más honda que de ordinario ya sea por el contraste que se destaca vigorosamente, ya porque, una vez abiertos nuestros sentidos a las emociones, adquieren una sensibilidad exquisita. A esta causa debo atribuir los gestos extraños que vi hacer entonces a muchas señoras. La más prudente corrió a sentarse en un rincón, tapándose los oídos y volviendo la espalda hacia la ventana; otra se arrodilló delante de ella y escondió la cabeza en su regazo; una tercera se metió entre las dos ventanas y abrazaba a sus hermanitas, vertiendo torrentes de lágrimas. Algunas querían volverse a sus casas; otras, que estaban más amilanadas, ni siquiera tenían ánimo para reprimir la audacia de los astutos jóvenes, que se ocupaban afanosos en robar de los labios de las bellas afligidas las temidas plegarias que dirigían al cielo. Algunos hombres habían salido a fumarse tranquilamente una

pipa, y los demás de la reunión acogieron con júbilo la feliz idea que tuvo la dueña de la casa de trasladarnos a otra pieza donde las ventanas tenían postigos y colgaduras. Carlota, apenas entramos en la nueva habitación, hizo poner las sillas en corro y propuso un juego. Vi que varios caballeros, enderezándose como para indicar que estaban prontos, se relamían de gusto, soñando ya en las sentencias de las prendas. «Jugamos a contar —dijo ella—. Pestadme atención. Yo iré pasando por toda la rueda, siempre de derecha a izquierda y vosotros al mismo tiempo contaréis desde uno hasta mil, diciendo a mi paso cada cual el número que le toque. Debe contarse muy de prisa, y el que titubee o se equivoque recibirá un bofetón.» Nada más divertido. Carlota, con el brazo extendido, echó a andar dentro del corro. «¡Uno!», dijo el primero. «¡Dos!», el segundo. «¡Tres!», el que estaba al lado, y así sucesivamente. Ella fue poco a poco acelerando sus pasos, aquello ya no era andar: volaba. Uno se equivocaba. ¡Plaf!, bofetón; el que le sigue lanza una carcajada. ¡Plaf!, nuevo bofetón y Carlota corriendo cada vez más. A mí me alcanzaron dos sopapos, y con inefable placer creí haber notado que me los aplicaba más fuerte que a los otros. El juego concluyó en medio de una risa y una algazara general antes que la cuenta hubiese llegado al número mil. Las personas que tenían más intimidad formaron conversación aparte; la tempes-tad había cesado, y yo seguí a Carlota, que se volvió a la sala. En el camino me dijo: «Los bofetones han hecho que se olviden de la tempestad y de todo.» Nada pude contestarle. «Yo era—prosiguió—una de las más miedosas; pero aparentando valor para animar a los demás, llegué a tenerlo de veras.» Nos acercamos a la ventana; se oían truenos lejanos y el ruido apacible de una abundante lluvia que caía sobre los campos. Una atmósfera tibia nos acaricia con oleadas de los más suaves perfumes.

«¡Carlota había apoyado los codos en el marco de la ventana y miraba hacia la campiña, luego levantó los ojos al cielo; después los fijó en mí y vi que los tenía cuajados de lágrimas; por fin, puso su mano sobre la mía y exclamó: «¡Oh Klopstock!» (4).

«Abismado en un torrente de emociones que esta sola palabra despertó en mi espíritu, recordé al instante la oda sublime que ocupaba a la sazón el pensamiento de Carlota. No pude resistir: me incliné sobre su mano, se la llené de besos y de lágrimas de placer, y volvieron mis ojos a

(4) Federico Gottlieb Klopstok poeta sajón que nació en 1724 y murió en 1803. (Nota del traductor.)

encontrarse con los suyos. ¡Oh insigne poeta! Esta sola mirada, que debías haber visto, basta para tu apoteosis. ¡Ojalá no vuelva yo a oír pronunciar tu nombre tan frecuentemente pronunciado!»

19 DE JUNIO

«¿En qué punto de mi relato quedé el otro día? No lo recuerdo. y sólo puedo decirte que eran las dos de la madrugada cuando me acosté, y que, si en vez de escribirte, hubiera podido hablarte, alcaso te hubiera hecho pasar toda la noche en claro.

«Nada te he dicho aún de lo que sucedió a nuestro regreso del baile, ni hoy tengo disponible el tiempo que necesitaría para hacerlo.

«El día amaneció deslumbrador. Algunas gotas de agua caían de las hojas de los árboles, y la campiña hacía gala de vivificante humedad. Nuestras compañeras de viaje comenzaron a dar cabezadas y Carlota me dijo que, si yo quería hacer otro tanto, no lo dejase por ella.

«Mientras vea esos ojos abiertos—le contesté, fijando en ella mi mirada—no hay peligro de que yo me duerma.»

«Uno y otro hemos llegado despiertos a su casa. La criada le abrió la puerta sin hacer ruido, y habiéndole preguntado Carlota por su madre y hermanitos, aseguró que todos seguían bien y durmiendo a pierna suelta. Despedíme de ella, pidiéndole permiso para

volver a verla el mismo día. Me lo concedió, fui, desde entonces bien pueden el sol, la luna y las estrellas recorrer sosegadamente sus órbitas, sin que yo sepa si es de día o de noche, porque todo el universo ha desaparecido ante mis ojos.»

21 DE JUNIO

Paso unos días tan felices como los que Dios reserva a sus elegidos, y sucédeme lo que me suceda, no podré decir que no he saboreado los placeres más puros de la vida. Me he establecido enteramente en mi retiro de Wahlheim que ya conoces, allí no me separa más que media legua de distancia de la casa de Carlota; allí estoy siempre contento, y gozo cuanto el hombre puede gozar en la tierra.

«Cuando elegí a Wahlheim por límite de mis excursiones, ¿cómo hubiera yo podido figurarme que estuviese tan cerca del cielo? ¡Cuántas veces, prolongando mis largos paseos, he visto más allá del río, ora desde la cima de la montaña, ora desde lo hondo del valle, esa casa de campo que hoy es el centro de todos mis deseos!

«He hecho, mi querido Guillermo, mil reflexiones sobre el afán con que el hombre trata de extenderse fuera de sí mismo, de hacer nuevos descubrimientos y de correr sin objetivo fijo; después he meditado sobre la oculta inclinación que le nace buscarse límites y seguir el camino trillado, sin cuidarse de lo que hay a derecha o izquierda. Cuando yo vine aquí y contemplé desde la colina este hermoso valle, me atrajo hacia él un encanto inconcebible... Allá abajo, el bosquecillo... ¡Ah, si tú pudieras descansar a su sombra! Allá arriba, la cumbre de la montaña. ¡Ah, si tú pudieras contemplar desde ella este soberbio paisaje! Y estas cordilleras de colinas, y estos valles solitarios... ¡Oh, quién pudiera perderse en su seno!... Yo iba y venía sin encontrar jamás lo que buscaba. Con lo que está distante de nosotros sucede lo que con el porvenir. Un horizonte inmenso y oscuro se extiende delante de nuestro espíritu; en él, a la par que nuestras miradas, se sumergen nuestros sentimientos, y, ¡ay!, ardemos en deseos de entregarle por completo nuestro ser, soñando saborear en toda su plenitud las delicias de una sensación grande, sublime, sin igual. Pero cuando hemos corrido para llegar, cuando el allí se ha convertido en aquí, vemos que todo es como era antes; permanecemos en nuestra miseria, encerrados en el mismo círculo, y el alma suspira por la ventura que acaba de escapársele una y otra vez.

«Por eso el hombre más inquieto y vagabundo vuelve al fin los ojos hacia su patria, y halla en su lugar, en los brazos de su esposa, en medio de sus hijos, entregado a los cuidados que se impone para el bien de tan queridos seres, la dicha que en vano ha buscado por toda la tierra.

«Cuando al despuntar el día me pongo en camino para ir a mi nido de Wahlheim, y en el jardín de la casa donde me hospedo cojo yo mismo los guisantes, y me siento para quitarles las vainas al mismo tiempo que leo a Homero; cuando tomo un puchero en la cocina, corto la manteca, pongo mis legumbres al fuego y me coloco cerca para menearlas de vez en cuando, entonces comprendo perfectamente que los orgullosos amantes de Penélope puedan matar, descuartizar y asar por sí mismos los bueyes y los cerdos. No hay nada que me llene de ideas más pacíficas y verdaderas que estos rasgos de costumbres patriarcales, y, gracias al cielo, puedo emplearlos, sin que sea afectación, en mi método de vida.

«¡Cuán feliz me considero con que mi corazón sea capaz de sentir el inocente y sencillo regocijo del hombre que sirve en su mesa la col que él mismo ha cultivado, y que, además del placer de comerla, tiene otro mayor recordando en aquel instante los hermosos días que ha pasado cultivándola, la alegre mañana en que la plantó, las serenas tardes en que la regó, y el gozo con que la veía medrar de día en día.»

29 DE JUNIO

«El médico de la ciudad estuvo anteayer en casa del Juez y me halló, entre los hermanos de Carlota, echado en el suelo, donde unos gateaban sobre mí, otros me pellizcaban y yo les hacía cosquillas, formando todos juntos un ruido espantoso. El doctor, sabio maniquí que mientras se arregla los puños y una chorrera que vale por dos, juzgó mi faena indigna de un hombre de seso; lo conocí en su semblante. Sin turbarme ni mucho menos, le dejé mascullar estupendos discursos, ocupándome, entre tanto, en levantar los castillejos de naipes de los niños que éstos habían echado por tierra; él se apresuró a decir en la ciudad que los hijos del juez estaban muy mal criados, y que Werther acaba de echarlos a perder.

«Sí, querido Guillermo, no hay nada en el mundo que interese a mi corazón tanto como los niños. Cuando los observo y descubro en estos diablillos los gérmenes de todas las virtudes, de todas las facultades que algún día les serán necesarias; cuando veo en su terquedad la constancia y la entereza futuras en su travieso desenfado el buen humor y la indiferencia con que más adelante sortearán los peligros de la vida..., todo esto tan puro tan entero...., entonces repito siempre, las admirables palabras del gran maestro de los hombres: «¡Si no os hacéis semejantes a uno de ellos!» Y, sin embargo, amigo mío, nosotros tratamos como a esclavos a estas criaturas, que son nuestros iguales, y que debíamos tomar por modelos. No les concedemos voluntad propia; pero ¿la tenemos nosotros? ¿Cuál es, pues, nuestra prerrogativa? ¿Acaso consiste en la mayor edad e inteligencia? ¡Oh Dios eterno! Desde tu cielo ves niños viejos, niños jóvenes, y nada más. Hace mucho tiempo que tu Hijo nos hizo saber cuáles son los que Tú prefieres. Pero los hombres creen en Él y no le escuchan—ésta es también una añeja costumbre—y hacen a sus hijos como ellos son y...

«Adiós, Guillermo: no quiero desatinar más sobre esta materia.»

1 DE JULIO

«Mi corazón, que sufre más que el que se consume en el lecho del dolor, comprende lo útil que debe de ser Carlota para un enfermo. Ésta va a pasar ahora algunos días en la

ciudad, cuidando a una excelente señora, que, al decir de los médicos, está cerca de su fin, y desea llegar al amargo trance en brazos de mi amiga. La semana pasada hicimos una visita al cura de ***, aldehuela situada en la montaña, a una legua de aquí, Carlota llevaba consigo a la mayor de sus hermanas, cuando entramos en el patio de la casa, al que daban sombra dos grandes nogales; el buen anciano estaba sentado en un escaño, delante de la puerta. Pareció reanimarse a la vista de Carlota; olvidó su nudoso bastón, y se arriesgó a salir a recibirla. Carlota corrió hacia él le obligó a sentarse, haciéndolo ella a su lado: le dio mil recuerdos de parte de su padre y besó al hijo del cura, que es un mequetrefe muy mimado y muy sucio. Si tú la hubieses visto cómo entretenía al pobre viejo, cómo alzaba la voz para hacerla penetrar en sus oídos casi embotados; cómo le hablaba de jóvenes robustos que habían muerto de repente, y de la excelencia de las aguas de Carlsbad, aprobando la intención que tenía el cura de ir a tomarlas el verano del año siguiente; cómo le manifestaba que tenía mejor semblante y un aire más animado que la última vez que se habían visto... Mientras tanto, yo ofrecí mis respetos a la mujer del sacerdote. Este se había puesto más contento que unas pascuas, y no pudiendo yo resistir el deseo de alabar los hermosos nogales que nos daban agradabilísima sombra, emprendió, no sin algún trabajo, la tarea de contarnos su historia.

«»No sabemos—dijo—quién ha plantado el más viejo; unos dicen que fue tal cura, otros, que tal otro. El más joven tendrá cincuenta años cuando llegue octubre: es de la edad de mi mujer. Su padre, que me precedió en este curato, lo plantó una mañana, y

ella vino al mundo la noche del mismo día. No podré deciros cuánto quería él este árbol; pero os diré que no lo quiero yo menos. Siendo un pobre estudiante, vine aquí por primera vez hace veintisiete años; la que hoy es mi mujer estaba haciendo media debajo del nogal, sentada sobre una viga.»
«Habiéndole preguntado Carlota por su hija, dijo que había ido con el señor Schmidt al llano a ver a los trabajadores; luego continuó su discurso, refiriéndonos cómo le habían tomado cariño en aquella casa, cómo llegó a ser vicario de su antecesor y cómo, por último, lo había reemplazado. Apenas dio punto a su relato, cuando vimos llegar por el jardín a su hija, acompañada del señor Schmidt. Saludó a Carlota con la mayor cordialidad, y debo confesar que me fue muy simpática. Es una morenita vivaracha y esbelta, capaz de hacer pasar a cualquiera en el campo una deliciosa temporada. Su novio (pues el señor Schmidt se presentó desde luego como tal) es un joven de buen aspecto, pero taciturno; en vano le incitó varias veces Carlota a que tomase parte en nuestra conversación. Lo que más me enfadó fue que creí notar en su tono que aquella tenacidad con que se oponía a comunicarse, no era hija de la falta de talento, sino del capricho y el mal humor. Por desgracia, tuve bien pronto ocasión para convencerme de ello; pues mientras Federica paseaba y charlaba con mi amiga, e incidentalmente conmigo, la cara del señor Schmidt, que era de suyo algo morena tomó un tinte sombrío, tan pronunciado, que Carlota se vio en el caso de llamarme la atención y hacerme comprender que no debía mostrarme tan galante con aquella joven. No hay nada que me disguste tanto como ver a los hombres martirizarse unos a otros, sobre todo cuando en la flor de la edad, pudiendo abrirse fácilmente los corazones a todos los deleites del contento, pierden por tonterías aquellos días hermosos, sin percatarse hasta muy tarde de que semejante prodigalidad no tiene reparación posible. Esta idea me atormentaba, y cuando al anochecer volvimos al presbiterio y nos sentamos a una mesa, donde nos sirvieron lacticinios, aprovechando la circunstancia de estar hablando sobre los placeres y penas de la vida, troné con todas mis fuerzas contra el mal humor.
«Los hombres—dije—nos quejamos con frecuencia de que son muchos más los días malos que los buenos, y me parece que casi nunca nos quejamos con razón. Si nuestro corazón estuviera siempre dispuesto para gozar de los bienes que Dios nos dispensa cada día, tendríamos bastante fuerza para soportar los males cuando se presentan.»
«»El buen o mal humor no obedece a nuestra voluntad— exclamó la mujer del cura—. ¡Cuántas cosas hay que dependen del cuerpo! ... Todo nos fastidia cuando no estamos bien.»
«Manifesté que pensaba lo mismo, y añadí:
«»Consideremos ese fastidio como una enfermedad, y veamos si hay manera de curarla.»
«»Eso es hablar razonablemente—dijo Carlota—y por mi parte, creo que podemos hacer mucho: hablo por experiencia. Cuando alguna cosa me mortifica y comienzo a ponerme triste, corro a mi jardín, me paseo tarareando algunas contradanzas, y se acabó la pena.»
«»Eso quería yo decir—repuse al instante—. Sucede con el mal humor lo que con la pereza. Hay una especie de pereza a la cual propende nuestro cuerpo, lo que no impide que trabajemos con ardor y encontremos un verdadero placer en la actividad, si conseguimos una vez hacernos superiores a esa propensión».
«Federica estaba muy contenta: su novio me replicó que no siempre es el hombre dueño de sí mismo, y sobre todo, que no hay remedio conocido para manejar los sentimientos.
«»Aquí se trata—respondí—de una sensación desagradable, que ninguno querría experimentar, y mal podemos conocer la extensión de nuestras fuerzas si no las ponemos a prueba. Todo el que está enfermo consulta con los médicos, y nunca rechaza

el tratamiento más penoso ni las medicinas más amargas, si cree recobrar la salud que desea.»
(5) Hoy tenemos sobre este tema un excelente sermón de Lavater,
«Adivirtiendo que el buen anciano aplicaba el oído para
que forma parte de los que ha basado en el libro de Jonás. (Nota del
participar en la conversación, levanté la voz, y le dirigí
autor.)
estas palabras:
«»Se predica contra muchos vicios; pero no sé que nadie haya predicado contra el mal humor.» (5).
«»Esto toca a los párrocos de las ciudades—dijo el padre de Federica—; los aldeanos no tienen ni noticia de tal achaque. Sin embargo, no vendría mal alguna que otra vez un sermoncito: a lo mejor, seria una lección para el juez y para nuestras mujeres.»
«Todos nos reímos de este final; él mismo hizo lo propio, y tanto que rompió a toser, con lo cual quedó interrumpida la conversación por algunos minutos. Después tomó la palabra el señor Schmidt, y me dijo:
«»Habéis dado el nombre de vicio al mal humor, y me parece que eso es exagerar.»
«»De ningún modo—repliqué—, ¿cómo he de calificar una cosa que daña a nuestro prójimo y a nosotros mismos? ¿No basta con que no podamos hacernos felices los unos a los otros? ¿Es también preciso que acabáremos al placer que cada uno puede procurarse aún a sí propio? Citadme un atrabiliario que sepa disimular su mal humor y soportarlo sólo para no turbar la alegría de los que le rodean. ¿no es más bien un despecho oculto, hijo de nues-tra pequeñez, un descontento de nosotros mismos loca vanidad? Vemos gente feliz que no nos debe su felicidad, y esto nos es insoportable.»
«Carlota me miró, riéndose de la vehemencia conque yo hablaba y una lágrima que sorprendí en los ojos de Federica me animó a continuar:
«»¡Mal hayan—dije—aquellos que utilizan el imperio que tienen sobre un corazón, para arrancarle las alegrías inocentes que brotan en él! Todos los dones, todos los agasajos posibles, no bastan para pagar un instante de placer espontáneo que suele convertir en amargura la envidiosa suspicacia de nuestro verdugo.»
«Mi corazón estaba lleno de pasión en este momento, mil recuerdos acudieron a mi alma, y el llanto se agolpó en mis ojos.
«Continué: «¿Por qué no hemos de decirnos cada día: todo lo que puedes hacer por tus amigos es respetar sus placeres y aumentarlos tomando parte en ellos? ¿Puedes acaso ofrecerles una gota de bálsamo consolador, cuando sus almas se hallan atormentadas por una pasión que aflige, despedazadas por el dolor?... ¡Y cuando la última, la más espantosa enfermedad sorprenda a quien hayas ator-mentado en sus horas de dicha cuando en el lecho, en el más triste abatimiento levante al cielo sus apagados ojos, y el sudor de la muerte se apodere de su frente lívida, y tú, de pie junto a la cama como un condenado, veas que nada puedes con todo tu poder y sientas filtrarse la angustia hasta el fondo de tu alma, pensando que lo darías todo por depositar en el seno del moribundo un átomo de alivio, una chispa de valor!...»
«Estas palabras me hicieron recordar de una ma nera vigorosa un suceso parecido que yo había presenciado. Me alejé del grupo, llevándome el pañuelo a los ojos, y sólo volví en mí cuando la voz de Carlota me gritó:
«¡Vámonos!»
«¡Cómo me ha regañado durante el camino, por dedicar a todo un entusiasmo vehemente! ... Dice que esto me matará si no consigo dominarme. ¡Oh, no, ángel mío! Yo quiero vivir para ti.»
6 DE JULIO

«Carlota está siempre al lado de su moribunda amiga, y siempre es la misma; siempre esta criatura afable y benéfica, cuya mirada, dondequiera que se fija, dulcifica el dolor y hace felices a las personas. Ayer tarde fue a pasearse con Mariana y la pequeña Amelia. Yo lo sabía, me reuní con ellas y caminamos juntos. Después de haber andado como una legua y media, volvimos hacia la ciudad, y llegamos a la fuente, que ya me gustaba mucho y que ahora me gusta mil veces más.
«Sentóse Carlota sobre el pequeño muro, los demás estábamos de pie delante de ella. Miré alrededor, y me acordé del tiempo en que mi corazón estaba solitario. «¡Fuente querida!—me dije a mí mismo—; ¡cuánto tiempo hace que no he gozado de tu frescura, y cuántas veces, pasando de prisa junto a ti ni siquiera te he mirado!» Bajé los ojos y vi que subía la pequeña Amelia con un vaso de agua, cuidando de no verterlo.
«Miré a Carlota y comprendí todo lo que ella es para mí. En esto, llegó Amelia con su vaso; Mariana quiso quitárselo.
«¡No!—exclamó la niña con la más dulce expresión—, ¡No! Lota, tú has de beber antes que nadie.»
«La verdad, la bondad con que aquella muñeca pronunció estas palabras, me arrebataron hasta el punto de que, para expresar mis sentimientos, no supe hacer otra cosa que tomarla en mis brazos y besarla con tanta efusión, que empezó a gritar y a llorar.
«»Eso no está bien hecho,» me dijo Carlota.
«Quedéme confuso.
«»Ven, Amelia—prosiguió, cogiéndola de la mano y haciéndole bajar los escalones—. Lávate en seguida en esa agua fresca, y no te sucederá nada.» Fijé mi atención en la niña, que afanosa se frotaba las mejillas con sus manos mojadas, convencida de que la fuente milagrosa la limpiaría de toda mancha, quitándole la afrenta de haber sido tocada por una barba impura. Carlota le decía: «¡Basta ya!» Y ella continuaba frotándose con nuevo brío, como si mientras más lo hiciese, fuera mejor. Guillermo, te aseguro que no he asistido a ninguna ceremonia con más respeto... Y cuando Carlota subió, de buena gana me hubiera prosternado a sus pies, como ante los de un profeta redentor de los pecados de un pueblo. No pude resistirme al deseo de contar por la noche lo sucedido, con toda la alegría de mi corazón, a uno que yo creía sensible, porque tiene agudeza. ¡Cómo me equivocaba! Censuró la conducta de Carlota, dijo que no se debía hacer creer nada a los niños; que estos abusos eran origen de errores y supersticiones sin número, que hay necesidad de evitar desde muy temprano... Entonces recordé que ocho días antes había hecho este charlatán bautizar a un niño, por lo cual, oyéndole como el que oye llover, seguí siendo fiel con todo mi corazón a esta verdad: preciso obrar con los niños como obra con nosotros el Señor, que nunca nos hace más felices que cuando nos deja embriagarnos con una ilusión agradable.»
8 DE JULIO
«¡Qué niños somos! ¡Con qué vehemencia suspiramos por una mirada! Habíamos ido a pie a Wahlheim, las señoras salieron en coche, y durante nuestro paseo creí ver en los ojos negros de Carlota... Soy un loco: perdóname. Sería preciso que vieras estos ojos. Abreviaré, porque el sueño cierra los míos.
«Las señoras subieron en el coche, y al lado es tábamos el joven W., Selstadt, Audran y yo. Charlaban por la portezuela con estos jóvenes aturdidos que son, por cierto, locos y superficiales. Yo buscaba los ojos de Carlota. ¡Ay!, sus miradas vagaban ya a un lado, ya a otro, sin dirigirse a mí, que sólo de ella me ocupaba. Mi corazón le dijo adiós mil veces; pero ella no me veía. Pasó el coche, y una lágrima humedeció mis párpados. Lo seguí con la vista. Carlota sacó la cabeza por la portezuela y se volvió a mirar.... ¡Ah!...,

¿era a mí? Amigo mío, floto en esta incertidumbre; esto me consuela. Acaso volvió para verme; acaso... Buenas noches. ¡Oh, qué niño soy!»
10 DE JULIO
«Quisiera que vieses la cara estúpida que pongo cuando la gente habla de Carlota, y, sobre todo cuando me preguntan si me gusta. ¡Gustarme! Odio de muerte esta palabra. ¿Qué hombre habrá a quien no le guste, a quien no le robe el pensamiento, todo el corazón?... ¡Gustar! El otro día me preguntaron si Ossian me gustaba.»
11 DE JULIO
«La señora M.... está muy mala. Ruego a Dios por su vida, porque sufro viendo que Carlota sufre. No la veo sino alguna vez en casa de una de sus amigas donde hoy me ha contado una historia singular. El señor M... es un viejo avaro, perverso y repugnante, que ha tenido atormentada y muy sujeta a su mujer toda la vida; ella, sin embargo, ha sabido sacar fruto de su situación. Habiéndola desahuciado el médico hace algunos días, mandó a llamar a su marido, y, en presencia de Carlota, le habló en estos términos: «Debo confesarte una cosa que, después de mi muerte, podría ser motivo de inquietud y pesares. Hasta hoy he gobernado la casa con todo el orden y economía posible; pero debo pedirte perdón porque te he engañado durante treinta años. Desde nuestro casamiento fijaste una cantidad muy pequeña para los gastos de comida y de-más de la casa. Cuando ésta ha prosperado, y nuestros negocios han levantado el vuelo, no he podido lograr que aumentes la suma destinada para cada semana; tú sabes que en el tiempo de nuestros mayores gastos me obligabas a atender a todo con un florín diario. He obedecido sin replicar, y cada semana he tomado del cofre del dinero lo indispensable para cubrir mis atenciones, segura de que jamás se sospecharía que una mujer robase a su marido. Nada he malgastado, y sin hacer esta confesión hubiera entrado tranquila en la eternidad; pero sé que la que me suceda en el gobierno de la casa no podrá manejarse con lo poco que tú das, y no quiero que llegues a echarle en cara que tu mujer se contentaba con ello.
«He hablado con Carlota sobre la increíble ceguera que hace que un hombre no sospeche manejo alguno en una mujer que con siete florines cubre de domingo a domingo todos los gastos cuando se ve que éstos pasan del doble. Sin embargo, conozco gente que hubiera recibido en su casa, sin asombrarse, la inagotable cántara de aceite del profeta.»
13 DE JULIO
«No, no me engaño: leo en sus ojos negros el verdadero interés que le inspiran mi persona y mi suerte. Conozco, y en esto debo creer en mi corazón, que ella... ¡Oh! ¿Podré y me atreveré a expresar en estas palabras la dicha que siento? Conozco que me ama.
«¡Soy amado!... ¡Si vieras cómo me ofreció ahora; si vieras..., te lo diré, porque tú sabrás comprenderme: si vieras lo mucho más que valgo a mis propios ojos desde que soy dueño de su amor! Somos realmente el uno del otro por sentimiento o sólo por vanidad? No conozco hombre alguno capaz de robarme el corazón de Carlota, y, a pesar de ello cuando ésta habla de su futuro esposo, con todo el calor, con todo el amor posible, me hallo como el desgraciado a quien despojan de todos sus títulos y honores, y le obligan a entregar su espada.»
16 DE JULIO

«¡Ah qué sensación tan grata inunda todas mis venas cuando por casualidad mis dedos tocan los suyos, o nuestros pies se tropiezan debajo de la mesa! Los aparto como de un fuego, y una fuerza secreta me acerca de nuevo a pesar mío. El vértigo se apodera de todos mis sentidos, y su inocencia su alma cándida, no le permiten siquiera imaginar

cuánto me hacen sufrir esta insignificantes familiaridades. Si pone su mano sobre la mía cuando hablamos, y si en el calor de la conversación se aproxima tanto a mí que su divino aliento se confunde con el mío, creo morir herido por el rayo, Guillermo y este cielo, esta confianza, si llego a atreverme... Tú me entiendes. No, mi corazón no está tan corrompido. Es débil, demasiado débil... Pero, en esto, ¿no hay corrupción?

«Carlota es sagrada para mí. Todos los deseos se desvanecen en su presencia. Nunca sé lo que experimento cuando estoy a su lado: creo que mi alma se dilata por todos mis nervios.
«Hay una sonata que ella ejecuta en el clavicémbalo con la expresión de un ángel: ¡tiene tal sencillez y tal encanto! Es su música favorita y le basta tocar su primera nota para alejar mi zozobra cuidados y aflicciones.
«No me parece inverosímil nada de lo que se cuenta sobre la antigua magia de la música ¡Cómo me esclaviza este canto sencillo! ¡Y cómo sabe ella ejecutarlo en aquellos instantes en que yo sepultaría contento una bala en mi cabeza! Entonces, disipándose la turbación y las tinieblas de mi alma, respiro con más libertad.»
18 DE JULIO
«Guillermo, sin el amor, ¿qué sería el mundo para nuestro
corazón? Lo que una linterna mágica sin luz. Apenas se

introduce la lamparilla, cuando las imágenes más variadas aparecen en el lienzo diáfano. Y aunque el amor no sea otra cosa que fantasmas pasajeros, esto basta para labrar nuestra dicha cuando, deteniéndonos a contemplarlos como niños alegres, nos extasiamos con tan maravillosas ilusiones. Hoy no he podido ir a casa de Carlota; una visita inevitable lo ha impedido.
«¿Qué hacer? He enviado a mi criado, sin más objeto que el de tener cerca de mi a alguno que la haya visto hoy. ¡Con cuánta impaciencia le he esperado! ¡Con qué alegría he vuelto a verle! Le hubiera besado, a no ser el colmo de la locura.
«Cuentan que la piedra de Bolonia, cuando se pone al sol absorbe los rayos y puede luego alumbrar parte de la noche: en este caso se hallaba mi criado para mí. La idea de que los ojos de Carlota se habían fijado en su cara, en sus mejillas, en los botones de su casaca y en el cuello de su abrigo, hacía todo esto tan sagrado y tan precioso para mí, que en aquel momento no hubiera yo dado a mi sirviente por mil escudos. Su presencia me llenaba de gozo. ¡Dios te libre de reírte! Guillermo, ¿se puede llamar ilusiones a lo que nos hace felices?»
19 DE JULIO
«¡La veré!, exclamo con júbilo por la mañana cuando, al despertarme lleno de alegría, dirijo mis miradas hacia el naciente sol; ¡la veré!, y no tengo otro deseo en todo el día. Lo demás desaparece ante esta esperanza.»
20 DE JULIO
«Vuestra idea de que me vaya con el embajador de... no es aún la mía. No me gusta depender de nadie, y, además, sabemos que ese hombre es áspero en su trato. Dices que mi madre se alegrará de verme ocupado. Deja que me ría. ¿No tengo ya bastante que hacer? Y, en el fondo, ¿no es lo mismo que yo cuente guisantes que lentejas? Todas las cosas de este mundo vienen a parar en bagatelas, y el que por complacer a los demás, contra su gusto y sin necesidad, se fatiga corriendo tras la fortuna, los honores u otra cosa cualquiera, es siempre un loco.»
24 DE JULIO
«Dado el interés que manifiestas en que no descuide el dibujo, casi preferiría callarme a decirte que desde hace mucho tiempo apenas me he ocupado de tal cosa.

«Jamás he sido tan feliz; jamás me ha impresionado la naturaleza tan profundamente: hasta una piedrecilla, un tallo de hierba..., y, sin embargo, no sé cómo expresarme. ¡Mi imaginación está tan débil! Todo vaga y oscila ante mí de tal modo, que ni siquiera puedo captar un contorno. A pesar de ello, me figuro que, si tuviese barro o cera, modelaría perfectamente cuanto concibo. Si esto dura, me entretendré con barro común, aunque no haga más que bolitas.
«Tres veces he comenzado el retrato de Carlota, y las tres me ha salido mal. Esto me es tanto más sensible cuanto que hace poco tiempo tenía yo gran facilidad para sacar el parecido. Últimamente he hecho su retrato de perfil; preciso será que me contente con él.»
25 DE JULIO
«Si, Carlota, yo cuidaré de todo y lo arreglaré todo; sólo os pido que me deis más encargos y con más frecuencia. También tengo que haceros una súplica: no uséis la salvadera cuando me escribáis. He besado con efusión la carta de hoy, y todavía rechina la arenilla entre mis dientes.»
26 DE JULIO
«Más de una vez me he propuesto no verla tan a menudo, pero ¿quién podría cumplirlo? Todos los días me vence la tentación, y todos también me digo a mí mismo solemnemente: «Mañana no iré»; pero, cuando mañana se vuelve hoy, hallo un nuevo y poderoso motivo que me conduce a su casa antes de haberme dado cuenta de ello. Ya porque me ha preguntado por la noche si nos veremos al día siguiente, y sería una grosería no ir; ya porque me ha hecho algún encargo y quiero yo mismo decirle el resultado; ya porque, estando la mañana deliciosa, me voy a Wahlheim, desde donde sólo falta media legua para llegar a su casa, y su atmósfera me atrae..., ¡zas!, me planto allí de un brinco. Sabía mi abuela un cuento de una montaña de imán: los bajeles que se acercaban demasiado perdían de pronto todo el herraje; los clavos volaban hacia la montaña, y los pobres marineros perecían entre las tablas, que se iban sumergiendo unas tras otras.»
30 DE JULIO
«Alberto ha llegado y yo me marcharé. Aunque él fuese el mejor y más noble de los hombres, y yo me reconociera inferior bajo todos conceptos, me sería insoportable que a mi vista poseyese tantas perfecciones. ¡Poseer! ... Basta, Guillermo; el novio está aquí. Es joven bueno y honrado a quien nadie puede dejar de querer. Felizmente, yo no he presenciado la llegada: me hubiera desgarrado el corazón. Es tan generoso, que ni una sola vez se ha atrevido aún a abrazar a Carlota en mi presencia. ¡Dios se lo pague! La respeta tanto, que debo quererle. Se muestra muy afectuoso conmigo, y supongo que esto es más obra de Carlota que efecto de su propia inclinación; las mujeres son muy mañosas en este punto y están en lo firme; cuando pueden hacer que dos adoradores vivan en buena in teligencia, lo que sucede pocas veces lo hacen, y el provecho, indudablemente, es para ellas.
«Sin embargo, no puedo rehusar mi estimación a Alberto. Su exterior tranquilo forma marcadísimo contraste con mi carácter turbulento, que en vano desearía ocultar. Tiene una sensibilidad exquisita y no desconoce el tesoro que posee con Carlota. Parece poco dado al mal humor, que, como sabes es el vicio que más detesto.
«Me juzga hombre de talento, y mi amistad con Carlota, unida al vivo interés que pone en todas sus cosas, da más valor a su triunfo y la quiere cada vez más. No me meteré en averiguar si suele atormentarla a solas con tal o cual chispazo de celos; pero confieso que si yo estuviese en su lugar, no dejaría de sentirlos
«Sea lo que quiera, la alegría que yo experimentaba al lado de Carlota se ha desvanecido. ¿Diré que esto es locura

o ceguera? Pero ¿qué importa el nombre? La cosa no puede ser más clara. No sé hoy nada que no supiera antes de la llegada de Alberto; no ignoraba que no debía formar ninguna pretensión respecto a Carlota y tampoco la había formado..., quiero decir que únicamente sentía lo que es inevitable sentir al contemplar tantos hechizos, y así y todo, no sé qué me pasa al ver que el otro llega y se alza con la dama.

«Estoy que bramo, y mandaré a paseo a todo el que diga que debo resignarme, y que esto no podía suceder de otro modo... ¡Vayan al diablo los razonadores! Vago por los bosques, y cuando llego a casa de Carlota y veo a Alberto sentado junto a ella entre el follaje del jardinillo, y tengo precisión de detenerme, me vuelvo loco de atar y hago mil necedades. «En nombre del cielo—me ha dicho hoy Carlota—, os ruego que no repitáis la escena de anoche: estáis espantoso cuando os ponéis tan contento.» Te diré, para entre nosotros, que acecho todos los instantes en que él interviene; de un salto me meto entonces en su casa, y me vuelvo loco de alegría siempre que ella está sola.»

8 DE AGOSTO

«Te ruego, querido Guillermo, que te persuadas de que no pensaba en ti cuando calificaba de insoportables a los que recomiendan resignación, siempre que sucede lo que es lógico que suceda. Verdaderamente, no se me ocurría entonces que tú fueses del mismo parecer. Tienes razón en el fondo; pero escucha una palabra, amigo mío. En el mundo se sale pocas veces de un apuro con un dilema. Los sentimientos y las acciones tienen tantos matices como gradaciones hay entre una nariz aguileña y otra chata.

«No creo que te enojes si, admitiendo tu argumento en todas sus partes, procuro salvarme entre dos supuestos. «O tienes alguna esperanza respecto a Carlota—me dices— o no tienes ninguna. En el primer caso, trata de realizarla, esfuérzate para ver cumplidos tus deseos; en el segundo caso, ármate de valor y haz por librarte de una pasión funesta que te aniquilará.» Amigo mío, esto está muy bien.... y se dice pronto.

«¿Puedes exigir al desdichado cuya vida se extingue poco a poco por irresistible influjo de una enfermedad lenta, puedes exigir, digo, que en un instante ponga fin a sus dolores con una puñalada? El mal que debilita sus fuerzas, ¿no le quita al mismo tiempo el valor necesario para librarse de él? Es verdad que puedes contestarme con una com-paración análoga. ¿Habrá quien no prefiera cortarse un brazo a arriesgarse a perder la vida por indecisión y cobardía? No lo sé; y como no hemos de entablar una lucha de comparaciones, hago punto. Sí. Guillermo, tengo algunas veces momentos de un valor súbito y vehemente, y cuando esto sucede, me bastaría saber adónde he de ir..., para irme sin vacilar.

«Por la tarde. Me he encontrado hoy con mi diario entre las manos, del que apenas me ocupo hace tiempo, y noto con estupefacción el modo que he tenido de avanzar a sabiendas paso a paso, en este asunto, conduciéndome como un muchacho, a pesar de haber visto siempre con claridad mi situación. Hoy mismo la veo tan clara como la luz, y, sin embargo, no hay un solo síntoma de alivio.»

10 DE AGOSTO

«Si yo no fuese uno loco, podría pasarme la vida más feliz y sosegada. Pocas veces se reúnen para alegrar un corazón circunstancias tan favorables como las que me rodean. Esto afirma mi creencia de que nuestra felicidad depende de nosotros mismos. Formar parte de esta amable familia ser querido de los padres como un hijo, de los niños como un padre, y de Carlota... y de este excelente Alberto que no turba mi dicha con celos ni mal humor, que me profesa verdadera amistad y que ve en mí a la persona que más estima en el mundo después de Carlota... Guillermo, es un placer oírnos cuando vamos de paseo y hablamos de ella; nunca se ha imaginado nada tan dichoso como nuestra situación, y, sin embargo, las lágrimas algunas veces humedecen mis ojos.

«Cuando me habla de la virtuosa madre de Carlota, y me refiere que poco antes de morir dejó al cuidado de ella la casa y los niños, y al de él a Carlota; que desde entonces la joven ha revelado dotes inusitadas; que se ha vuelto una verdadera madre para la dirección de los asuntos domésticos, que todos los momentos de su vida están esmaltados por la ternura y el trabajo, sin que jamás hayan sufrido alteración su buen humor y su alegría... Yo camino junto a él, cogiendo las flores que encuentro al paso, con las cuales hago un bonito ramillete y lo arrojo al cercano río, siguiéndolo con la mirada mientras se aleja sobre las ondas mansamente. No sé si te he dicho que Alberto permanecerá en esta ciudad, y que espera de la corte, donde es muy querido, un buen empleo. Conozco pocas personas que le igualen en el orden y el apego a los negocios.»
12 DE AGOSTO

«Alberto es indudablemente, el mejor de los hombres que cobija el cielo. Ayer me pasó con él un lance peregrino. Había ido a su casa a despedirme, porque se me antojó dar un paseo a caballo por las montañas, desde donde te escribo ahora. Yendo y viniendo por su cuarto, vi sus pistolas. «Préstamelas para el viaje», le dije. «Con mucho gusto— respondió—, si quieres tomarte el trabajo de cargarlas, aquí sólo están como un mueble de adorno.» Tomé una; él continuó: «Desde el chasco que me ha ocurrido por mi exceso de precaución, no quiero cuentas con esas armas». Tuve curiosidad de saber esta historia, y él dijo: «Habiendo ido a pasar tres meses en el campo con un amigo, llevé un par de pistolas; estaban descargadas, yo dormía tranquilo. Una tarde lluviosa, en que no tenía nada que hacer, se me ocurrió la idea, no sé por qué, de que podían sorprendernos, hacer falta las pistolas, y... tú sabes lo que son apreciaciones. Di mis armas al criado para que las limpiase y las cargara. Jugando éste con las criadas, quiso asustarlas, y al tirar del gatillo, la chimenea, Dios sabe cómo, dio fuego, y despidiendo la baqueta que estaba en el cañón, hirió en un dedo a una pobre muchacha. Sobre consolarla tuve que pagar la cura, y desde entonces dejo siempre las pistolas vacías. ¿De qué sirve la previsión, querido amigo? El peligro no se deja ver por completo. Sin embargo...» Ya sabes cuánto quiero a este hombre; me encocoran sus sin embargo. ¿Qué regla general no tiene excepciones? Este Alberto es tan meticuloso, que, cuando cree haber dicho una cosa atrevida absoluta, casi un axioma no cesa de limitar, modificar, quitar y poner hasta que desaparece cuanto ha dicho. No fue en esta ocasión infiel a su sistema; yo acabé por no escucharle, meciéndome en un mar de sueños, con súbito movimiento, apoyé el cañón de una pistola sobre mi frente, más arriba del ojo derecho. «Aparta eso— dijo Alberto, echando mano a la pistola—. ¿Qué quieres hacer?» «No está cargada», contesté. «¿Y qué importa?
¿Qué quieres hacer? —repitió con impaciencia—. No comprendo que haya quien pueda levantarse la tapa de los sesos. Sólo pensarlo me horroriza.» «¡Oh hombres!— exclamé— no sabréis hablar de nada sin decir: esto es una locura, eso es razonable, tal cosa es buena, tal otra es mala! ¿Qué significan todos estos juicios? Para emitirlos, ¿habéis profundizado los resortes secretos de una acción? ¿ Sabéis distinguir con seguridad las causas que la producen y que lógicamente debían producirla? Si tal ocurriese, no juzgaríais con tanta ligereza.» «Tú me concederás—dijo Alberto—que ciertas acciones serán siempre crímenes sea el que quiera el motivo que las produzca.» «Concedido—respondí yo, encogiéndome de hombros— Sin embargo, advierte, amigo mío que ni eso es verdad en absoluto. Indudablemente, el robo es un crimen; pero si un hombre está a punto de morir de hambre, y con él su familia, y ese hombre por salvarla, se atreve a robar, merece compasión o merece castigo? ¿Quién se atrevería a tirar la primera piedra contra el marido que en el arrebato de una cólera justa mata a su infiel esposa y al infame seductor? ¿Quién quede acusar a la sensible doncella que en un

momento de voluptuoso delirio se abandona a las irresistibles delicias del amor? Hasta nuestras leyes, que son pedantes e insensibles, se dejan conmover y detienen la espada de la justicia.» «Eso es distinto—respondió Alberto—, el que sigue los impulsos de una pasión pierde la facultad de reflexionar, y se le mira como a un ebrio o un demente.»
«¡Oh hombres de juicio!—exclamé sonriéndome—. ¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Demencia! ¡Todo esto es letra muerta para vosotros, impasibles moralistas! Condenáis al borracho y detestáis al loco con la frialdad del que sacrifica, y dais a Dios, como el fariseo, porque no sois ni locos ni borrachos. Más de una vez he estado ebrio, más de una vez me han puesto mis pasiones al borde de la locura, y no lo siento, porque he aprendido que siempre se ha dado el nombre de beodo o insensato a todos los hombres extraordinarios que han hecho algo grande, algo que parecía imposible. Hasta en la vida privada es insoportable ver que de quien piensa dar cima a cualquier acción noble generosa, inesperada, se dice con frecuencia: «¡Está borracho! ¡Está loco!» ¡Vergüenza para vosotros los que sois sobrios, vergüenza para vosotros los que sois sabios!»
«»¡Siempre extravagante!—dijo Alberto—. Todo lo exageras, y esta vez llevas la humorada hasta el extremo de comparar con grandes acciones el suicidio, que es de lo que se trata, y que sólo debe mirarse como una debilidad del hombre; porque, indudablemente es más fácil morir que soportar sin tregua una vida llena de amarguras.»
«Estuve a punto de cortar la conversación: no hay nada que me ponga más fuera de mí que razonar con quien sólo responde trivialidades, cuando yo hablo con todo mi corazón. Sin embargo, me contuve porque no era la primera vez que le oía decir vulgaridades y que me sacaba de mis casillas. Le repliqué con alguna viveza: «¿A eso llamas debilidad? Te suplico que no te dejes seducir por las apariencias. ¿Te atreverías a llamar débil a un pueblo que gime bajo el insoportable yugo de un tirano, si al fin estalla y rompe sus cadenas? Un hombre que al ver con espanto arder su casa, siente que se multiplican sus fuerzas, y carga fácilmente con un peso que sin la excitación apenas podría levantar del suelo, un hombre que, furioso de verse insultado, acomete a sus contrarios y los vence: a estos dos hombres, ¿se los puede llamar débiles? Créeme, amigo mío: si los esfuerzos son la medida de la fuerza, ¿ por qué un esfuerzo supremo ha de ser otra cosa?»
«Alberto me miró, y dijo: «No te enojes; pero esos ejemplos que citas no tienen aquí verdadera aplicación.» «Puede ser—le contesté—; no es la primera vez que califican mi lógica de palabrería. Veamos si podemos representarnos de otro modo lo que debe experimentar el hombre que se resuelve a deshacerse del peso, tan ligero para otros, de la vida, porque no raciocinaremos bien sobre ello mientras nos andemos por las ramas. La naturaleza —proseguí—tiene sus límites; puede soportar, hasta cierto punto, la alegría, la pena, el dolor; si pasa más allá, sucumbe. No se trata, pues, de saber si un hombre es débil o fuerte, sino de si puede soportar la extensión de su desgracia, sea moral, sea física; y me parece tan ridículo decir que un hombre que se suicida es cobarde como absurdo sería dar el mismo nombre al que muere de una fiebre maligna.»
«¡Paradoja! ¡Rara paradoja!» dijo Alberto. «No tanto como crees— respondí—. Convendrás conmigo en que llamamos enfermedad mortal a la que ataca a la naturaleza de tal modo, que sus fuerzas destruidas en parte, paralizadas, se incapacitan para reponerse y restablecer por una evolución favorable el curso ordinario de la vida... Pues bien querido amigo: apliquemos esto al espíritu. Mira al hombre en su limitada esfera, y verás cómo le aturden ciertas impresiones, cómo le esclavizan ciertas ideas, hasta que arrebatándole una pasión todo su juicio y toda su fuerza de voluntad, le arrastra a su perdición. En vano un hombre razonable y de sangre fría se compadecerá de la situación del infeliz; en vano le exhortará; es semejante al hombre sano que está junto al lecho de un enfermo, sin poderle dar la más pequeña parte de sus fuerzas.» Estas ideas parecieron

a Alberto poco concretas. Le hice recordar a una joven que había encontrado ahogada hacía poco tiempo, y le conté su historia.
«Era una criatura bondadosa, encerrada desde su infancia en el estrecho círculo de las ocupaciones domésticas, de un trabajo siempre igual, que no conocía otros placeres que los de ir algunas veces a pasearse los domingos por los contornos de la ciudad con sus compañeras, engalanada con la ropa que poco a poco había podido adquirir, o bailar una sola vez en las grandes fiestas, y charlar algunas horas con una vecina, con toda la vehemencia del más sincero interés, sobre un chisme o una disputa. El ardor de su juventud le hace experimentar deseos desconocidos, que aumentan con las lisonjas de los hombres; sus antiguos placeres llegan paso a paso a serle insípidos; al cabo encuentra a un hombre hacia el cual le empuja con incontrastable fuerza un sentimiento nuevo para ella, y fija en él todas sus esperanzas; se olvida del mundo entero, nada oye nada ve, nada ama sino a él, sólo a él; no suspira más que por él, sólo por él. No está corrompida por los frívolos placeres de una inconstante vanidad, y su deseo va derecho a su objeto: quiere ser de él; quiere, en una unión eterna, encontrar toda la dicha que le falta, gozar de todas las alegrías juntas al lado del que adora. Promesas repetidas ponen el sello a todas sus esperanzas; atrevidas caricias aumentan sus deseos y sojuzgan su alma por entero; flota en un sentimiento vago, en una idea anticipada de todas las alegrías; ha llegado al colmo de la exaltación. En fin, tiende los brazos apara abrazar todos sus deseos... y su amante la abandona. Mírala delante de un abismo, inmóvil, demente: una noche profunda le rodea; no hay horizonte, no hay consuelo, no hay esperanza: la abandona el que era su vida. No ve el inmenso mundo que tiene delante ni los numerosos amigos que podrían hacerle olvidar lo que ha perdido; se siente aislada, abandonada de todo el universo, y ciega, acongojada por el horrible martirio de su corazón, para huir de sus angustias se entrega a la muerte, que todo lo devora. Alberto, ésta es la historia de muchos. ¡Ah!.... ¿no es éste el mismo caso de una enfermedad? La naturaleza no encuentra ningún medio para salir del laberinto de fuerzas revueltas y contrarias que la agitan, y entonces es preciso morir. Infeliz del que lo sepa y diga: «¡Insensata!, si hubiera esperado, si hubiera dejado obrar al tiempo, la desesperación, trocada en calma, hubiera encontrado otro hombre que la consolase.» Esto es lo mismo que decir: «¡Loca! ¡Morir de una fiebre! Si hubiera esperado a recobrar sus fuerzas, a que se purificasen los malos humores, a que cediera el arrebato de su sangre, todo se hubiera arreglado y todavía viviría.»
«No Juzgando Alberto muy exacta esta comparación, hizo nuevas observaciones; entre otras cosas, que yo no había hablado más que de una joven inocente, y que no debe juzgarse del mismo modo a un hombre de talento, cuya inteligencia menos limitada le permite ver el anverso y el reverso de las cosas. «Amigo mío—exclamé—, el hombre siempre es hombre, y el talento que tengan este o el otro sirve de poco, o más bien de nada, cuando al fermentar una pasión, la naturaleza se arroja a los límites de sus fuerzas. Más aún...Pero ya volveremos a hablar de esto», añadí tomando mi sombrero.
«Mi corazón estaba a punto de estallar, y nos separamos sin haber llegado a entendernos. Es verdad que en este mundo pocas veces sucede lo contrario.»
15 DE AGOSTO
«Es muy cierto que sólo el amor hace que el hombre necesite a sus semejantes. Conozco que contraría a Carlota perderme, y los niños no piensan en otra cosa sino en que siempre volveré al siguiente día. Hoy he ido a su casa para afinar el clavicémbalo, lo cual no he conseguido, porque los pequeños me perseguían para que les contase un cuento, y Carlota misma se empeñó en que debía darles gusto. Les he repartido el pan de la merienda, que ahora reciben de mis manos tan contentos como de las de Carlota, y les he referido la historia de la princesa servida por encantamiento. Te aseguro que con

esto aprendo mucho, y me asombra la impresión que el relato les produce. Como algunas veces me veo obligado a inventar algún incidente que no recuerdo al repetir el cuento, en seguida me dicen que antes pasaba de distinto modo, por lo cual me dedico ahora a referir siempre lo mismo, sin variante de ningún género. De esto he deducido que el autor que al hacer una segunda edición de una obra la modifica, daña necesariamente a su libro aunque gane desde el punto de vista literario. Recibimos con docilidad toda primera impresión, porque el hombre está hecho de tal modo, que llega a persuadirse de que son verdad las cosas más absurdas, pero desde luego se graban en él tan profundamente, que infeliz del que pretenda destruirlas o borrarlas.»

18 DE AGOSTO

«¿Es preciso que lo que constituye la felicidad del hombre sea también la fuente de su miseria? Este sentimiento, que llena y rejuvenece mi corazón ante la vivaz naturaleza, que vierte sobre mi seno torrentes de deliciosas dulzuras y convierte en un paraíso el mundo que me rodea, ha llegado a ser para mí un insoportable verdugo, un espíritu que me atormenta y que me persigue por todas partes. Cuando contemplaba otras veces desde las crestas de las rocas, más allá del río, hasta las lejanas colinas, el fértil valle, y que todo germinaba con lozanía en torno mío, cuando veía esas montañas bordadas, desde la falda hasta la cima, de espesos y corpulentos árboles, estos valles salpicados de risueña floresta en todos sus contornos: el arroyo apaci-ble que se deslizaba adormecido con el murmullo de los cañaverales, reflejando las matizadas nubes que la brisa suave de la tarde mecía en el cielo; cuando escuchaba a los pájaros animando con sus gorjeos la enramada, mientras copiosísimos enjambres de insectillos jugueteaban alegremente en los últimos rayos de sol, a cuyo destello el escarabajo oculto antes debajo de la hierba abandonaba, zumbando su prisión; cuando el ruido y la vida llamaban mi atención hacia la tierra, y el musgo que arranca su alimento a la dura roca, y las retamas que crecen en la pendiente de la árida colina arenosa, me descubría la íntima, ardiente y santa vida de la naturaleza, ¡con qué jubilo abrazaba todos estos objetos mi encendido corazón! Yo estaba como un dios en este mar de riquezas, en este inmenso universo, cuyas formas sublimes parecían moverse, animando toda mi creación en el fondo de mi alma. Me rodeaban enormes montañas; tenía delante de mí profundos abismos, donde se precipitaban torrentes tempestuosos, los ríos se deslizaban bajo mis pies; oía algo como un rugido en los bosques y los montes agitándose y confundiéndose todas estas fuerzas misteriosas en las profundidades de la tierra, mientras sobre ésta y bajo el cielo revoloteaban las razas infinitas de los seres que lo pueblan todo de mil diversas formas, mientras los hombres se juzgan reyes de este vasto universo, agazapándose juntos en el nido de sus reducidas moradas.

¡Pobre loco, que todo te parece mezquino, porque tú eres muy pequeño! Desde la inaccesible montaña y el desierto que ningún pie ha pisado aún, hasta la última orilla de los océanos desconocidos, lo anima todo tu espíritu del eterno creador, gozándose en estos átomos de polvo que viven y le comprenden. ¡Ay cuántas veces deseaba entonces, con las alas de la garza que pasaba sobre mi cabeza, trasladarme a las costas de ese inmenso mar para beber en la espumosa copa de lo infinito dulcísimas delicias y sentir, aunque sólo fuera por un momento, en el espacio estrecho de mi seno una gota de la felicidad del ser que todo lo engendra en él y por él! Hermano mío, el recuerdo de tales horas basta para fortalecerme. Más aún: los esfuerzos que hago para recordar estos sentimientos inefables, para poder expresarlos, elevan mi alma sobre ella misma, y me obligan a sentir doblemente lo angustioso de mi estado actual.

«Parece que se ha levantado un velo delante de mi alma, y el inmenso espectáculo de la vida no es a mis ojos otra cosa que el abismo de la tumba, eternamente abierto. ¿Podrás decir «esto existe» cuando todo pasa, cuando todo se precipita con la rapidez del rayo,

sin conservar casi nunca todas sus fuerzas, y se ve, ¡ay!, encadenado, tragado por el torrente y despedazado contra las rocas? No hay momento que no te consuma, que no consuman los tuyos; no hay un momento en que no seas, en que no debas ser destructor: tu paseo más inocente cuesta la vida a millares de pobres insectos; uno solo de tus pasos destruye los laboriosos edificios de las hormigas y sumerge todo un pequeño mundo en un sepulcro.

«¡Ah!, no son las grandes y poco frecuentes catástrofes del mundo, no son esas inundaciones, esos temblores de tierra, que se tragan a vuestras ciudades, lo que me conmueve, lo que me roe el corazón es la fuerza devoradora que se oculta en toda la naturaleza, y que no ha producido nada que no destruya cuanto le rodea y no se destruya a sí mismo.

«De este modo avanzo yo con angustia por mi inseguro camino, rodeado del cielo, de la tierra, y de sus fuerzas activas: no veo más que un monstruo ocupado eternamente en mascar y tragar.»

21 DE AGOSTO

«Al sacudir por las montañas el yugo de una pesadilla, es en vano que extienda los brazos hacia ella, en vano que la busque por la noche en mi lecho, cuando un sueño feliz y sencillo me hace creer que estoy en el campo, sentado a su lado, estrechando su mano y llenándola de besos. ¡Ah!, cuando todavía embriagado por el sueño busco esa mano y me despierto, un torrente de lágrimas brota de mi corazón oprimido y lloro sin consuelo en las tinieblas de lo porvenir.»

22 DE AGOSTO

«Es cosa fatal, Guillermo. Mi actividad se consume en una inquieta indolencia; no puedo estar ocioso, y, sin embargo, no puedo hacer nada. Mi imaginación y mi sensibilidad no se conmueven ante la naturaleza, los libros me causan tedio. Cuando el hombre no se encuentra a sí mismo, no encuentra nada. Te juro que muchas veces me alegraría de ser un jornalero para tener, al menos, al des-pertarme por la mañana, la perspectiva de un día ocupado, un móvil, una esperanza. Envidio con frecuencia a Alberto cuando le veo enterrado en papeles hasta los ojos, y creo que sería feliz hallándome en su lugar. Más de una vez he estado a punto de escribirte y de escribir al ministro solicitando ese destino en la embajada que, según me aseguras, me concederían al instante. Así lo creo. Hace tiempo que me estima el ministro, y antes de ahora me ha instado mucho para que acepte un empleo. Suele preocuparme esto durante una hora; pero cuando lo reflexiono y recuerdo la fábula del caballo que, cansado de su libertad, se deja poner la silla y la brida para estar poco después rendido de fatiga.... no sé lo que debo hacer.

Por otra parte, querido Guillermo, este deseo de cambiar de estado que me subyuga, ¿no será acaso una oculta insoportable impaciencia que me perseguirá por todas partes?»

28 DE AGOSTO

«Es indudable que, si mi mal tuviera cura, esta gente lo curaría. Hoy es mi cumpleaños, y muy de mañana he recibido un paquetito de Alberto. Lo primero que ha herido mis ojos al abrirlo ha sido uno de los dos lazos de color de rosa que llevaba Carlota la primera vez que la vi, lazo que después le había pedido varias veces; lo segundo, dos tomitos en dozavo, las obras de Homero, de Wetstein edición que tanto he deseado para no ir a mis paseos cargado con la Ernesti. Ya ves cómo previenen mis deseos; cómo buscan medios para darme estas pequeñas pruebas de amistad, mil veces más preciosas que esos presentes magníficos conque nos humilla la vanidad del que nos obsequia. Beso el lazo infinitas veces al día, y en cada aspiración saboreo el recuerdo de las felicidades con que me embriagaron esos pocos días felices que han pasado para siempre. Guillermo, es lo que debe ser, y no me quejo: las flores de la tierra sólo son

vanas apariencias. ¡Cuántas se marchitan sin dejar ni el más leve rastro! ¡Qué pocas fructifican y qué pocos de estos frutos llegan a la madurez! Y, sin embargo..., ¡oh hermano mío!..., ¿podemos no hacer caso de los frutos maduros, despreciarlos y dejar que se pudran sin gozar de ellos?
«Adiós. El verano es magnífico. Trepo algunas veces a los árboles del jardín de Carlota, y con una pértiga larga cojo las peras de las ramas más altas. Carlota está debajo del árbol y recoge los frutos que yo echo a sus pies.»
30 DE AGOSTO

«Desgraciado, ¿no está loco? ¿No te engañas a ti mismo?

¿Adónde te conducirá esta pasión indómita y sin objeto? No pienso más en ella; ya no cabe en mi imaginación otra figura que la suya, y todo lo que me rodea no lo veo sino con relación a ella.
«Esto me procura algunas horas de felicidad que deben concluir tan pronto como sea preciso que nos separemos. ¡Ah, Guillermo, adónde me arrastra con frecuencia mi corazón! Siempre que paso dos o tres horas a su lado, absorto en la contemplación de su hermosura, de sus movimientos, de su celestial lenguaje, todos mis sentidos se excitan insensiblemente, una sombra se extiende ante mi vista, y mis oídos se embotan, siento que oprime mi corazón una mano homicida; mi corazón, con sus latidos precipitados, busca consuelo a mis sentidos oprimidos y no hace más que aumentar el desorden...
«Guillermo, muchas veces no sé si estoy en el mundo y si la tristeza me agobia o si Carlota no me concede el triste consuelo de aliviar mi martirio, dejándome bañar su mano con mi llanto. Necesito salir, necesito huir, y corro a ocultarme muy lejos en los campos. Entonces gozo trepando por una montaña escarpada, abriéndome paso entre un bosque impenetrable, entre las breñas que me hieren y los zarzales que me despedazan. Entonces me encuentro un poco mejor, ¡un poco!, y cuando, extenuado de sed y de cansancio, sucumbo y me detengo en el camino; cuando en la profunda noche, brillando sobre mi cabeza la luna llena, me siento en el bosque solitario sobre un tronco torcido, para dar algún descanso a mis pies desgarrados, o me entrego a un sueño tranquilo durante la claridad crepuscular..., ¡oh Guillermo!, el silencio albergue de una celda, un sayal y el cicilio son los únicos consuelos a que aspira mi alma. Adiós. No veo para esta cuita otro fin que el sepulcro.»
3 DE SEPTIEMBRE
«Mi marcha es precisa, Guillermo: te agradezco que hayas

fijado mi resolución vacilante. Quince días hace que acaricio la idea de dejarla. Mi marcha es precisa. Está de nuevo en la ciudad, en casa de una amiga, y Alberto..., y... Mi marcha es precisa.»
10 DE SEPTIEMBRE
«¡Qué noche, Guillermo, qué noche tan horrible he pasado! Ahora tengo valor para todo. No volveré a verla. ¡Oh!, que no pueda ir volando a arrojarme en tus brazos; que no pueda, amigo mío, expresarte con el mayor transporte y derramando un raudal de llanto los sentimientos que oprimen mi corazón! Heme aquí, delante de mi pupitre, casi sin aliento, procurando sosegarme y aguardando a que amanezca, porque los caballos estarán ensillados al despuntar el sol.
«¡Ah! Carlota duerme descuidada sin sospechar que no volverá a verme. He tenido bastante valor para separarme de ella sin descubrir mi secreto durante una conversación de dos horas. ¡Y qué conversación, Dios mío!

«Alberto me había ofrecido que iría al jardín con Carlota después de cenar. Yo estaba en la explanada, bajo los corpulentos castaños, viendo por última vez el sol que se oculta más allá del risueño valle, y el río que se desliza mansamente. ¡Había estado tantas veces con ella en aquel paraje! ¡Había contemplado tantas veces el mismo magnífico espectáculo! Y ahora . . . Empecé a ir y venir por aquella alameda, para mí tan querida, donde un atractivo secreto y simpático me había retenido frecuentemente antes de conocer a Carlota. ¡Con qué placer, al alborear nuestra amistad, nos dimos mutuamente cuenta de la preferencia que nos inspiraba este sitio, que es, sin duda, uno de los más seductores que conozco entre las creaciones del arte!
«A través de los castaños se descubre una vasta perspectiva. . . ¡Ah! Recuerdo que te he hablado bastante en mis cartas de estos altos muros de haya y de esta alameda en que insensiblemente va desapareciendo la luz cuanto más próximo está un bosquecillo donde termina y donde todo se confunde en una plazoleta que parece impregnada de todas las melancolías de la soledad. Aún me dura la indefinible sensación que experimenté cuando entré en ella por primera vez. En el instante en que el sol se hallaba en lo más alto de su carrera; ya entonces tuve un vago presentimiento de que aquel alto paraje sería para mí teatro de infinito dolor y grandes alegrías.
«Hacía media hora que estaba entregado a los dulces y crueles pensamientos de la despedida y de volvernos a ver, cuando los vi subir por la explanada. Corrí hacia ellos, cogí con el mayor entusiasmo la mano de Carlota y se la besé. Llegábamos a lo más alto cuando apareció la luna por detrás de los zarzales que cubrían la colina. Hablamos de cosas distintas y nos aproximamos a la sombría plazoleta. Carlota entró y se sentó, Alberto se puso a uno de sus lados, y yo, al otro, pero mi inquietud no me permitía permanecer mucho tiempo sentado. Me levanté me coloqué delante de ella; di algunos pasos y volví a sentarme. Yo sentía algo parecido a la agonía. Carlota nos hizo observar el bello efecto de la luna, que por encima de las hayas alumbraba toda la explanada. El cuadro era soberbio y tanto más sublime para nosotros cuanto que nos rodeaba una profunda oscuridad. Después de un breve rato en que todos guardamos silencio, Carlota tomó la palabra: «Nunca—dijo—, nunca me paseo a la claridad de la luna sin acordarme de mis queridos amigos difuntos, sin sentirme conmovida por la idea de la muerte y de lo porvenir. ¡Nada muere! —añadió con un acento, que revelaba la sensación más viva—: pero Werther ¿volveremos a encontrarnos? ¿Nos reconoceremos? ¿Qué pensáis de esto? ¿Qué decís?»
«»Carlota—exclamé, presentándole mi mano y con los ojos cuajados de lágrimas—, ¡sí, volveremos a vernos! En esta vida y en la otra volveremos a vernos.»
«No pude decir más, Guillermo. ¿Era preciso que ella me hiciese esta pregunta cuando toda mi alma se ocupaba de tan cruel separación?
«»Y nuestros queridos muertos—continuó Carlota—, ¿saben algo de nosotros? ¿Tienen idea de que los traemos a la memoria con indecible cariño en nuestros momentos de felicidad? ¡Oh! La imagen de mi padre vaga siempre en torno mío, cuando estoy por la noche sentada tranquilamente en medio de sus hijos, de mis hijos, que se agrupan en mi derredor como se agrupan al suyo. Sí, entonces dirijo al cielo mis ojos, bañados por una lágrima de deseo, anhelando que vea cómo cumplo la palabra que en su lecho de muerte le di de ser la madre de sus hijos—exclamó llena de emoción—. Perdóname, madre querida, si no soy para ellos lo que tú fuiste. ¡Ah!, yo hago cuanto puedo: están vestidos y alimentados y, sobre todo, se los cuida y se los quiere. Si pudieras ver nuestra unión, ¡oh alma queridísima!, elevarías las más vivas acciones de gracias a ese Dios a quien pedías con las más amargas lágrimas, con las últimas que brotaron de tus ojos, que hiciera felices a tus hijos.»

«Esto decía Carlota. ¡Oh Guillermo, quién pudiera repetir lo que decía! ¿Cómo la letra, fría e insensible, podría reproducir sus palabras, que eran flores celestiales de su alma? Alberto la interrumpió, diciendo con dureza: «Carlota, eso te afecta demasiado. Comprendo que esas ideas te son queridísimas, pero te ruego...»
«»Alberto—dijo Carlota—, ya sé que no has olvidado aquellas noches en que nos sentábamos alrededor del velador, cuando papá estaba fuera y habíamos hecho acostarse a los niños. Tú tenías casi siempre un buen libro, y casi nunca leías en él. La conversación de aquella criatura sublime, ¿no era preferible a todo? ¡Qué mujer! Amable, bella, siempre alegre y siempre trabajadora... ¡Dios sabe las veces que, arrodillada sobre mi lecho y derramando lágrimas, le he pedido que me haga semejante a mi madre! «
«»Carlota—exclamé, arrojándome a sus plantas y estrechando su mano, que bañaba con mi llanto—; Carlota, siempre os acompañen la bendición de Dios y el espíritu de vuestra madre.
«»¡Si la hubierais conocido!—dijo, apretándome la mano—. Era digna de que la conocierais.» Creí que me anonadaba: nunca se había pronunciado en mi elogio una frase más grande, más gloriosa. Carlota prosiguió: « ¡Y esa mujer ha muerto en la flor de su edad, cuando su último hijo no había cumplido seis meses! Su enfermedad no fue larga: estaba resignada y tranquila; su única pena era tener que abandonar a sus hijos, sobre todo al más pequeñito. Cuando entraba en la agonía me dijo: «¡Tráeme-los!» Yo los llevé, los menores no comprendían su desgracia; los mayorcitos estaban profundamente afectados. Cuando rodearon su lecho, levantó las manos al cielo y rogó por ellos; luego, uno después de otro, los besó; después, les dio el último adiós, y me dijo: «Tú serás su madre.» Por toda respuesta estreché su mano. «Mucho me prometes, hija mía —me dijo—. Frecuentemente he visto en tus lágrimas de reconocimiento que comprendes lo que hay en las miradas y el corazón de una madre. Ten lo uno y lo otro para tus hermanos, y para tu padre, la fidelidad y la obediencia de la esposa. Serás su consuelo.» Pidió que entrase mi padre, que había salido para ocultarnos el inmenso dolor que le abrumaba; tenía el corazón despedazado. Tú Alberto, estabas en la alcoba; oyó ella que alguno paseaba, preguntó quién era, y dijo que te acercases. Nos miró a los dos fijamente, y su mirada tranquila revelaba la idea de que juntos habíamos de ser felices.» Alberto se arrojó en sus brazos, exclamando: «¡Lo somos! ¡Lo seremos!» El flemático Alberto estaba fuera de sí: yo no me conocía a mí mismo.
«»Werther—prosiguió Carlota—, ¿y esta mujer debía morir? ¡Oh Dios! Cuando algunas veces pienso cómo nos dejamos robar lo que más queremos en el mundo. Y nadie lo siente con tanta fuerza como los niños; los míos, mucho después se quejaban de que los hombres negros

LIBRO II

22 DE SEPTIEMBRE DE 1771

“LLEGAMOS ayer. El embajador está indispuesto y guardará cama algunos días, si, al menos, fuera un hombre de buen trato, todo marcharía bien. Lo veo, lo veo, la suerte me ha reservado rudas pruebas; pero, ¡ánimo! Un carácter ligero lo soporta todo. ¡Un carácter ligero! Risa me da al ver que esta frase se ha escapado de mi pluma. ¡Ah! si yo fuera algo más superficial, sería el hombre más feliz de la tierra. Pero, ¡quía! Otros, pobres de fuerza y de talento, se pavonean delante de mí con aire de suficiencia, y yo me aburro con mi superioridad y mis conocimientos. Tú, Señor, que me has dado estos bienes, ¿por qué no me negaste la mitad de ellos concediéndome, en cambio, la confianza y satisfacción de mí mismo?

“¡Paciencia, paciencia!, esto cambiará. Sí, amigo mío, confieso que tienes razón: desde que paso todos los días mezclado con la multitud y veo lo que son los demás y cómo proceden estoy mucho más contento de ser como soy. Indudablemente, puesto que nos han hecho así y todo lo comparamos con nosotros mismos, y a nosotros mismos con todo, el bien o el mal está en el objeto que nos sirven para el paralelo, y, por tanto, nada me parece más pernicioso que la soledad.
“Nuestra imaginación, propensa por su naturaleza a exaltarse, alimentada por las fantásticas imágenes de la poesía, se forja una serie de seres, entre los cuales ocupamos el último lugar, y todo nos parece más grande fuera de nosotros, y todas las personas, más perfectas que la nuestra.
Sin duda, esto es natural; a cada paso vemos que nos faltan muchas cosas, y precisamente lo que nos falta nos parece que otro lo posee; le atribuimos todo cuanto nosotros tenemos, y le encontramos, además, cierto atractivo ideal. Así, pues, este hombre es perfectamente feliz, tal como nosotros le soñamos.
“Al contrario, cuando con toda nuestra debilidad y nuestros esfuerzos proseguimos nuestro trabajo sin distraernos, vemos con frecuencia que, caminando reposadamente y costeando, avanzamos más que otros a fuerza de vela y remo... Y, sin embargo, siempre está contento de sí mismo el que marcha al lado de los demás
o logra adelantarse.”
26 DE SEPTIEMBRE DE 1771
“A decir verdad, comienzo a estar aquí bastante bien. Lo mejor de todo es que no me falte trabajo y que esta gente y estas fisonomías de todas clases, nuevas para mí, me entretienen de un modo agradable. He hecho conocimiento con el conde de C., a quien estimo más cada día. Per-sona de superior inteligencia, revela un alma formada por la amistad y la ternura. Se ha encariñado conmigo con motivo de un asunto cuyo arreglo me encargaron. Desde las primeras frases observó que nos entendíamos y que podía hablarme de diferente modo que a los demás. No encuentro palabras para alabar la franqueza con que me honra, ni hay nada en el mundo que produzca una alegría tan grande y tan verdadera como el hallazgo de un alma privilegiada que nos abre sus puertas.”
24 DE DICIEMBRE DE 1771
“El embajador me hace pasar muy malos ratos cosa que ya tenía yo prevista. Es el tonto más insoportable de la tierra; caminando paso a paso y siendo meticuloso como una solterona, nunca está satisfecho de sí mismo, ni hay medio de contentarle. Me gusta trabajar de prisa y no retocar lo que escribo: él es capaz de devolverme una minuta diciéndome: “Está bien, pero repasadla; siempre se encuentra alguna expresión mejor, alguna palabra más propia.” Cuando esto pasa, me daría a todos los demonios. No ha de faltar una conjunción; es enemigo mortal de las inversiones gramaticales que a veces se me escapan; no comprende más periodo que el que escribe con la cadencia del ritmo tradicional. Es un suplicio tener que entenderse con semejante hombre.
“Lo único que me consuela es la amistad con el conde de
C. Hace algunos días me manifestó con la mayor franqueza que le fastidian soberanamente la lentitud y nimiedad característica de mi embajador. “Esta gente es una polilla para sí misma y para los demás—me decía—; pero hay que sufrirla, como sufre cualquier viajero el estorbo de una montaña. Si ésta no existiera, el camino, indudablemen-te, sería más fácil y más corto; pero la montaña existe y hay que pasarla.”
“El viejo conoce bien la preferencia que sobre él me da el conde; esto le quema, y aprovecha las ocasiones que se presentan para hablar mal de él en presencia mía. Como es natural, yo le contradigo, y ya tenemos altercado. Ayer, por ejemplo, me cogió por su cuenta, y me sacó por completo de mis casillas. “El conde—decía—conoce bastante

bien las cosas del mundo, tiene facilidad para el trabajo y escribe bien; pero, como la mayor parte de Los hombres de ingenio, carece de conocimientos profundos.” Después hizo una mueca que podría traducirse por “¿Te alcanza a ti este dardo?”, pero no me produjo ningún efecto. Desprecio a quien piensa y se conduce de este modo, y le respondí con bastante viveza, que el conde merece el mayor respeto, tanto por su carácter como por su instrucción. “No conozco a nadie—añadí—que haya logrado desarrollar mejor talento y aplicarlo a multitud de objetos, conservando, sin embargo, toda la actividad necesaria para la vida común” Hablar así a este imbécil era hablarle en griego, y me despedí de él para evitar que me revolviese más la bilis diciendo majaderías. Y toda la culpa es de los que me habéis amarrado a este yugo, contándome maravillas de la actividad. ¡Actividad! Remaría voluntariamente diez años más en la galera donde ahora estoy sujeto, si el que no tiene otra ocupación que la de plantar patatas y el que va a vender sus granos a la ciudad no hiciera más que yo. ¿Y la miseria brillante que veo, el fastidio que reina entre esta gente tosca, esta manía de clases en la cual estriba el que acechen y espíen la ocasión de elevarse unos sobre otros, fútiles y menguadas pasiones que se presentan al desnudo? Aquí, por ejemplo, hay una mujer que no habla a nadie de otra cosa que de su nobleza y de sus fincas; de modo que los forasteros dirán para sus adentros: “Esta es una sandía a quien un poco de nobleza y cuatro terrones le han vuelto el juicio.” Pero no es esto lo peor: la susodicha es simplemente hija de un escribano de estas cercanías. No puedo comprender a la especie humana, cuyas pretensiones orgullosas suelen estar destituidas de todo fundamento. Es verdad, mi querido Guillermo, que cada día me convenzo más de lo estúpido que es querer juzgar a los demás. ¡Tengo tanto que hacer conmigo mismo y con mi corazón, que es tan turbulento! ¡Ah! Dejaría de buen grado seguir a todos su camino, si ellos quisieran también dejarme andar por el mío.

“Lo que más me irrita son las miserables distinciones sociales. Sé, cómo cualquiera, cuán necesaria es la diferencia de clases y conozco sus ventajas, de las que yo mismo me aprovecho; pero no quisiera que viniesen a estorbarme el paso, precisamente cuando podría gozar aún alguna pequeña alegría, alguna apariencia de felicidad. He hecho conocimientos últimamente en el paseo con la señorita B., criatura amable, que, en medio del mundo infatuado en que vive, conserva bastante naturalidad. Nuestra conversación nos fue grata a los dos, y cuando nos separamos le pedí permiso para visitarla. Me lo concedió con tanta franqueza, que apenas pude aguardar la hora conveniente para ir a verla. No es de aquí, y vive con una tía suya. La fisonomía de la vieja me desagradó; yo me mostraba deferente con ella, le dirigía casi siempre la palabra, y en menos de media hora adiviné lo que la sobrina me ha confesado después; esto es, que su querida tía carece, a su edad, de todo: de fortuna y de talento. No tiene más recursos que una larga lista de abuelos, en la que se atrinchera como detrás de un muro, ni más diversiones que la de mirar con altanería a la plebe que pasa por debajo de su balcón. Debe de haber sido hermosa en su juventud y ha pasado su vida en bagatelas: ha sido por sus caprichos el tormento de algunos jóvenes infelices, y después, en su edad madura, aceptó humildemente el yugo de un oficial ya anciano que, por un mediano pasar, sufrió con ella la edad de bronce y murió; pero ahora ella se ve sola en la edad de hierro, y nadie la miraría si su sobrina fuese menos amable.”

8 DE ENER0 DE 1772

“¡Qué pobres hombres son los que dedican toda su alma a los cumplimientos y cuya única ambición es ocupar la silla más visible de la mesa! Se entregan con tanto ahínco a estas tonterías que no tienen tiempo para pensar en los asuntos verdaderamente importantes. Una de tantas sandeces me aguó, la semana última, toda una fiesta.

“¡Necios!, no ven que el lugar no significa nada y que el que ocupa el primer puesto hace muy pocas veces el primer papel. ¡Cuántos reyes gobernados por sus ministros! ¿Cuántos ministros por sus secretarios! ¿Y quién es el primero? Yo creo que aquel cuyo ingenio domina al de los demás, de que por su carácter y destreza convierte las fuerzas y las pasiones ajenas en instrumentos de sus deseos.”

20 DE ENERO

“Necesito escribiros, mi querida Carlota, aquí en un rincón de una pobre posada de aldea donde me he refugiado huyendo de una tempestad. Desde que me encuentro en este triste albergue de D., entre personas extrañas, completamente extrañas a mi corazón, ni un instante, ni uno siquiera, he dejado de sentir la imperiosa necesidad de escribiros. Vuestro ha sido mi primer pensamiento en esta cabaña, en esta soledad, en esta prisión, en tanto que la nieve y el granizo golpean contra mi ventana. Desde que entré aquí, ¡oh Carlota!, vuestra imagen y vuestro recuerdo, este recuerdo tan vivo y tan santo, se han apoderado de mí y he creído, ¡Dios mío!, sentir todas las alegrías de nuestra primera entrevista.

“¡Si pudierais verme querida Carlota, en medio del torrente de distracciones que me asedian! Todas mis sensaciones se enervan y se embotan. Ni un solo momento de regocijo para mi corazón, ni el más insignificante solaz para mi alma. Nada, nada: estoy aquí como si asistiera a una función de sombras chinescas. Veo pasar y repasar delante de mí hombrezuelos y caballitos y me pregunto muchas veces si no es esto una ilusión óptica. Yo formo parte de los personajes y desempeño también mi papel: mejor dicho, se me obliga desempeñarlo, se me hace maniobrar como a un autómata. Si cojo la mano del que tengo más cerca, retrocedo con espanto, creyendo que es de madera.

“Por la noche hago proyecto de ir a ver la alborada del siguiente día: amanece y me quedo en la cama. De día acaricio la idea de ver después la luna, y cuando llega la noche, me olvido de ello en mi alcoba. Apenas me explico por qué me levanto y por qué me acuesto.

“El resorte que daba movimiento a mi vida, se ha roto; el encanto que me tenía despierto en las tinieblas de la noche y me desvelaba por las mañanas se ha desvanecido.

“Sólo una criatura he encontrado aquí digna del nombre de mujer: la señorita B. Se parece a mi querida Carlota, si es que alguien puede parecerse a vos. “¡Y qué—diréis—, ¿ahora venís con galanterías?” Sí, no es esto del todo falso: desde hace algún tiempo soy muy lisonjero... porque no puedo ser otra cosa. Me doy aires de ingenioso, y dicen las damas que nadie podrá hacer un elogio con más delicadeza que yo. Añadid: ni mentir, porque lo uno va siempre unido a lo otro. Os estaba hablando de la señorita B. En el fuego de sus ojos azules se adivina desde luego la energía de su alma. Su posición la mortifica, porque no basta a satisfacer ninguno de los deseos de su corazón. Aspira a alejarse del torbellino social, y soñamos horas enteras con una felicidad pura, en medio del campo. ¡Ah, cuántas veces, Carlota, la he obligado a que os admire! ¿Obligado? No, su admiración es espontánea. ¡Tiene tanto gusto en oír hablar de Carlota! ¡La quiere tanto! ¡Oh si yo estuviese sentado a vuestros pies en aquel gabinetito seductor y tranquilo, con los niños retozando a nuestro derredor! cuando os molestase el ruido que hicieran, yo los agruparía y obligaría a guardar silencio, refiriéndoles algún cuento pavoroso. El sol declina majestuosamente detrás de las colinas cubiertas de deslumbradora nieve; la tempestad ha pasado, y yo... es preciso que me vuelva a mi jaula. ¡Adiós! ¿Está Alberto a vuestro lado? ¿Qué digo? Dios me perdone esta pregunta.”

8 DE FEBRERO

“Hace una semana que el tiempo no puede ser peor, y me alegro de ello, porque desde que estoy aquí no he logrado ver un día bueno sin que algún cócora me lo estropee o me lo robe. Al menos, cuando llueve de firme, cuando nieva, cuando hiela o deshiela, me digo a mí mismo: “Mejor estoy en casa, que fuera.” Pero si amanece con sol, si todo pronostica un buen día, nunca dejo de exclamar: “He aquí un favor del cielo, que podemos usurparnos unos a otros.” No hay nada que los hombres no se quiten sin escrúpulos: salud, reputación, alegría, reposo. Por supuesto, casi siempre con la sonrisa en la boca, y, según ellos dicen, con las mejores intenciones. Algunas veces quisiera suplicarles que no se desgarrasen tan despiadadamente las entrañas.”

17 DE FEBRERO

“Sospecho que no podré continuar mucho tiempo al lado del embajador.

“Este hombre es completamente insoportable. Tiene una manera tan ridícula de trabajar, que no puedo menos de altercar con él y de obrar con frecuencia a mi capricho y a mi modo, cosa que, como es natural, jamás le deja contento. Últimamente se ha quejado a la corte, y el ministro me ha reprendido; con mucha blandura, por cierto, pero ello es que me ha reprendido, y ya tenía propósito de presentar mi dimisión, cuando ha llegado a mis manos una carta particular que me envía... (6), la carta que me ha hecho arrodillarme para adorar su espíritu noble, sabio y elevado. ¡Cómo elogia el espontáneo y juvenil ardor de mis exaltadas ideas de actividad, de influir en los demás y de energía en los negocios; buscando, sin destruir esas ideas, el medio de moderarlas y conducirlas al punto en que pueden encontrar su verdadero desarrollo y producir su efecto! Ya me tienes animado por ocho días y reconciliado conmigo mismo. ¡Qué hermosa es la paz del alma, y qué triste, amigo mío, que semejante joya tenga tanto de frágil como de bello y singular!”

20 DE FEBRERO

“Dios os bendiga, amigos míos, y os dé todos los días felices que a mí me niega. Alberto te agradezco que me hayas engañado. Aguardaba la noticia del día de vuestra boda, porque ese día tenía resuelto descolgar solemnemente de la pared el retrato de Carlota, y enterrarlo entre mis papeles. ¡Ya estáis casados y todavía tengo aquí su retrato! Aquí permanecerá. ¿Por qué no? Sé que también estoy con vosotros: sé que, sin perjuicio tuyo, tengo un lugar en el corazón de Carlota. Sí; ocupo en él el segundo puesto, y quiero y debo conservarlo. ¡Oh ! Me volvería loco si ella pudiese olvidar... Alberto, dentro de esta idea se encierra el infierno, adiós. Adiós, Carlota; adiós ángel del cielo.”

(6) Por consideración a tan respetables personas, no incluimos en el relato esta carta y otra de que se habla más adelante. El más profundo reconocimiento del público no excusaría, en nuestra opinión, la audacia de publicarlas. (Nota del autor.)

15 DE MARZO

“He sufrido una mortificación que me echará de aquí: estoy furioso. Lo dicho: esto es un hecho, y vosotros tenéis la culpa de todo; vosotros, que me habéis soliviantado, atormentado, obligado a tomar un destino que yo no quería. Nos hemos lucido. Y con el fin de que no me digas que lo echo todo a perder con mis ideas exageradas, voy, mi querido amigo, a exponerte lo sucedido, con la sencillez y exactitud de un cronista.

“El conde de C. me aprecia y me distingue, ya lo sabes, porque te lo he dicho cien veces. Ayer comí en su casa. Justamente era uno de los días en por las tardes tiene tertulia, a la que concurren las damas y caballeros más distinguidos. Yo no había pensado semejante cosa, y jamás pude figurarme que nosotros, los menos encopetados, sobrábamos allí. Adelante. Comí, y después de comer estuve paseándome y charlando con el conde en el gran salón. Llegó el coronel B. que terció en nuestras plática, y por fin, insensiblemente sonó la hora de la tertulia. ¡Bien sabe Dios que no pensaba en ello!

Entró la nobilísima señora de S. con su marido y la pava de su hija, que tiene el pecho como una tabla y un talle que no es talle. Pasaron por delante de mí con el aire desdeñoso que los caracteriza. No inspirándome la gente de este linaje otra cosa que una antipatía profunda, resolví retirarme, y aguardaba sólo a que el conde se viese libre de su fastidiosa palabrería, cuando entró la señorita B. Como siempre que la veo se impresiona un poco mi corazón, me quedé, y fui a colocarme detrás de su asiento. Llegué a observar que me hablaba con menos franqueza que la acostumbrada y con algún embarazo. Esto me sorprendió. “Es ella como todas estas gentes?”, me pregunté a mí mismo. Estaba picado y quería retirarme; sin embargo, me quedaba, esperando con alguna frase que me dirigiera llegaría a con-vencerme de que mi pregunta era injusta. Entre tanto, el salón se llenó. El barón F., que llevaba encima todo un guardarropa del tiempo en que se coronó a Francisco 1 (7); el consejero áulico R., que se anuncia haciéndose llamar su excelencia con su mujer, que es sorda, etcétera. No debo pasar por alto a J., el desaliñado, que tapa los agujeros de su traje gótico con retales del día. Estas y otras personas fueron entrando, mientras yo hablaba con algunas conocidas mías, que me parecieron muy lacónicas. Pensando y ocupándome exclusivamente de B., no advertí que las señoras cuchicheaban en un extremo del salón, y que algo extraordinario sucedía entre los caballeros; no advertí que la señora de S. hablaba aparte con el conde (Todo esto me lo ha dicho después la señorita B.) Por último, el conde se acercó a mí, y me llevó al hueco de una ventana. “Ya conocéis—me dijo—nuestras costumbres extravagantes. He observado que la tertulia en masa está descontenta de veros aquí, y aunque yo no querría por todo el mundo...” “Dispensadme, señor — exclamé, interrumpiéndole—. Debía haber caído en ello, lo sé, y sé también que me perdonaréis esta irreflexión— dije al mismo tiempo que le hacía una reverencia—. Yo ya había pensado retirarme, y no sé que espíritu me lo ha detenido.”

“El conde me apretó la mano de un modo que daba a entender cuanto podía decir. Me escurrí pausadamente y, fuera ya de la augusta asamblea, subí a mi birlocho y fui a M., para ver desde la colina la puesta del sol, leyendo el magnífico canto en que refiere Homero cómo Ulises fue hospedado por uno que guardaba puercos. Hasta aquí todo iba bien.

“Ya de noche, volví a mi posada para cenar. Sólo encontré algunas personas que jugaban a los dados en el comedor, en un ángulo de la mesa, para lo cual habitan levantado un poco los manteles. Entró el apreciable A. y dejó su sombrero, mirándome al mismo tiempo; se vino hacia mí y me dijo en voz baja:

(7) Emperador de Alemania en 1745. (Nota del traductor.) “¿Conque has tenido un disgusto?” “¿Yo?” “El conde te ha echado de su tertulia.” “¡Cargue el diablo con ella! Me salí para respirar un aire más puro.” “Me alegro de que no des importancia a lo que no la tiene; solamente siento que la cosa se haya hecho pública.” Esto dio margen a que se desertase en mí el enojo. Conforme iba llegando la gente para sentarse a la mesa, me miraban, y yo decía para mi sayo: “Te miran por lo de la reunión.” Y esto me quemaba la sangre.

“Y como ahora, donde quiera que me presentó, oigo decir que los que me envidian baten palmas, que me citan como un ejemplo de lo que sucede a los presuntuosos que se creen autorizados para prescindir de todas las consideraciones porque están dotados de algún ingenio, y oigo, además, otras majaderías semejantes, de buena gana me clavaría un cuchillo en el corazón. Digan lo que digan de los caracteres despreocupados, yo querría sa-ber quien es el que puede sufrir que tanto bellaco murmure de él de este modo. Sólo cuando carece de fundamento la murmuración es fácil depreciar a los murmuradores.”

16 DE MARZO

“Todo conspira contra mí. Hoy he encontrado en el paseo a la señorita B. Me he visto obligado a acercarme y, apenas nos hemos alejado un poco de los demás, le he dado mil quejas por lo que anteayer me ocurrió con ella. “¡Oh Werther!—me dijo con la mayor ternura—. ¿Cómo interpretáis tan mal aquella turbación mía, vos que me conocéis tan bien? ¡Cuánto he sufrido por vos, desde el instante en que os vi en el salón! Todo lo adiviné; cien veces estuve a punto de decíroslo. Sabía que las señoras de S. y de T. se alejarían con sus maridos antes que permanecer en vuestra compañía; sabia que el conde no se atrevería romper con ellos..., ¡y ahora vos me pedís cuenta!” “¡Cómo señorita!”, dije, ocultando mi turbación y sintiendo que algo como agua hirviendo corría por mis venas, a la par que recordaba todo lo que me había dicho
A. al entrar en casa. “¡Cuánto me ha costado ya todo esto!”, exclamó aquella hermosa criatura con los ojos llenos de lágrimas. Dejé de ser dueño de mí mismo, y faltó poco para que me arrojase a sus pies. “Explicaos”, le dije. Sus lágrimas rodaron; yo estaba fuera de mí. Se enjugó el llanto sin cuidarse de ocultármelo.
“”Mi tía—prosiguió—, a quien ya conocéis, se hallaba presente. ¡Contenta se puso de veros a mi lado! Werther, ayer tarde y esta mañana he tenido que sufrir un sermón por ser amiga vuestra, y me he visto obligada a oír que os insultaban, que os humillaban, sin poder defenderos y sin atreverme a defenderos más que a medias.”
“Cada palabra que profería era una espada que atravesaba mi corazón. Sin comprender el bien que me hubiera hecho ocultándome todas estas cosas continuó refiriendo lo que aún dirían de mí, y quiénes se gozarían en el triunfo, celebrándolo y haciendo saber que se ha castigado mi orgullo y mi desprecio hacia los demás, cosas que hace tiempo vienen echándome en cara.
“¡Y oír todo esto de su boca, Guillermo; oírselo a ella, cuyo afecto para mí es verdadero y profundo! Quedé anonadado, y todavía fermenta la cólera en mi pecho. Quisiera qué alguno de ellos tuviera el valor de pronunciar una sola palabra delante de mí, para atravesarle de parte a parte con mi espada. Me sosegaría si viese correr la sangre. ¡Ah! más de cien veces he cogido un cuchillo para acabar con la asfixia que me ahoga. Se habla de una noble raza de caballos que, cuando están enardecidos y cansados con exceso, se abren por instinto una vena para respirar con más libertad. Muchas veces me encuentro en este caso; querría abrirme una vena que me proporcionase la libertad eterna.”
24 DE MARZO
“He pedido mi cesantía con esperanzas de obtenerla y sé que me perdonarás el que lo haya hecho sin consultarte. Necesito salir de aquí, y sé todo lo que pudieras decirme para evitarlo; así, pues, di a mi madre lo que ocurre, de modo que no ponga el grito en el cielo. Es preciso que lleve con paciencia el que no la satisfaga quien ni a sí mismo logro satisfacerse.
“No dudo que esto le causará mucha pena. ¡Ver que su hijo se detiene de pronto en la brillante carrera que le llevaba en línea recta a los puestos de consejero y embajador! ¡Ver que se desvía del camino!... Haz todas las objeciones que se te ocurran y cuantas combinaciones conduzcan a demostrar en qué casos podía y debía continuar aquí; he decidido irme, y me voy. Para que sepas adónde te diré que mi compañía es muy grata al príncipe de..., y que, cuando ha tenido noticia de mi determinación, me ha pedido que le acompañe a sus estados para pasar con él la primavera. Me ha prometido que tendré libertad absoluta; y como estamos de acuerdo casi en todo, voy a correr el albur y marcharme con él.”
POST SCRIPTUM, 19 DE ABRIL
“Te agradezco tus cartas. No las he contestado porque para enviarte ésta esperaba a recibir el cese de la corte, temía que mi madre influyera con el ministro y diese al traste

con mis planes; pero ya está todo arreglado puesto que ha sido aceptada mi dimisión. No te diré la repugnancia con que han accedido a mis deseos ni lo que me escribe el ministro, porque aumentarían vuestras lamentaciones. El príncipe heredero me ha dado una gratificación, veinticuatro ducados, diciéndome palabras que me han enternecido hasta el punto de hacerme llorar. No necesito, pues, el dinero que últimamente había pedido a mi madre."

5 DE MAYO

"Salgo mañana, y como sólo dista seis millas del camino el lugar donde nací, quiero volver a verlo y recordar los antiguos días de mi infancia, que pasaron como un sueño. "Quiero entrar por la misma puerta por donde salí con mi madre cuando, después de quedarse viuda, abandonó esta querida y sosegada aldea para encerrarse en esa horrible ciudad. Adiós, Guillermo; ya tendrás noticias de mi viaje."

9 DE MAYO

"He visitado el pueblo donde nací, con toda la devoción de un peregrino, impresionándome una porción de sentimientos inesperados. Hice detener el coche cerca del gran tilo que hay a un cuarto de legua de la población, a la parte sur; me apeé y mandé al cochero que fuese delante, con objeto de seguir yo a pie y saborear todos los recuerdos con toda viveza y plenitud de la novedad. Me detuve bajo el tilo que en mi infancia había sido objeto y término de mis paseos. ¡Qué diferencia! Entonces con una dichosa ignorancia me lanzaba impetuosamente hacia ese mundo desconocido en que esperaba hallar para mi corazón todo el alimento, todas las venturas que debían colmar y satisfacer la efervescencia de mis deseos. Ahora vuelvo ya de ese vasto mundo, y ¡oh amigo mío, cuántas esperanzas perdidas, cuántos planes destruidos! Aquí están delante de mí las montañas que mil veces contemplé como el único muro que se oponía a mis deseos. Entonces podía quedarme en estos sitios horas enteras, pensando en escalar esas alturas, llevando mi pensamiento al fondo de los valles y de las alamedas que divisaba entre las tintas suaves del crepúsculo; y cuando llegaba el momento de volver a mi casa, yo abandonaba este paraje querido con indecible pena. Al acercarme al pueblo, he saludado todos los viejos pabellones de los jardines. Los nuevos me des-agradan, como todos los cambios que he observado. Pasé la puerta que da entrada a la población, y entonces sí que me encontré dentro de mis recuerdos. Amigo mío, no quiero detenerme en detalles, la relación sería tan pesada como grande ha sido el placer que he experimentado. Pensaba alojarme en la plaza, precisamente al lado de nuestra antigua casa. Observé al paso que la escuela, donde una buena vieja nos reunía cuando niños, se había convertido en una abacería. Me acordé de la inquietud, de los temores, los apuros y las aflicciones que yo había sufrido en aquella especie de agujero. No daba un paso que no me obligara a entusiasmarme. No encuentra un peregrino en tierra santa tantos lugares consagrados por religiosos recuerdos, y dudo que su alma experimente tan puras emociones. Bajé por la orilla del río adelante hasta una alquería adonde iba yo en otro tiempo muy a menudo: es un paraje reducido, donde los muchachos nos divertíamos en tirar piedras a la superficie del agua para ver quién las hacia singlar mejor. Recordé vivamente que me detenía algunas veces a ver correr el agua, formándome las ideas más maravillosas de su curso; recordé las caprichosas pinturas que me hacía de los países adonde aquella corriente debía ir a parar; recordé que pronto encontraba mi imaginación los límites de esos países, y que, sin embargo, yo iba más lejos, y acababa por perderme en la contemplación de un paisaje lejano y vagoroso. Amigo mío, de este modo con esta felicidad, vivieron los venerables padres del género humano; tan infantiles fueron sus impresiones y su poesía. Cuando Ulises habla de la mar inmensa y de la tierra, su lenguaje es verdadero, humano, intimo, sorprendente y misterioso. ¿De qué me sirve

poder repetir con todos los colegas que la Tierra es redonda? ¡La Tierra! Sólo necesita el hombre algunas palabras para tener ocupación toda su vida, y menos todavía para volver a esta tierra de donde salió.
“Estoy ahora en la casa de campo del príncipe. Se vive muy bien con este hombre: es la verdad y la sencillez personificada, pero está rodeado de gente singular que no acabo de comprender. Sin tener el aspecto de unos bribones, les falta el talento de los hombres de bien. Algunas veces me parecen muy respetables, y, sin em-bargo, no llego a fiarme de ellos. Me molesta que el príncipe hable con frecuencia de cosas que ha oído decir o que ha leído, copiando siempre servilmente lo que lee y lo oye. Añade a esto, que tiene en más mi talento que mi corazón, este corazón, única cosa de que estoy orgu-lloso, única fuente de toda fuerza, de toda felicidad y de todo infortunio. ¡Ah! Lo que yo sé, cualquiera lo puede saber; pero mi corazón lo tengo yo sólo.”
25 DE MAYO
“Tenía un proyecto del que pensaba hablarte cuando se hubiera realizado; ahora veo que no resultará nada, y voy a darte cuenta de mi secreto: quería entrar en el ejército. Mucho tiempo he acariciado esta idea, causa la más poderosa de cuantas me movieron a seguir al príncipe, que es general de las fuerzas de ... Paseando juntos le he descubierto mi designio; pero me ha disuadido, y sólo hubiera dejado de ceder a sus razones si fuera en mí una verdadera vocación lo que no pasa de simple capricho.”
11 DE JUNIO
“Di lo que quieras; pero necesito irme de aquí, donde no hago otra cosa que fastidiarme. El príncipe no puede ser para mi mejor dé lo que es; sin embargo, no estoy contento a su lado, y consiste en que en el fondo no hay nada semejante entre los dos. Es un hombre de talento, pero de talento vulgar. Su conversación no me causa mayor placer que uno obra bien escrita. Permaneceré aún ocho días aquí: cuando hayan pasado volveré a vagabundear. Lo mejor que he hecho desde que vine, ha sido dedicare al dibujo. El príncipe no es extraño al arte y aún lo sería menos si no estuviese forrado de fastidiosas fórmulas científicas y de una huera terminología. Más de una vez, arrastrándome mi loca imaginación por los caminos del arte y de la naturaleza, me muerdo los labios al ver que, convencido de que pone una pica en Flandes, me interrumpe a tontas y a locas para encajar en la conversación algún término técnico.”
16 DE JULIO
“Sí; yo no soy otra cosa que un viajero, un peregrino en el mundo. ¿Y tú? ¿Eres algo más?”
18 DE JULIO
“¿Adónde quiero ir? Te lo diré en confianza. Tengo precisión de permanecer aquí otros quince días. Después, me he dicho a mí mismo que deseo visitar las minas de...; pero, en el fondo, no hay nada de esto: lo que quiero únicamente es aproximarme a Carlota. Esto es todo. Me río de mi corazón, y hago todo lo que me manda.”
29 DE JULIO
“¡Bien! ¡Muy bien! Todo marcha a maravilla. ¡Yo! ¡Su marido! ¡Oh Dios! si tú, que me has dado la vida, me hubieses reservado semejante felicidad, mi existencia hubiera sido una adoración continua. No quiero quejarme contra ti; perdóname estas lágrimas, perdona mis inútiles deseos. ¡Ella, mi mujer! ¿Si hubiera estrechado entre mis brazos a la criatura más amable que hay bajo el cielo! Guillermo, cuando Alberto abraza su talle esbelto, tiemblo de pies a cabeza.
“¿Me atreveré a decirlo? ¿Y por qué no? Carlota hubiera sido conmigo más feliz que con él. No; no es éste el hombre que puede satisfacer todos los deseos de este ángel. Cierta falta de sensibilidad, cierta falta de... (traduce esto como te parezca). Yo veo que sus almas no simpatizan; lo veo cuando, leyendo uno de nuestros libros favoritos, laten

al unísono el corazón de Carlota y el mío, y lo veo en otras mil ocasiones en que revelamos los sentimientos que nos producen las acciones ajenas. ¡Oh Guillermo! ¿Es verdad que él la ama con toda su alma..., y que, así y todo, no merece el amor de ella?
“Un importuno ha venido a interrumpirme. Mis lágrimas se han secado, mi melancolía ha desaparecido. Adiós,
querido amigo.”

4 DE AGOSTO
“No soy el único que se queja. Todos los hombres ven burladas sus esperanzas y son engañados en lo que desean. Acabo de visitar a la buena mujer de los tilos: el mayor de los muchachos ha corrido a mi encuentro. Sus gritos de alegría han anunciado mi llegada a la madre, que está muy abatida. Sus primeras palabras han sido: “¡Ay, mi buen señor! Mi Juan ha muerto. “Juan era el menor de los niños. Yo guardé silencio. “Mi marido—añadió— ha vuelto de Suiza con las manos en la cabeza a no ser por algunas buenas almas, se hubiera visto obligado a venir pidiendo limosna.” No se me ocurrió decirle nada; pero hice un regalillo a su hijo. Ella me rogó que aceptase unas manzanas, las tomé y me alejé de aquel sitio de tan triste memoria.”
21 DE AGOSTO
“He cambiado por completo en un abrir y cerrar de ojos. Aunque todavía algunas veces se ilumina mi vida con la claridad de una luz suave, no es, ¡ay!, más que por un solo instante. Cuando me entrego a mis ensueños, no consigo desechar este pensamiento. “Pues qué, si Alberto muriese, ¿no podrías tú ser..., no podría ser ella...?” Y así continúo corriendo tras esta vaga sombra, hasta que me conduce al borde del abismo, donde me detengo con espanto.
“¡Qué diferente me parece todo, cuando salgo de la ciudad por el camino que recorrí en coche el día que, para llevarla al baile, fui por Carlota la primera vez! Todo ha cambiado, todo ha desaparecido. Ni una señal en la naturaleza, ni un latido en mi corazón que recuerde aquel día. Soy como la sombra de un príncipe opulento que volviese al palacio edificado y decorado con todo lujo y magnificencia por él en otra época, para encontrar arruinadas las espléndidas maravillas que legó a un hijo queridísimo.”
3 DE SEPTIEMBRE
“Hay ocasiones en que no comprendo cómo puede amar a otro hombre, cómo se atreve a amar a otro hombre, cuando yo la amo con un amor tan perfecto, tan profundo, tan inmenso; cuando no conozco más que a ella, ni veo más que a ella, ni pienso más que en ella.”
4 DE SEPTIEMBRE
“Sí, así es. Al mismo tiempo que la naturaleza anuncia la proximidad del otoño, siento el otoño dentro de mí y en torno mío. Mis hojas amarillean, y las de los árboles vecinos se han caído ya. ¿He vuelto a hablarte de un joven aldeano que conocí cuando vino por primera vez a estos parajes? He pedido en Wahlheim noticias suyas, y me han dicho que, habiéndole echado de la casa donde servía, nadie ha vuelto a saber de él. Ayer le encontré, por casualidad, camino de otra aldea; le dirigí la palabra, y me ha contado su historia, que me ha impresionado mucho como comprenderás fácilmente cuando a mi vez te la refiera. Pero ¿a qué conducen estos pormenores? ¿No debía yo guardar para mí lo que me aflige y me angustia? ¿Por qué he de afligirte también? ¿Por qué he de darte sin cesar ocasión para que te quejes y me riñas? ¡Bah!, acaso no es mía la culpa, sino de mi estrella.
“Este hombre respondió a mis primeras preguntas con sombría tristeza, en la que me pareció ver alguna confusión; pero en breve, como si cayera en la cuenta de con quién

hablaba, y me reconociese, me confesó con franqueza sus faltas y deploró su desdicha. ¡Que no pueda yo, amigo mío, recordar una por una sus palabras! Confesaba, refería (experimentando, al hacer memoria de ello, una especie de alegría y de placer) que su amor hacia su ama fue aumentando cada vez más hasta el punto de no saber lo que hacía ni, hablándote en su lenguaje, dónde tenía la cabeza. No podía beber, comer ni dormir; esto le martirizaba, y hacía lo que no debía hacer y olvidaba lo que le habían mandado, parecía que tenía los demonios en el cuerpo, y por último, un día que ella estaba en una habitación de un piso alto, lo supo él y la siguió, o más bien se sintió arrastrado en pos de ella. Rogó inútilmente y pretendió hacer uso de la fuerza. Ignoraba cómo pudo llegar a tal extremo y ponía a Dios por testigo de que siempre había pensado en ella con toda pureza y de que su más vehemente deseo había sido casarse para pasar la vida a su lado. Después de platicar un rato de este modo, titubeó, como aquel a quien aún le falta algo que decir y que no se atreve a continuar. Al cabo me confesó tímida-mente que ella le solía tolerar ciertas confianzas y le había concedido algunos ligeros favores. Cortó dos o tres veces el relato para repetirme que no decía esto “por despreciarla”; que la quería tanto como antes; que jamás había hablado con nadie de estas cosas, y que sólo me las refería para que me convenciese de que él no era un malvado ni un insensato. Y ahora, amigo mío, vuelvo a mi eterno estribillo: ¡si yo pudiera pintarte a este muchacho tal como estaba, tal como todavía le ven mis ojos; si yo pudiera decirte perfectamente todo para que comprendieses cómo me interesa, cómo debo interesarme por él! Basta; conoces lo que me pasa, me conoces y sabes demasiado bien cuánto me interesan todos los desdichados, y, sobre todos, este de que te hablo.

“Leo lo escrito, y observo que se me olvidaba referirte el fin de la historia, que se adivina fácilmente. La viuda se defendió, llegó su hermano, que hacía mucho tiempo odiaba al criado y deseaba echarle de la casa, por temor de que un nuevo matrimonio de la hermana privase a sus hijos de una herencia que esperaban fundadamente, puesto que aquélla no tenía sucesión directa; este hermano plantó al criado en la calle, y armó tan completo escándalo sobre lo ocurrido, que aunque la viuda hubiera deseado recibir de nuevo al muchacho, no se hubiera atrevido a ello. Dicen que también ahora está que trina el hermano con otro criado que tiene la consabida, respecto al cual aseguran que se casará con ella, cosa que el antiguo está firmemente resuelto a no sufrir mientras aliente.

“No he exagerado ni embellecido esta historia; hasta puedo decir que la he contado débil, debilísimamente, y que ha perdido mucho de su sencillez, porque la he encerrado en el molde de nuestro lenguaje usual y circunspecto.

“Esta pasión, que encarna tanto amor y tanta fidelidad, no es una ficción poética; vive, centellea con toda su pureza en estos hombres que apellidamos incultos y groseros nosotros, gente civilizada hasta el punto de no ser ya nada.

“Lee esta historia con recogimiento, te lo suplico. Yo, escribiéndote hoy estas cosas estoy sosegado, ya lo ves: ni me precipito ni me embrollo, como acostumbro. Lee, querido Guillermo, y piensa quien que ésta es, además, la historia de tu amigo. Sí, esto es lo que me ha sucedido, esto es lo que me sucederá a mí, que no tengo la mitad del valor y la resolución de este pobre diablo, con el cual apenas me atrevo a compararme.”

5 DE SEPTIEMBRE

“Carlota escribió una nota a su marido, que estaba en el campo, donde le retenían los negocios. La esquela comenzaba así: “Querido, queridísimo amigo: vuelve lo más pronto que puedas; te espero impaciente... “Uno que llegó trajo la noticia de que algunas ocupaciones impedirían a Alberto regresar tan pronto. La carta quedó sin concluir sobre la mesa, y por la noche vino a dar en mis manos. La leí y sonreí: Carlota me preguntó la causa. “La imaginación es una cosa divina—exclamé—, por un momento me había

figurado que este escrito era para mí. “No contestó nada; creo que le disgustó mi ocurrencia. Yo guardé silencio.”
6 DE SEPTIEMBRE

“Mucho me ha costado resolverme a dejar el frac azul que llevaba cuando bailé con Carlota por primera vez; pero ya estaba inservible.
“Me he encargado otro idéntico, con cuello y vuelos iguales, y una chupa y unos calzones amarillos como los que tenía. Bien conozco que no es lo mismo llevar uno que otro; sin embargo..., ¿quién sabe? Me figuro que, con el tiempo, le tocará al nuevo su turno, y será el preferido.”
12 DE SEPTIEMBRE
“Habiendo ido Carlota a ver a Alberto, ha estado ausente algunos días. Hoy, al entrar en su habitación, salió a mi encuentro y le besé la mano con indecible júbilo.
“Sobre un espejo había un canario que voló a sus hombros. Cogiéndole entre sus dedos, me dijo: “Es un nuevo amigo que destino a mis niños. Es muy bonito; miradle. Cuando le doy pan, divierte ver cómo agita las alas y picotea. También me besa; vedlo: “acercó su boca al pajarillo, y éste se plegó tan amorosamente contra sus dulces labios, como si comprendiese la felicidad que gozaba.
“”Quiero que también os dé un beso”, dijo ella, acercando el pájaro a mi boca. Este trasladó su piquito desde los labios de Carlota a los míos, y sus picotazos eran como un soplo de celestial felicidad.
“”Sus besos—dijo—no son completamente desinteresados; busca comida, y cuando no la encuentra en las caricias que le hacen, se retira descontento” “También come en mi boca.”, exclamó Carlota, presentándole algunas migajas de pan en sus labios entreabiertos, sobre los cuales sonreían con voluptuosidad el placer y el éxtasis de un amor correspondiente.
“Volví la cabeza. Ella no debía hacer lo que hacía, ella no debía inflamar mi imaginación con estos transportes candorosos de alegría purísima, ni despertar mi corazón del sueño en que le arrulla la indiferencia que siento por la vida. ¿Y por qué no? Es que se fía de mí, es que sabe de qué modo la amo.”
15 DE SEPTIEMBRE
“En verdad, Guillermo, que hay para darse al diablo cuando se ven personas tan desprovistas de razón y de sentimientos, que desconocen cuanto tiene valor en este mundo. Tú recordarás aquellos nogales del presbiterio, a cuya sombra me sentaba yo con Carlota. ¡Cuánto me alegraba el corazón la vista de tan magníficos árboles y cómo embellecían el patio! ¡Cuánta frescura había en su sombra y cuánta majestad en su follaje! Eran recuerdos vivos de los respectivos párrocos que, en un tiempo ya remoto, los habían plantado. El maestro de escuela nos ha citado muchas veces el nombre de uno de éstos, llevaba el mismo de su abuelo, y parece que era una persona dignísima. Por eso, cuando me sentaba debajo de aquellos nogales, en este recuerdo había algo querido y sagrado para mí. Ayer deplorábamos que los hayan cortado: el maestro de escuela lloraba. ¡Cortado! Tengo tal indignación que sería capaz de matar al miserable que les dio el primer hachazo.
“Si yo fuera dueño de dos árboles semejantes, me bastaría ver a uno secarse de viejo para desesperarme. Juzga por esto lo que me afecta el sacrilegio cometido. ¿De qué sirve la conciencia a los hombres? Todo el pueblo murmura, y la mujer del cura actual comprenderá la herida que ha abierto en los instintos de los buenos aldeanos, cuando recoja la manteca, los huevos y los demás tributos voluntarios. Porque ella, la esposa del nuevo párroco (el que yo conocí ha muerto también) es la autora; ella, criatura flacucha y enclenque, que hace muy bien en no interesarse por nadie en el mundo, porque nadie

comete la sandez de interesarse por ella, marisabidilla que se atreve a disertar sobre los cánones de la iglesia y a trabajar para la reforma crítico-moral del cristianismo, encogiéndose de hombros ante las ideas de Lavater, mujer, en fin, cuya salud raquítica no resiste la más inocente diversión. Sólo un bicho así hubiera sido capaz de cortar los nogales. ¿Comprendes que las hojas que se caían, sobre ensuciar el patio de esta señora, lo llenasen de humedad? Además, las ramas quitaban la luz, y cuando maduraban las nueces los chiquillos se entretenían en derribarlas a pedradas, lo cual alborotaba los nervios de la pobrecita, robándole el sosiego en sus profundas meditaciones, cuando acaso comparaba y pesaba juntos a Kennikot, Semler y Michaelis. Al avistarme con la gente de la aldea, después de tan importante descubrimiento, pregunté, sobre todo a los viejos, por qué lo habían consentido.

“”¿Y qué creéis—me respondieron—, cuando el alcalde manda una cosa, ¿quién ha de oponerse?” Hay, sin em-bargo, en este asunto un lado cómico. El alcalde y el cura (porque éste pensaba sacar algún provecho del disparate cometido por su mujer, que con frecuencia le quema la sangre) el alcalde y el cura, digo, pensaban repartirse el fruto de los árboles cortados; pero el administrador de rentas lo supo y dio con el plan en tierra, haciendo valer antiguos derechos sobre el patio del presbiterio donde habían estado los nogales, que fueron vendidos en pública subasta. En resumen, ya no hay nogales... ¡Oh, si yo fuera príncipe, ya les diría a la mujer del cura, al alcalde y al administrador...! ¡Príncipe! ... ¡Ah!, si yo fuera príncipe ¿qué me importarían los árboles de mi país?”

10 DE OCTUBRE

“Me basta ver sus ojos negros para ser feliz. Lo que me apena es que Alberto no parece tan dichoso como él esperaba y como él mismo creía. ¡Ah! si yo... No me gusta emplear reticencias; pero no puedo expresarme de otro modo..., y me parece que me explico con bastante claridad.”

12 DE OCTUBRE

“Ossián ha desbancado a Homero en mi espíritu. ¡A qué mundo nos transportan los sublimes cantos de aquel poeta! ¡Vagar por los matorrales, aspirar el aire de fuego que columpia en las nubes las sombras del firmamento a los pálidos rayos de la luna, oír quejarse en la montaña la voz de trueno del torrente de la selva, y los gemidos de las plantas medio abrasadas por el viento, confundién-dose quejas y gemidos con los suspiros de la joven que agoniza al pie de cuatro piedras cubiertas de musgo, bajo las cuales reposa el héroe glorioso que fue su amante! ¡Oh!, cuando en aquel desierto contemplo al bardo encanecido por los años, que busca las huellas de sus padres y sólo encuentra sus sepulcros, mientras, sollozando, vuelve la vista hacia la estrella de la tarde, medio escondida entre el oleaje de una mar tempestuosa; cuando veo que renace el pasado en el alma del héroe, que como en los tiempos en que la misma estrella irradiaba sobre los bravos guerreros exploradores, o la luna ayudaba con su propia claridad al regreso de sus naves victoriosas, cuando leo en su frente un profundo dolor, y le veo solo en el mundo caminando trémulo hacia la tumba, saboreando una suprema y dolorosa alegría en la aparición de los fantasmas inmóviles de sus padres; cuando le oigo gritar, fijos los ojos en la tierra seca y en la hierba doblada por el viento: “El viajero vendrá; vendrá el que me ha conocido en mi esplendor, y preguntará dónde está el bardo, preguntará qué ha sido del hijo de Finga! Y su pie hollará mi tumba mientras su voz llamará en vano! ... Entonces, amigo mío, quisiera, como leal escudero, sacar la espada, y con ella librar a mi príncipe de las angustias de una vida que es una muerte lenta, hiriéndome después a mí mismo para enviar mi alma en pos de la del héroe libertado.”

19 DE OCTUBRE

“¡Ay de mí! Este vacío, este horrible vacío que siente mi alma... Muchas veces me digo: “Si pudiera un momento, uno solo estrecharla contra mi corazón, todo este vacío se llenaría.”

26 DE OCTUBRE

“Sí, amigo mío, cada día estoy más convencido de que la vida de una criatura vale bien poco. Ayer estuvo a ver a Carlota una amiga suya. Entré en una pieza inmediata y cogí un libro para distraerme; pero no tenía la cabeza bastante despejada para fijarme en la lectura. Oí que hablaban en voz baja. Charlaron de cosas indiferentes, de las novedades que ocurrían en el pueblo, de que tal per-sona se había casado y tal otra se hallaba enferma, muy enferma. “Tiene una tos seca—dijo la amiga—, las mejillas hundidas, la cara más larga. No daría yo un ochavo por su vida.” “M. N.—dijo Carlota— está también bastante echado a perder.” “Es verdad—repitió la otra—; tiene el cuerpo hinchado de una manera que asusta.”

“Así platicaban tranquilamente, mientras yo me transportaba con la imaginación al lado de estos desdichados y veía con cuánta ansiedad sentían es-capárseles la vida, y cómo se asían a la más débil esperanza. Después de todo, Guillermo, estas jóvenes hablaban del asunto como habla todo el mundo cuando se trata de la muerte de un extraño. Yo paseando mi vista en torno mío, viendo echados acá y allá los vestidos de Carlota, y los papeles de Alberto sobre estos muebles que han llagado a serme familiares hasta el punto de notar la menor alteración, me decía a mí mismo: “Puede asegurarse que en esta casa eres todo para todos; tus amigos te honran, tú contribuyes a su alegría, y parece que no podríais vivir los unos sin los otros. No obstante, si tú te alejases de su lado, sentirían... ¿cuánto tiempo sentirían el vacío que tu pérdida dejaría en sus existencias? ¡Ah!, el hombre es tan versátil por naturaleza, que, aun donde tenga seguridad de ser apreciado en algo, aun allí donde pueda dejar un recuerdo profundo de su existencia o de su paso en la memoria y en el alma de los que le son queridos, aun allí debe extinguirse y desaparecer; y esto, ¡ay!, demasiado pronto.”

27 DE OCTUBRE

“Es cosa de arañarse y romperse la cabeza considerar lo poco que valemos unos para otros. ¡Ay de mí! Nadie me dará el amor, la alegría, el goce de las felicidades que no siento dentro de mí. Y aunque no tuviera el alma llena de la más dulces sensaciones, no sabría hacer dichoso a quien en la suya careciese de todo.”

27 DE OCTUBRE POR LA NOCHE

“¡Siento tantas cosas..., y mi pasión por ella lo devora todo! ¡Tantas cosas! . . . ¡Y sin ella todo se reduce a nada!”

30 DE OCTUBRE

“Más de cien veces he estado a punto de arrojarme a su cuello. Sólo Dios sabe cuánto me cuesta mirar y remirar tantos encantos, sin atreverme a extender mis manos hacia ella. Apoderarse de lo que se ofrece a nuestra vista y nos embelesa, ¿no es un instinto propio de la humanidad? ¿No se esfuerza el niño por coger cuanto le gusta? Y yo..?”

3 DE NOVIEMBRE

“Sólo Dios sabe cuántas veces me he dormido con el deseo y la esperanza de no despertar jamás. Y al día siguiente abro los ojos, vuelvo a ver la luz del sol y siento de nuevo el peso de mi existencia.

“¡Ah! ¿Por qué no soy uno de esos maniquíes que se amoldan a todo, a todo, menos a sí mismos? Entonces, al menos, el insoportable fondo de mi desolación no pesaría sobre mí más que a medias. Por desgracia, comprendo que la culpa es únicamente mía. ¡La culpa!

No. Bastante es ya que lleve en mí la fuente de todos los dolores, como hace poco llevaba el manantial de todos mis placeres. ¿No soy siempre aquel hombre que otras

veces se deleitaba con los más puros goces de una exquisita sensibilidad que a cada paso creía descubrir un paraíso, y cuyo corazón abierto a un amor sin límites, era capaz de abrazar el mundo entero? Este corazón está ahora muerto, cerrado a todas las sensaciones; mis ojos están secos, y mis acerbos dolores, que no tienen desahogo, llenan de prematuras arrugas mi frente. ¡Cuánto sufro! He perdido ese don del cielo, que por sí solo embellece mi vida, esa fuerza vivificante que hacía crear mundos a mi dolor. Cuando desde mi ventana contemplo el horizonte y tras la cumbre de las colinas el sol disipa las brumas matinales y desliza sus primeros rayos hasta el fondo de los valles, mientras el sosegado río corre mansamente hacia mí, serpenteando entre los viejos troncos de los sauces desnudos; este admirable cuadro, ahora inanimado y frío como una estampa de color, este espléndido espectáculo que otras veces ha hecho desbordarse mi corazón, no derrama ahora en él ni una sola gota de entusiasmo o de contento. Allí está el hombre, inmóvil, árido, frente a su Dios, siendo un pozo vacío, una cisterna cuyas piedras se han roto con la sequía. Muchas veces me he arrodillado para pedir lágrimas al Señor, como el labrador implora la lluvia cuando ve sobre su cabeza un cielo cobrizo y a sus pies la tierra muriéndose de sed. Pero, ¡ay!, Dios no con-cede la lluvia ni el sol a nuestros ruegos importunos. ¿Por qué aquel tiempo, cuyo recuerdo me mata, era para mí tan dichoso? Porque entonces yo esperaba, confiado en que el cielo no me olvidaría, y recogía las delicias con que me embriagaba un corazón lleno de reconocimiento.”

8 DE NOVIEMBRE

“Carlota ha censurado mis excesos... ¡pero con qué tierno interés! ¡Mis excesos! Porque después de apurar un vaso de vino, sigo algunas veces bebiendo hasta consumir una botella.

“”No volváis a hacer eso—me dijo—; pensad en Carlota.”

“”¡Pensar!—exclamé. ¿Qué necesidad tenéis de recordármelo, puesto que, piense o no piense, siempre estáis presente en mi alma? Hoy me senté en el mismo sitio donde en otro tiempo os bajasteis del coche.”

“Cambió la conversación para impedirme que hablase del asunto.

“Amigo mío, aquí me tienes en un estado tal, que esta mujer hace de mí cuanto quiere.”

15 DE NOVIEMBRE

“Te doy las gracias, Guillermo, por el tierno interés que me manifiestas y por los buenos consejos que me das; pero te ruego que no te alarmes, que me dejes arrostrar la crisis. A pesar de mi abatimiento, me siento aún con bastantes fuerzas para llegar hasta el fin. Respeto la religión, bien lo sabes: para el que desmaya es un apoyo; para el que se siente devorado por la sed es un bálsamo vivificante. Pero ¿puede ni debe dar a todos la salud? ¿A cuántos ha dejado de dársela, y a cuántos no se la dará jamás, conózcanla o no la conozcan? Y a mí, ¿me salvará? ¿El mismo hijo de Dios no ha dicho que sólo estarán con él los que su padre le dé? ¿Y si su padre quiere reservarme para sí, como presiente mi corazón . . .?

“No interpretes mal mis palabras ni veas, en lo que es una idea sencilla, la menor intención de mofarse, te lo suplico. Te hablo con el corazón en la mano. A no ser así, preferiría callarme, porque no me gusta perder el tiempo diciendo palabras vanas sobre materias de que los demás entienden tan poco como yo. ¿Qué otra misión puede tener el hom-bre más que la de llenar todo el camino con sus dolores, y apurar su cáliz hasta las heces? Y puesto que este cáliz fue amargo al mismo Dios del cielo cuando lo acercó a sus labios de hombre, ¿por qué he de fingir yo una fuerza sobrehumana haciendo creer que lo encuentro dulce y agradable? ¿Por qué no he de confesar mi angustia en este momento en que mi ser tiembla y fluctúa entre la vida y la muerte, en que el pasado se proyecta como un relámpago en el sombrío abismo del porvenir, en que todo lo que me

rodea se desploma y en que el mundo parece acabarse conmigo? ¿No reconoces la voz de la criatura extenuada, desfallecida, que se hunde sin remedio, y a pesar de su inútil lucha, gritando con amargura: “¡Dios mío, Dios mio! ¿Por qué me has abandonado? ¿Y ha de darme vergüenza esta exclamación. y he de temer que llegue el momento en que se escape de mi boca, cuando se escapó de la vida de aquel que, hijo de los cielos, se ha envuelto en ellos como un sudario?”

21 DE NOVIEMBRE

“Carlota no ve ni conoce que prepara por sí misma un veneno mortal para los dos, y yo llevo con voluptuosidad la copa fatal que ella me presenta. ¿Qué significa el aire de bondad con que frecuentemente me mira? ¡Frecuentemente! No, algunas veces. ; Por qué muestra complacencia al notar el efecto que su vista me produce a despecho mío? ¿Qué causa reconoce la compasión que revela en sus ojos?

“Ayer, cuando me retiraba, me dio la mano diciéndome: “Buenas noches, querido Werther.” ¡Querido Werther! Es la primera vez que me ha llamado así, y hasta en lo más hondo de mi alma he sentido una dicha inefable. Más de cien veces he repetido estas palabras, y por la noche, al acostarme, hablando conmigo mismo, exclamé, sin darme cuenta de ello: “¡Buenas noches, querido Werther!” No he podido menos de reírme de semejante puerilidad.”

22 DE NOVIEMBRE

“Al dirigir mis ruegos a Dios, no puedo decir:“¡Conservádmela!” Y, sin embargo, hay momentos en quecreo que me pertenece. Tampoco puedo decir:

“¡Dádmela!”, porque pertenece a otro. Así es como me agito sin cesar sobre mi lecho de dolores. Basta; no sé adónde iría a parar si continuase.”

24 DE NOVIEMBRE

“No ignora Carlota lo que sufro. Su mirada ha penetrado hoy hasta lo más profundo de mi corazón. La encontré sola: yo no despegaba mis labios, y ella me miraba fijamente. Absorto ante aquella mirada sublime, llena de afectuoso interés y dula compasión, no veía en aquel momento su seductora belleza ni la aureola de inteligencia que ilumina su frente. ¿Por qué no me arrojé a sus pies o la estreché en mis brazos cubriéndola de besos? Se puso al piano: a sus armoniosos acordes unió su dulce y melodiosa voz. No he visto nunca más adorables sus labios; parecía que se entreabrían lánguidamente para aspirar los dulces sonidos del instrumento, y exhalarlos de nuevo, suavizados por su hálito. ¡Ah, si yo pudiera hacer que compartieses conmigo lo que entonces sentí! Incliné la cabeza, desfallecido, y me juré no atreverme jamás a imprimir un beso en aquella boca..., en aquella boca donde revoloteaban los celestiales serafines. Y, sin embargo, yo quiero... No; hay una barrera inaccesible que la separa de mi alma. ¡Destruir esta pureza! .... Y luego, el castigo siguiendo al pecado... ¡Un pecado!...

26 DE NOVIEMBRE

“Suelo decirme a mí mismo: Tu destino no tiene igual: comparados contigo, los demás hombres son felices; porque jamás mortal alguno se vio atormentado como tú.

“Entonces leo a cualquier poeta antiguo y me parece que es el libro mi propio corazón. ¡Qué! ¿Aún me queda tanto que sufrir? ¿Y antes que yo ha habido hombres tan desgraciados?”

30 DE NOVIEMBRE

“Nunca, nunca podrá tranquilizarse mi espíritu. Por

dondequiera que voy encuentro algo que me pone fuera de mí. Hoy mismo..., ¡Oh destino!, ¡oh pobre humanidad...! Me había ido a pasear a la orilla del río, a la hora de comer, porque no tenía ningún apetito. No había nadie. El oeste frío y húmedo soplaba de la montaña; algunas nubes grises rodeaban el valle. A larga distancia distinguí un

hombre mal vestido que andaba encorvado entre las rocas, como si buscase algo. Me acerqué a él, y al ruido de mis pasos se volvió. Tenía una fisonomía interesante, con cierta expresión de tristeza que revelaba un corazón honrado. Sus negros cabellos le caían en bucles sobre la frente, y los de atrás descendían hasta la espalda, formando una apretada trenza. Como su traje indicaba que era un hombre del pueblo, creí que no se disgustaría porque me ocupase de él, y le pregunté qué hacía.
“Dando un profundo suspiro, me contestó: “Busco flores y no las encuentro.” “Lo creo—repuse sonriendo—; ahora no es tiempo de flores.” “Hay muchas—añadió, acercándose a mí—. En mi jardín tengo rosas y dos especies de madreselvas... Una me la regaló mi padre; ésta crece con la rapidez que los hierbajos, y, sin em-bargo, hace dos días que busco una y no la encuentro. También aquí hay flores en todo tiempo: las hay amarillas, azules, rojas... y hay centenares que son unas florecillas muy lindas. Pues en vano las busco, no encuentro una siquiera.”
“Yo notaba en sus palabras y en su aire un no sé qué zahareño y feroz, y mañosamente le pregunté para qué quería las flores. Una sonrisa extraña y convulsiva contrajo su semblante. “Si me prometéis no hacerme traición— dijo, poniéndose un dedo sobre la boca—, os diré que he ofrecido un ramo a mi novia.” “Bien, muy bien”, repliqué. “¡Oh!, ella tiene muchas cosas buenas...; es rica.” “Y, aun así, hace caso de vuestro ramo.” “Tiene diamantes... y una corona...” “Pues ¿quién es? ¿Cómo se llama?” Sin responder a esta pregunta, añadió: “Si el gobierno quisiera pagarme, yo sería otro hombre. Sí; hubo un tiempo en que yo estaba bien; pero hoy.... todo ha concluido. Ya no soy nada...” Sus ojos, preñados de lágrimas, se fijaron en el cielo con viva expresión. “¿Eras feliz entonces?”, le pregunté. “¡Ah ojalá lo fuera ahora lo mismo! Sí; contento, alegre, dichoso, vivía en un verdadero paraíso.” “¡Enri-que!”, exclamó en aquel instante una anciana que se aproximaba a nosotros, ¿dónde te metes? Ando buscándote por todas partes. Vamos, ven a comer.” “¿Es hijo vuestro?”, le pregunté adelantándome hacia ella. “Sí, señor, es mi pobre hijo. Dios me ha dado una cruz bastante pesada.” “¿Hace mucho tiempo que está así?” “A Dios gracias, hace ya seis meses que ha recobrado la tranquilidad. Pero antes durante un año, ha estado furioso y fue preciso encerrarle en una casa de salud. Ahora no hace mal a nadie; pero siempre está soñando con reyes y emperadores . ¡Era tan bueno y tan cariñoso! Me ayudaba a vivir con el producto de su trabajo, porque tenía una letra preciosa... De repente dio en estar caviloso; cayó enfermo con una fiebre devoradora, y ahora... ya veis el estado en que se encuentra. Si el señor quiere que le cuente...” Interrumpí este flujo de palabras para preguntarle a qué época se refería su hijo, cuando decía que había sido muy dichoso. “¡Ah, señor! El pobre alude al tiempo en que estaba completamente loco: al que pasó en el hos-pital, cuando no tenía conciencia de sí mismo. No cesa de recordar aquellos días...” Estas palabras me hirieron como un rayo. Puse una moneda de plata en las manos de la anciana y me alejé casi corriendo.
“Entonces eras feliz—pensaba yo, caminando rápidamente hacia el pueblo. ¡Entonces vivías alegre en un verdadero paraíso! Pero, señor, ¿estará escrito en el destino del hombre que sólo puede ser feliz antes de tener razón o después de haberla perdido? ¡Pobre insensato! Envidio tu locura, envidio el laberinto mental en que te pierdes. Tú sales lleno de esperanza a coger flores para tu reina en medio del invierno, y te desesperas porque no les encuentras, y no comprendes la causa de que no las encuentres... Pero yo..., yo salgo sin esperanza, sin objeto, y vuelvo a entrar en mi casa como salgo. Tú sueñas en lo que serías si el gobierno te pagase ¡feliz criatura que sólo en un obstáculo material hallas tu desgracia, que no sabes que en el extravío de tu cerebro, en el desorden de tu espíritu estriba tu daño, del que todos los reyes de la tierra no podrían librarte! ¿Puede morir desesperado el que se ríe de los enfermos que, en su

opinión, agravan sus enfermedades y aceleran su fin yendo lejos a buscar la salud en aguas minerales maravillosas? ¿Puede morir desesperado el que insulta a la pobre criatura, cuya alma oprimida hace voto de visitar el santo sepulcro, para librarse de sus remordimientos y calmar sus escrúpulos y cuitas? Cada paso que dé sobre la tierra dura e inculta por ásperos senderos que desgarran los pies, es una gota de bálsamo echado sobre la herida de su alma, y después de la jornada de cada día, se acuesta con el corazón aliviado de una parte del fondo que le agobiaba. ¿Y os atrevéis a llamar esto necia preocupación, vosotros, charlatanes felices?... ¡Preocupación!... Dios mío, tú ves mis lágrimas. ¿Cómo al crear el hombre tan pequeño, le das hermanos que hasta le despojan en sus amarguras, robándole la confianza que ha puesto en ti, en ti, que nos amas infinitamente? Porque la fe en la virtud de una planta me-dicinal, o en el agua que destila la vid después de podada, ¿qué es si no es fe en ti, que al lado del mal has puesto el remedio y el consuelo que tanto necesitamos?
“¡Oh padre que no conozco! ¡Padre que otras veces has llenado toda mi alma, y que ahora te apartas de mí, llámame pronto a tu lado! No guardes silencio más tiempo, porque tu silencio no detendrá a mi alma impaciente. Y si entre los hombres no podría enojarse un padre porque su hijo volviese a su lado antes de la hora marcada, y se arrojase en sus brazos exclamando: “Héme aquí de regreso, pa-dre mío; no os incomodéis porque haya interrumpido el viaje que me habéis mandado terminar; el mundo es igual por todas partes; tras el dolor y el trabajo, la recompensa y el placer... ¿Qué me importa? Yo no estaré bien más que donde vos estéis; en vuestra presencia es donde yo quiero gozar y padecer... Tú, padre celestial y misericordioso, ¿podrías rechazarme?”
1 DE DICIEMBRE

“¡Oh Guillermo! Ese hombre de que te he hablado, ese desdichado feliz, tenía un empleo en casa del padre de Carlota, y una desgraciada pasión que concibió por ella..., ¡por ella!, pasión que ocultó largo tiempo y que al fin descubrió, le hizo perder su destino. Éste ha sido el origen de su locura. Estas pocas palabras, llenas de sequedad, pueden hacerte comprender lo que esta historia me habrá trastornado, cuando Alberto me la refirió con tanta frialdad como acaso vas tú a leerla.”
4 DE DICIEMBRE
“Te suplico que tengas piedad de mí, porque es un hecho que no podré soportar más tiempo mi situación.
“Hoy estaba sentado cerca de ella, que tocaba diferentes melodías en su clavicémbalo, con una expresión.... ¡con una expresión!... ¿Cómo podría pintártela? La más pequeña de sus hermanas jugaba con sus muñecas sobre mis rodillas. De pronto se me saltaron las lágrimas y bajé la cabeza; vi entonces en su dedo el anillo de boda, y mi llanto corrió con más abundancia. En aquel mismo instante comenzaba a tocar aquella antigua melodía que tanto me impresionaba, y mi corazón sintió una especie de consuelo, recordando el tiempo en que aquella música había herido agradablemente mis oídos; tiempo de felicidad en que las penas eran pocas, horas de esperanza que pronto huyeron. Me levanté y empecé a pasearme por la habitación sin orden ni concierto. Me ahogaba.
“”¡Basta—exclamé—, basta, por Dios!” Carlota se detuvo y clavó en mí una mirada investigadora.
“”Werther—dijo, muy malo debéis estar, cuando vuestra música favorita os desagrada de ese modo. Retiraos, y haced por recobrar la calma.”
“Me separé de ella y... ¡Dios mío!, tú que ves mis sufrimientos, debes ponerles fin.”
6 DE DICIEMBRE

“Su imagen me persigue: duerma o vele, ella sola llena toda mi alma. Cuando cierro los párpados, en el cerebro donde se encuentra la potencia de la vista, dispongo claramente sus ojos negros. Es imposible que te explique esto. Me duermo, y los veo también: siempre están allí, siempre fascinadores como el abismo. Todo mi ser, todo, está absorbido por ellos. ¿Qué es pues, el hombre, ese semidios tan ensalzado? ¿No le faltan las fuerzas cuando más las necesita? Y cuando bate sus alas en el cielo de los placeres, lo mismo que cuando se sumerge en la desesperación, ¿no se ve siempre detenido y condenado a convencerse de que es débil y pequeño, él, que esperaba perderse en lo infinito?”

EL EDITOR AL LECTOR

¡CUÁNTO hubiera deseado tener, respecto a los últimos días de nuestro desgraciado amigo, suficientes pormenores escritos de su propia mano, para no verme en la necesidad de intercalar relatos en la continuación de las cartas que él nos ha dejado!

He puesto empeño en recoger los más exactos detalles de las personas que debían estar mejor informadas, y estos detalles tienen todos un carácter uniforme. Las narraciones convienen hasta en las menores circunstancias. Unicamente en la manera de juzgar los sentimientos de los personajes difieren algo tanto los pareceres.

Sólo nos resta, pues, referir con fidelidad lo que nuestras averiguaciones nos han hecho conocer, añadiendo a esto las cartas o fragmentos de cartas que ha dejado aquel que ya no existe.

No se debe despreciar el menor documento auténtico, teniendo en cuenta lo difícil que es profundizar y conocer los verdaderos motivos, los móviles secretos de una acción, por insignificante que sea, cuando emana de un individuo que sale de la esfera vulgar.

El desaliento y el pesar habían echado profundas raíces en el alma de Werther, y poco a poco habían ido apoderándose de todo su ser. La armonía de sus facultades se había destruido por completo. El ciego y febril arrebato que las trastornaba causó en él los más fuertes estragos, concluyendo por sumirse en un triste abatimiento, más penoso aún de soportar que los males con que había luchado hasta entonces.

Las angustias de su corazón agotaron las fuerzas que le quedaban. Su viveza y su sagacidad se extinguieron. Cada vez se mostraba más sombrío e insociable, y, a medida que iba siendo más desgraciado, se volvía más injusto. Así, al menos, lo aseguran los amigos de Alberto, los cuales dicen que Werther no había sabido apreciar a aquel hombre de corazón recto que, gozando al fin de una dicha largo tiempo deseada, sólo pensaba en afianzar el por-venir de su felicidad. ¿Como había de comprender semejante anhelo quien disipaba y entregaba al azar los tesoros de su alma, sin reservarse para lo sucesivo más que privaciones y sufrimientos?

Afirman también que Alberto no había podido cambiar en tan poco tiempo, que era siempre el mismo hombre tan ponderado y estimado por Werther cuando empezaron a conocerse. Amaba a Carlota sobre todo en el mundo, estaba orgulloso de ella, y deseaba verla admirada por cuantos se le acercaban como la más perfecta criatura. ¿Podía vituperársele porque tratara de alejar de ella la sombra de una sospecha o porque rehusara ceder en lo más mínimo la posesión de tan preciado bien? Confiesan, ciertamente, que Alberto abandonaba con frecuencia la habitación de su mujer cuando Werther se presentaba en ella; pero no era, según dicen, ni por odio ni por indiferencia hacia su amigo, sino únicamente porque había notado el pesar secreto que su presencia ocasionaba a Werther.

Un día, hallándose enfermo el padre de Carlota y habiendo tenido necesidad de guardar cama, mandó el coche en busca de su hija. Era una hermosa mañana de invierno. Las

primeras nieves habían caído en abundancia y el campo estaba cubierto de blanca alfombra.
Werther se puso en camino al día siguiente para ir a reunirse con Carlota y acompañarla a su casa si Alberto no iba por ella.
El aire fresco y puro de la mañana hizo poca impresión en su ánimo. Un peso enorme oprimía su pecho; su espíritu se hallaba atormentado por las más tristes imágenes, y de sus ideas le hacía vagar entre crueles reflexiones. Como vivía en un perpetuo hastío de sí mismo, la situación de los demás le parecía tan violenta y agitada como la suya. Se imaginaba haber turbado la buena armonía de Alberto y Carlota, y se dirigía con este motivo los más severos reproches, mezclados de sorda indignación contra el marido. Durante el camino sus pensamientos tomaron este rumbo: "¡Ah!—se decía apretando los dientes con fu-ror—, ya está rota esa unión tan íntima, tan cordial, tan espontánea. ¿Qué ha sido de aquel tierno interés, de aquella confianza tranquila que parecía inalterable? Hoy ya no es sino hastío e indiferencia. El menor asunto interesa a ese hombre más que su mujer, ¡una mujer tan adorable! Pero ¿sabe él acaso apreciarla? ¿Sospecha ni remotamente lo que vale? ¡Y ella le pertenece, es suya!... ¡Oh!, bien lo sé. Debía haberme acostumbrado ya a esta idea, y, sin em-bargo, me desespera y acabará por matarme. Y la amis-tad que Alberto me había prometido, ¿qué se ha hecho de ella? ¿No ve en mi adhesión a Carlota un ataque a sus derechos y en mis atenciones y cuidados, una embozada censura? Lo conozco y lo siento; me ve con disgusto; quisiera tenerme muy lejos de aquí: mi presencia es un peso para él."
Razonando así, tan pronto aceleraba su marcha como la detenía. Algunas veces parecía querer volverse atrás; pero de nuevo emprendía el camino, sumido siempre en sombrías reflexiones que sólo se adivinaban por algunas palabras entrecortadas que salían de sus labios. De este modo llegó a la casa sin darse apenas cuenta de ello. Entró preguntando por el juez y por Carlota, y encontró a toda la gente en conmoción. El mayor de los hermanos de Carlota le hizo saber que había sucedido una desgracia en Wahlheim: un aldeano había sido asesinado. Esta noticia no hizo en él mayor impresión, y se dirigió a la sala inmediata, donde halló a Carlota esforzándose por retener a su padre, quien enfermo y todo como estaba, quería marchar en seguida al lugar del crimen, para instruir las primeras diligencias sobre aquel crimen, cuyo autor era aún desconocido. Se había encontrado el cadáver por la mañana muy temprano delante de la puerta de un cortijo y las sospechas recaían ya en alguno. La víctima había estado al servicio de una viuda, que poco antes despidió a otro criado con motivo de un grave disgusto.
Cuando Werther supo estas circunstancias, se levantó de repente exclamando:
—¿Es posible? Se impone que vaya yo sin perder un momento.
Se dirigió a Walheim, convencido, luego que reunió todos sus recuerdos, de que el autor del crimen era aquel joven a quien él había hablado tantas veces y que le había inspirado grandes simpatías. Como era indispensable pasar por los tilos para llegar al figón donde habían depositado el cadáver, no pudo menos de experimentar cierta turbación a la vista de aquellos lugares que en otro tiempo le fueron tan queridos. El umbral de la puerta donde los chicos acudían a jugar frecuentemente estaba lleno de sangre. Así el amor y la fidelidad sentimientos los más bellos del hombre habían degenerado en violencia y asesinato. Parecía que para armonizar con este pensamiento, los corpulentos árboles, despojados de follaje, se habían cubierto de escarcha; el seto vivo que rodeaba las tapias del cementerio había perdido su hermoso color verde y dejaba ver, a través de anchos portillos, las piedras de los sepulcros llenas de nieve.
Al aparecer Werther en el figón, adonde había acudido todo el pueblo, se dejó oír un grave murmullo.

A lo lejos se distinguía un pelotón de hombres armados, y todos comprendieron que traían al asesino.
No bien dirigió Werther una mirada sobre el preso, se disiparon sus dudas.
Si, era él; era aquel criado tan enamorado de su ama, a quien pocos días antes había visto presa de negra melancolía y luchando contra una secreta desesperación.
—¿Qué has hecho, desgraciado?—le preguntó al acercarse.
El preso miró a Werther sin despegar sus labios luego dijo fríamente:
—Ella no será de nadie, ni nadie será de ella.
Condujeron al asesino a presencia de su víctima y Werther se alejó precipitadamente. La extraña y violenta emoción que acababa de experimentar había trastornado su seso; se sintió arrancado de su melancólica apatía por el irre-sistible interés que le inspiraba aquel joven y por un deseo ardiente de salvarle. Comprendía tan bien la desesperación que le había impulsado al crimen; le encontraba tantas disculpas y se penetraba tan profundamente de la situación de aquel infortunado, que se creía capaz de hacer participar de sus sentimientos a todo el mundo.
Ardía ya en deseos de defender a voz en grito al acusado, el discurso más elocuente pugnaba ya por brotar de sus labios. Corrió a casa del juez, ordenando mentalmente los apasionados argumentos con que pensaba inclinar su ánimo en favor del prisionero.
Al entrar en el salón encontró a Alberto, cuya presencia le desconcertó por un instante; pero bien pronto se repuso, y dirigiéndose al juez, le manifestó su opinión sobre aquel trágico suceso, con la convicción de que se sentía animado.
El juez movió varias veces la cabeza durante el relato y, aunque Werther hizo uso de toda la energía, todo el arte persuasivo que un hombre puede emplear en defensa de un semejante, el magistrado. como era lógico, no dio señales de sensibilidad ni vacilación. Sin dejar concluir a nuestro amigo, refutó con brío sus doctrinas y le censuró por mostrarse tan decididamente protector de un crimi-nal. Le demostró que, con tal sistema, todas las leyes serian fáciles de eludir y la seguridad pública se vería comprometida constantemente. Añadió que, en un asunto de tal gravedad, no podía intervenir del modo que lo hacía sin incurrir en una gran responsabilidad, y que era preciso que el proceso siguiera su curso ordinario.
Werther sin embargo, no se desanimó, y suplicó al juez que consintiese en hacer la vista gorda respecto a la evasión del prisionero; pero también sobre este punto fue inflexible el magistrado.
Alberto, que hasta entonces había permanecido silencioso tomó parte en la discusión para apoyar lo dicho por el juez. Werther, en vista de esto, enmudeció y se alejó con el corazón traspasado de amargura mientras el juez repetía:
—No, no; nada puede salvarle.
No es difícil calcular la impresión que estas palabras hicieron en el ánimo de Werther, conociendo algunas frases escritas, sin duda, aquel mismo día que hemos encontrado entre sus papeles.
“¡No es posible salvarte, desgraciado! No; bien veo que nada puede salvarnos.”
Lo que Alberto había dicho del criminal en presencia del juez, causó a Werther extraordinaria extrañeza. Creyó descubrir en sus palabras una alusión a él y sus sentimientos, y, por más que algunas maduras reflexiones le hicieron comprender que aquellos dos hombres podían tener razón, se resistía a abandonar su proyecto y sus ideas.
Entre sus papeles hemos encontrado otra nota que se refiere a esta circunstancia y expresa tal vez sus verdaderos sentimientos para Alberto:
“¿De qué sirve decirme y repetirme: es bueno y honrado? ¡Ah! Cuando así se me desgarra el corazón, ¿puedo yo ser justo?”

***

La tarde era apacible y el tiempo propendía al deshielo. Carlota y Alberto se volvieron a pie. De vez en cuando volvía ella la cabeza, como echando de menos la compañía de Werther. Alberto hizo recaer la conversación en su amigo y le censuró con justicia. Habló de su desgraciada pasión, y dijo que había debido alejarse por su propio interés.
—Yo lo deseo también por nosotros—añadió—, Y te ruego, Carlota, que trates de dar otro giro a sus ideas y sus relaciones contigo, diciéndole que escasee sus visitas. La gente empieza ya a ocuparse de esto, y yo sé que somos objeto de juicios poco caritativos.
Carlota guardó silencio, y Alberto creyó comprender el motivo de ésta reserva. Desde aquel momento no volvió a hablar de Werther: si ella, por casualidad o intencionadamente, pronunciaba el nombre de su amigo, él mudaba o interrumpía la conversación. La vana tentativa de Werther para salvar al infeliz aldeano, fue como el último resplandor de una llama moribunda. Cayó en un abatimiento cada vez más profundo, y una desesperación mansa se apoderó de él cuando supo que quizá le llamarían para declarar contra el asesino, que procuraba defenderse negando su crimen. Todo lo que había sufrido hasta entonces en el transcurso de su vida activa, sus disgustos en casa del embajador, sus proyectos frustrados, todo, en fin, lo que le había herido o contrariado, acudía en tropel a su memoria y le agitaba terriblemente. Creyéndose condenado a la inacción por tan repetidas contrariedades, todo lo veía cerrado a su paso y se sentía incapaz de soportar la vida.
Así, pues, encerrado perpetuamente en sí mismo, consagrado a la idea fija de una sola pasión, perdido en un laberinto sin salida por sus relaciones diarias con la mujer adorada cuyo reposo turbaba, agotando inútilmente sus fuerzas y debilitándose sin esperanza, se iba familiarizando cada vez más con el horrible proyecto que bien pronto debía realizar Insertaremos aquí algunas cartas que dejó y que dan exacta idea de su turbación, de su delirio de sus crueles angustias, de sus luchas supremas y del desprecio que sentía por la vida:
12 DE DICIEMBRE
“Querido Guillermo: Me encuentro en un estado que debe parecerse al de los que antiguamente se creían poseídos del espíritu maligno. No es el pesar, no es tampoco un deseo ardiente, sino una rabia sorda y sin nombre lo que me desgarra el pecho, me anuda la garganta y me sofoca. Sufro, quisiera huir de mí mismo, y paso las noches va-gando por los parajes desiertos y sombríos de que abunda esta estación enemiga.
“Anoche salí. Sobrevino súbitamente el deshielo y supe que el río se había salido de madre, que todos los ar-royos de Welhein corrían desbordados y que la inundación era completa en mi querido valle. Me dirigí a él cuando rayaba la medianoche, y presencié un espectáculo aterrador. Desde la cumbre de una roca vi a la claridad de la luna revolverse los torrentes por los campos, por las praderas y entre los vallados, devorándolo y sumergiéndolo todo; vi desaparecer el valle; vi en su lugar un mar rugiente y espumoso, azotado por el soplo de los huracanes. Después, profundas tinieblas; después la luna, que aparecía de nuevo para arrojar una siniestra claridad sobre aquel soberbio e imponente cuadro. Las olas rodaban con es-trépito..., venían a estrellarse a mis pies violentamente... Un extraño temblor y una tentación inexplicable se apoderaron de mí. Me encontraba allí con los brazos extendidos hacia el abismo, acariciando la idea de arrojarme en él. Sí, arrojarme y sepultar conmigo en su fondo mis dolores y sufrimientos. Pero ¡ay qué desgraciado soy! No tuve fuerzas para concluir de una vez con mis males, mi hora no ha llegado todavía, lo conozco. ¡Ah, Guillermo!

¡Con qué placer hubiera dado esta pobre vida humana para confundirme con el huracán, rasgar con él los mares y agitar sus olas! ¡Ah!, ¿no alcanzaremos nunca esta dicha los que nos consumimos en nuestra prisión? ¡Qué tristeza se apoderó de mí cuando mis ojos se fijaron en el sitio donde había descansado con Carlota bajo un sauce después de un largo rato de paseo! También allí había llegado la inundación, y a duras penas pude distinguir la copa del sauce. Pensé entonces en la casa del juez en sus prados... El torrente debía de haber arrancado también nuestros pabellones y destruido nuestros lechos de césped. Un luminoso rayo del pasado brilló ante mi alma, como brilla en los sueños de un cautivo una ola de luz que le finge praderas ganado o grandezas de la vida. Yo estaba allí de pie... ¡Ah! ¿Es que me falta valor para morir? Yo debía... Y, sin embargo, heme aquí como una pobre vieja que recoge del suelo sus andrajos y va de puerta en puerta pidiendo pan para sostener y prolongar un instante más su miserable vida."

14 DE DICIEMBRE

"¿Qué es esto, amigo mío? Estoy asustado de mí mismo. El amor que ella me inspira, ¿no es el más puro, el más santo y el más fraternal de los amores? ¿He abrigado nunca en lo más recóndito de mi alma un deseo culpable? ¡Ah; no me atrevería a asegurarlo. ¡Si ahora mismo sueño! ¡Cuánta razón tienen los que dicen que somos juguetes de fuerzas misteriosas!

"Anoche..., temo decirlo..., la tenía entre mis brazos, fuertemente estrechada contra mi corazón... Sus labios balbuceaban palabras de cariño, interrumpidas por un millón de besos, y mis ojos se embriagaban con la dicha que rebosaba de los suyos. ¿Soy culpable, Dios mío, por acordarme de tanta felicidad y porque deseo soñar otra vez lo mismo? ¡Carlota!, Carlota! ... Hace ocho días que mis sentidos se han turbado; ya no tengo fuerzas ni para pensar; mis ojos se llenan de lágrimas. No me hallo bien en ninguna parte, y, sin embargo, estoy bien en todas. No
espero nada, nada deseo. ¿No es mejor que me ausente?"

* * *

La resolución de abandonar este mundo había ido robusteciéndose y afirmándose en el ánimo de Werther. Desde su vuelta al lado de Carlota había considerado la muerte como el término de sus males y como recurso extremo de que siempre podría disponer. Pero se había propuesto no acudir a él de una manera brusca y violenta. No quería dar este último paso sino con mucha calma e impulsado por la más firme convicción. Sus incertidum-bres, sus luchas se reflejan en algunas líneas que parecen ser el principio de una carta a su amigo. El papel no tiene ninguna fecha:

"Su presencia..., su situación..., el interés que manifiesta por mi suerte, arrancan lágrimas de mi cerebro petrificado.

"Levantar el vuelo y seguir adelante: esto es todo...

¿Por qué asustarse? ¿Por qué dudar? ¿Acaso porque se ignore lo que hay allá, porque no vuelve, o más bien porque es propio de nuestra naturaleza suponer que todo es confuso y tinieblas en lo desconocido?"

Cada vez se acostumbraba más a estos funestos pen-samientos, y llegaron a hacérsele en extremo familiares. Su proyecto fue, al fin, determinado de una manera irre-vocable. La prueba se encuentra en la siguiente carta de doble sentido que escribió a su amigo:

20 DE DICIEMBRE

"Agradezco, querido Guillermo, que tu amistad haya comprendido tan bien lo que yo quería decir. Tienes razón; lo mejor que puedo hacer es ausentarme. Pero la invitación que me haces para que vuelva a vuestro lado no está muy en armonía con mi

pensamiento. Antes haré una corta excursión, a la que convidan el frío continuado que es de esperar y los caminos que estarán en buen estado. Tu deseo de venir a buscarme me agrada mucho; pero te ruego me concedas un plazo de quince días, y que esperes a recibir otra carta mía en la que te comunique mis últimas noticias. Di a mi madre que ruegue a Dios por su hijo; dile también que le pido perdón por todos los pesares que le he causado. Sin duda, entraba en mi destino apesadumbrar a las personas a quienes hubiera querido hacer fe luces. Adiós, mi querido amigo; el cielo derrame sobre ti sus bendiciones.”

* * *

No intentamos describir ahora lo que pasaba en el corazón de Carlota y los sentimientos que en él despertaban su esposo y su desgraciado amigo, por más que el conocimiento que tenemos de su carácter nos permite formar una idea aproximada.

Toda mujer dotada de un alma noble se identificará con ella y comprenderá lo que ha debido sufrir. Indudablemente, estaba decidida a hacer cuanto de su parte dependiera para alejar a Werther. Si aún vacilaba, su vacilación era hija de afectuosa piedad: sabía bien cuánto había de costar a su amigo aquel paso supremo, porque conocía hasta dónde llegaban sus fuerzas. Y, sin embargo, no tardó en verse obligada a tomar una resolución. Su marido continuaba guardando silencio sobre el asunto, y ella hacía otro tanto; pero esto era un nuevo motivo para que demostrase con hechos que sus sentimientos encerraban la misma dignidad que los de Alberto.

El día en que Werther escribió a su amigo la última carta que hemos copiado era el domingo anterior a la Navidad. Fue por la tarde a casa de Carlota y la encontró sola, entretenida en preparar algunos regalos que pensaba hacer a sus hermanos el día de Nochebuena. Con este motivo él habló de la alegría que iban a experimentar los niños cuando abriéndose de pronto una puerta. viesen aparecer el árbol de la Navidad lleno de velitas, de dulces y de juguetes.

—Vos también—dijo, ocultando con una sonrisa el embarazo que la presencia de Werther le causaba—tendréis vuestro aguinaldo si sois juicioso: una vela y alguna otra cosa.

—¿A qué llamáis ser juicioso?—preguntó él—. ¿Cómo debo, cómo puedo yo ser, Carlota?

—El jueves—repuso ella—es la víspera de la Navidad, y vendrán los niños con mi padre. Cada uno recibirá entonces su aguinaldo. Venid también ese día..., pero antes, no.

Werther se quedó aterrado.

—Os ruego—añadió Carlota—que lo hagáis así, y os lo ruego porque lo exige mi tranquilidad. Esto no puede continuar, Werther; no, no puede continuar.”

Él bajó los ojos y, paseándose por la habitación a grandes pasos, murmuraba entre dientes: “Esto no puede continuar.”

Carlota, al ver el violento estado en que habían sumido sus palabras, trató por mil medios de distraerle de sus pensamientos; pero fue en vano

—No, Carlota—exclamó—, no volveré a veros.

—¿Por qué, Werther? Podéis y hasta debéis venir

a vernos, pero también debéis procurar ser más dueño de vos. ¡Ah! ¿Por qué habéis nacido con ese fuego indomable y esa apasionada violencia que mostráis en vuestras afecciones? Os suplico—añadió cogiéndole la mano— que procuréis dominaros. Vuestro talento, vuestras relaciones, vuestra instrucción os tienen reservados muchos goces. Sed hombre... y triunfaréis de esa fatal inclinación que os arrastra hacia una mujer que todo lo que puede hacer por vos es compadeceros.

Werther rechinó los dientes y la miró con aire sombrío. Carlota, mientras tanto, retenía entre sus manos la de su amigo.

—Tened calma—le dijo—. ¿No comprendéis que corréis voluntariamente a vuestra ruina? ¿Por qué he de ser yo, precisamente yo..., que pertenezco a otro hombre?... ¡Ah!, temo que la imposibilidad de obtener mi amor es lo que exalta vuestra pasión.
Werther retiró su mano y miró a Carlota con disgusto
—Está bien—asintió—; sin duda esa observación se le ha ocurrido a Alberto. Es profunda. . ., ¡muy profunda! . . .
—Cualquiera puede hacerla—repuso ella. ¿No habrá en todo el mundo una joven capaz de satisfacer los deseos de vuestro corazón? Buscadla; yo os respondo de que la encontraréis. Hace bastante tiempo que deploro, por vos y por nosotros, el aislamiento en que os habéis condenado. Vamos, haced un pequeño esfuerzo; un viaje puede distraeros; si buscáis bien, encontraréis algún objeto dig-no de vuestro cariño, y entonces podéis volver para que disfrutemos todos de esa tranquilidad que da una amistad sincera.
—Podrían imprimirse vuestras palabras—dijo Werther sonriendo con amargura—y recomendarlas a todos los que se dedican a la enseñanza. ¡Ah, querida Carlota!, concededme un corto plazo, y todo se arreglará.
—Concedido; pero no volváis hasta la víspera de la nochebuena.
Werther iba a responder cuando entró Alberto. Se saludaron en tono seco y desabrido, y ambos se pusieron a pasear, uno al lado del otro, visiblemente azorados. Werther habló de cosas insignificantes que dejaba a medio decir; Alberto, después de hacer otro tanto, preguntó a su mujer por algunos encargos que le tenía encomendados.
Al saber que no habían sido terminados, le dirigió algunas frases que Werther encontró no sólo frías sino duras. Éste quiso marcharse, y le faltaron las fuerzas. Permaneció allí hasta las ocho, aumentándose su mal humor, cuando vio que ponían la mesa, tomó su bastón y su sombrero. Alberto le invitó a quedarse; pero él consideró la invitación como un acto de obligada cortesía, y se retiró dando fríamente las gracias. Cuando volvió a su casa tomó la luz de mano de su criado, que quería alumbrarle, y subió solo a su habitación. Una vez en ella, se puso a recorrerla a grandes pasos, sollozando y hablando solo, pero en voz alta y con calor; acabó por arrojarse vestido sobre el lecho, donde el criado le halló tendido a las once, cuando entró a preguntarle si quería que le quitase las botas. Wer-ther consintió que lo hiciera, prohibiéndole al mismo tiempo que entrara en su cuarto al día siguiente antes de que él le llamase.
El lunes 21 de diciembre, por la mañana, escribió a Carlota la siguiente carta, que se encontró cerrada sobre su mesa y fue remitida a la persona a quien se dirigía. La insertamos aquí por fragmentos, como parece que él la escribió:
“Es cosa resuelta, Carlota: quiero morir y te lo participo sin ninguna exaltación romántica, con la cabeza tranquila, el mismo día en que te veré por última vez.
“Cuando leas estas líneas, mi adorada Carlota yacerán en la tumba los despojos del desgraciado que en los últimos instantes de su vida no encuentra placer más dulce que el placer de pensar en ti. He pasado una noche terrible: con todo, ha sido benéfica, porque ha fijado mi resolución. ¡Quiero morir!
“Al separarme ayer de tu lado, un frío inexplicable se apoderó de todo mi ser; refluía mi sangre al corazón, y respirando con angustiosa dificultad pensaba en mi vida, que se consume cerca de ti, sin alegría, sin esperanza. ¡Ah!, estaba helado de espanto. Apenas pude llegar a mi alcoba, donde caí de rodillas, completamente loco. ¡Oh Dios mío!, tú me concediste por última vez el consuelo de llorar. Pero ¡qué lágrimas tan amargas! Mil ideas, mil proyectos agitaron tumultuosamente mi espíritu, fundiéndose al fin todos en uno solo, pero firme, inquebrantable: ¡morir! Con esta resolución me acosté, con esta resolución, inquebrantable y firme como ayer, he despertado: ¡quiero morir! No es desesperación, es convencimiento: mi carrera está concluida, y me

sacrifico por ti. Sí, Carlota, ¿por qué te lo he de ocultar? Es preciso que uno de los tres muera, y quiero ser yo. ¡Oh vida de mi vida! Más de una vez en mi alma desgarrada ha penetrado un horrible pensamiento: matar a tu marido..., a ti..., a mí. Sea yo, yo solo; así será.

"Cuando al anochecer de algún hermoso día de verano subas a la montaña, piensa en mí y acuérdate de que he recorrido muchas veces el valle; mira luego hacia el cementerio, y a los últimos rayos del sol poniente vean tus ojos cómo el viento azota la hierba de mi sepultura. Estaba tranquilo al comenzar esta carta, y ahora lloro como un niño. ¡Tanto martirizan estas ideas mi pobre corazón!"

Werther llamó a su criado cerca de las diez. Mientras le vestía, le dijo que iba a hacer un viaje de algunos días, y que era preciso, por tanto, sacar la ropa y preparar las maletas; le mandó, además, arreglar las cuentas, recoger muchos libros que había prestado y dar a algunos pobres, a quienes socorría una vez por semana, el importe anticipado de la limosna de dos meses.

Se hizo servir el almuerzo en su cuarto, y después de haber comido, se dirigió a la casa del juez, a quien no encontró. Se paseó por el jardín con aire pensativo que parecía indicar el deseo de fundir en una sola todas las ideas capaces de avivar sus amarguras. Los niños del juez no le dejaron solo mucho tiempo: salieron a su encuentro saltando de alegría y le dijeron que cuando llegase mañana y pasado mañana, y el día siguiente, Carlota les daría los aguinaldos: sobre esto le contaron todas las maravillas que les prometía su imaginación. "¡Mañana —exclamó Werther—, y pasado mañana..., y después otro día!"

Los abrazó cariñosamente, se disponía a abandonarlos, cuando el más pequeño dio señales de querer decir algo al oído. El secreto se redujo a participarle que sus hermanos mayores habían escrito felicitaciones para el año nuevo: una para el papá, otra para Alberto y Carlota, y otra para Werther. Todas las entregarían por la mañana temprano el primer día del año. Estas palabras le enternecieron: hizo algunos regalos a todos y tras de encargarles que saludaran a su papá, montó a caballo y se marchó llorando.

A las cinco volvió a su casa; recomendó a la criada que cuidase de la lumbre hasta la noche, y encargó al criado que empaquetase los libros y la ropa blanca y metiese en la maleta los trajes.

Parece probable que después de esto debió de ser cuando escribió el siguiente párrafo de su última carta de Carlota:

"Tú no me esperas; tú crees que voy a obedecerte y a no volver a tu casa hasta la víspera de la Navidad... ¡Oh Carlota!..., hoy o nunca. El día de la Nochebuena tendrás este papel en tus manos trémulas y lo humedecerás con tus preciosas lágrimas. Lo quiero..., es preciso. ¡Oh, qué contento estoy de mi resolución!"

Entre tanto, Carlota se encontraba en una situación de ánimo bien extraña. En su última entrevista con Werther había comprendido cuán difícil le sería decidirle a que se alejara, y había adivinado mejor que nunca los tormentos que el infeliz iba a sufrir separado de ella.

Habiendo participado a su marido, como incidentalmente, que Werther no volvería hasta la víspera de la Navidad. Alberto se marchó a ver al juez de un distrito inmediato para ventilar un asunto que debía retenerle hasta el siguiente día.

Carlota estaba sola, ninguna de sus hermanas se encontraba a su lado. Aprovechando esta circunstancia, se abandonó a sus ideas y dejó vagar su espíritu entre los afectos de su pasado y su presente.

Se contemplaba unida a un hombre cuyo amor y fidelidad le eran bien conocidos y a quien amaba con toda su alma; a un hombre que por su carácter, tan entero como

apacible, parecía formado para asegurar la felicidad de una mujer honrada. Comprendía lo que este hombre era y debía ser siempre para ella y para su familia. Por otra parte, le había sido tan simpático Werther desde el momento en que se conocieron, y llegó a serle tan querido, era tan espontáneo el afecto que los unía, y había engendrado tal intimidad el largo trato que medió entre ambos, que el corazón de Carlota conservaba de ello impresiones indelebles. Se había acostumbrado a contarle todo lo que pensaba, todo lo que sentía.

Su marcha, por tanto, iba a producir en la vida de Carlota un vacío que nada podía llenar. ¡Ah!, si ella hubiera podido hacerle su hermano, ¡qué feliz habría sido! ¡Si hubiera podido casarlo con alguna de sus amigas! ¡Si hubiera podido restablecer la buena inteligencia que antes reinó entre Alberto y él! Pasó en su mente revista a todas sus amigas, y en todas encontraba defectos...; ninguna le pareció digna del amor de Werther. Después de mucho reflexionar concluyó por sentir confusamente, sin atreverse a confesárselo, que el secreto deseo de su corazón era reservárselo para ella, por más que se decía a sí misma que ni podía ni debía hacerlo. Su alma, tan pura y tan hermosa, y hasta entonces tan inaccesible a la tristeza, recibió en aquel momento una herida cruel. La perspectiva de su dicha se disipaba entre las nubes que cubrían el horizonte de su vida.

A las seis y media oyó a Werther, que subía la escalera, preguntando por ella. Al momento reconoció sus pasos y su voz, y el corazón le latió vivamente por primera vez, podemos decirlo, al acercarse el joven. De buena gana habría mandado que le dijesen que no estaba en casa, y, cuando le vio entrar, no pudo menos que exclamar con visible azoramiento y llena de emoción.

—¡Ah!, habéis faltado a vuestra palabra.

—Yo nada os prometí—repuso él.

—Pero debisteis haber atendido mis súplicas, teniendo en cuenta que os las hice para bien de amigos.

No se daba cuenta de lo hacía, ni de lo que decía y envió por dos amigas suyas para no encontrarse sola con Werther. Éste dejó algunos libros que había llevado y pidió otros. Carlota esperaba con afán que sus amigas llegasen, pero un momento después deseaba lo contrario. Volvió la criada y dijo que ninguna de las dos podía complacerla.

Entonces se la ocurrió dar a la criada orden de que se quedara en la habitación inmediata haciendo labor; pero en seguida cambió de idea.

Werther se paseaba por la sala con visible agitación.

Carlota se sentó al clavicémbalo y quiso tocar un minué; pero sus dedos se resistían a secundar su intento. Abandonó el clavicémbalo y fue a sentarse al lado de Werther, que ocupaba en el sofá su sitio de costumbre.

—¿No traéis nada que leer?—dijo Carlota.

No traía él nada.

—Ahí, en la cómoda—prosiguió ella—, tengo la traducción que hicisteis de algunos cantos de Ossián. Todavía no la he visto, porque esperaba que vos me la leeríais; pero hasta ahora no se ha presentado ocasión.

Werther sonrió y fue a buscar el manuscrito. Al cogerlo experimentó un involuntario estremecimiento; al hojearlo se llenaron de lágrimas sus ojos. Luego, esforzándose para que su voz pareciera segura, leyó lo que sigue:

—”¡Estrella del crepúsculo que resplandeces soberbia en occidente, que asomas tu radiante faz entre las nubes y te paseas majestuosa sobre la colina!..., ¿qué miras a través del follaje? Los indómitos vientos se han calmado; se oye lejano el ruido del torrente; las espumosas olas se estrellan al pie de las rocas y el confuso rumor de los insectos nocturnos se cierne en los aires. ¿Qué miras, luz hermosa? Sonríes y sigues tu

camino. Las ondas se elevan gozosas hasta ti, bañando tu brillante cabellera. ¡Adiós, rayo de luz dulce y tranquilo! ¡Y tú, sublime luz del alma de Ossián brilla aparece a mis ojos! Vedla; allí asoma en todo su esplendor. Ya distingo a mis amigos muertos; se reúnen en Lora como durante mejores días... Fingal avanza con una húmeda columna de bruma; en torno suyo están sus valientes. Ved los dulcísimos bardos; Ulino, con su cabello gris; el majestuoso Ryno; Alpino, el celestial cantor, y tú, quejumbrosa Minona! ¡Cuánto habéis cambiado, amigos míos, desde las fiestas de Selma, donde nos diputábamos el honor de cantar, como los céfiros de primavera colum-pian unas tras otras las lozanas hierbas de la montaña! Se adelantó Minona, en todo el esplendor de su belleza, con la vista baja y los ojos llenos de lágrimas. Flotaba su cabellera a merced del viento que soplaba desde la colina. El alma de los héroes se entristeció al oír su dulce canto, porque habían visto muchas veces la tumba de Salgar, y muchas también la agreste morada de la blanca Colma..., de Colma, abandonada en la montaña, sin más compañía que la del eco de su voz armoniosa. Salgar había prometido ir; pero, antes que llegase, la noche envolvió en sus tinieblas a Colma. Escuchad su voz; oíd lo que cantaba vagando por la montaña:
“”COLMA.—Es de noche; estoy sola, extraviada en las tempestuosas cimas de los montes. El viento silba en torno mío. El torrente se precipita con estruendo desde lo alto de las rocas. No tengo ni una cabaña que me defienda contra la lluvia, y estoy abandonada entre estos peñascos azotados por la tormenta. Rompe, ¡oh luna!, tu prisión de nubes. ¡Dejadme ver vuestros resplandores, luceros de la noche! Guíeme un rayo de luz al sitio donde el dueño de mi amor reposa de las fatigas de la caza, con el arco suelto a sus pies, con los perros jadeando en su derredor. ¿Es preciso que permanezca aquí, sola y sentada sobre la roca, encima de la cóncava cascada? Oigo los rugidos del torrente y del huracán, pero, ¡ay!, no llega a mi oído la del que amo. ¿Por qué tarda tanto mi Salgar? ¿Habrá olvidado su promesa? Éstos son la roca y el árbol, éstas las espumosas ondas. Tú me ofreciste venir aquí al anochecer... ¡Ah! ¿Dónde estás, Salgar mío? Yo quería huir contigo, yo quería abandonar por ti a mi orgulloso padre y a mi orgulloso hermano. Hace mucho tiempo que son enemigas nuestras familias; pero nosotros no somos enemigos, Salgar. ¡Cálmate por un momento, huracán! ¡Enmudece por un instante, potente catarata! Dejad que mi voz resuene por todo el valle, y que la oiga mi viajero. Salgar, yo soy quien te llama. Aquí están el árbol y la roca. Salgar, dueño mío, aquí me tienes; ven... ¿Por qué tardas? La luna aparece; las olas, en el valle, reflejan sus rayos; las rocas se esclarecen; las cumbres se iluminan. Sin embargo, no veo a mi amado. Sus perros, que siempre se le adelantan, no me anuncian su venida. ¡Ah, Salgar! ¿Por qué me dejas sola? Pero ¿quiénes son aquellos que se distinguen allá abajo entre los arbustos? Hablad, amigos míos... ¡Oh!, no contestan. . . ¡Qué ansiedad siente mi alma!... ¡Están muertos! Sus cuchillas se han enrojecido con la sangre del combate. ¡Oh, hermano mío!..., ¿por qué has matado a mi Salgar? Y tú mi querido Salgar, ¿por qué has matado a mi hermano? ¡Os quería tanto a los dos! ¡Estabas tú tan bello entre los mil guerreros de la montaña! ¡Y él era tan bravo en la pelea! Escuchad mi voz y respondedme, amados míos. Pero, ¡ay de mí!, se hallan mudos, mudos para siempre. Sus corazones per-manecen helados como la tierra. ¡Oh!, desde las altas rocas, desde las cumbres en que se forman las tempestades, habladme vosotros, espíritus de los muertos. Yo os escucharé sin pavor. ¿Adónde habéis ido a reposar? ¿En qué gruta del monte podré encontrarlos? Ninguna voz suspira en el viento; ningún gemido solloza entre los de la tempestad. Aquí, abismada en mi dolor, anegada en llanto, espero la nueva aurora. Cavad su sepultura, amigos de los muertos; pero no la cerréis hasta que yo baje a ella. Mi vida se desvanece como un sueño. ¿Acaso puedo sobrevivirlos? Aquí, cerca del torrente que salta entre peñascos, es donde quiero quedarme con ellos. Cuando la noche

caiga sobre la montaña y silbe el viento entre los matorrales, mi espíritu se lanzará al espacio lamentando la muerte de mis amigos. El cazador me oirá desde su cabaña de follaje; mi voz le dará miedo y, sin embargo me amará, porque será dulce mientras llore por ellos. ¡Los quería tanto! Así cantabas, ¡oh Minona, bella y pálida hija de Thormann! Nuestras lágrimas corren por Colma y nuestra alma se torna sombría como la noche. Ulino apareció con el arpa y nos hizo oír el canto de Alpino. Alpino fue un cantor melodioso, y el alma de Ryno era un rayo de fuego. Pero uno y otro yacían en la estrecha mansión de los muertos, y sus voces no resonaban ya en Selma. Un día, volviendo Ulino de la caza, antes que los dos héroes hubiesen sucumbido, los oyó cantar en la colina. Su canto era dulce, pero no triste. Se lamentaban de la muerte de Morar, el mayor de los héroes. El alma de Morar era gemela de la de Fingal; su espada, semejante a la espada de Os-car. Murió; gimió su padre, y los ojos de su hermana Minona se llenaron de lágrimas al oír el canto de Ulino. Minona retrocedió como la luna esconde su cabeza detrás de las nubes cuando presiente la tempestad. Yo acompañaba con el arpa el canto de las lamentaciones.”

“”RYNO.— Cesaron ya el viento y la lluvia las nubes se disipan; el cielo aparece diáfano; el sol, caminando al ocaso dora con sus últimos rayos las crestas de los montes. El torrente enrojecido rueda por el valle. Dulce es el murmullo del río, pero más dulce es la voz de Alpino cuando canta a los muertos. Su cabeza está inclinada por el peso de los años, y sus ojos, escaldados por el llanto. Alpino, celes-tial cantor, ¿por qué vagas solitario por la montaña silenciosa? ¿Por qué gimes como el viento en el bosque y como la ola que se rompe en lejana playa?”

“”ALPINO.—Mi llanto, Ryno, brota por los muertos. Mi voz va hacia los habitantes del sepulcro. Tú eres ágil y esbelto, Ryno, eres bello entre los hijos de la montaña; pero caerás como Morar, y la aflicción irá también a sentarse sobre tu ataúd. La montaña te olvidará, y tu arco abandonado penderá de lo alto de la muralla. ¡Oh, Morar!, tú eras ligero como el corzo que ama la colina, terrible como el fuego del cielo en la oscuridad de la noche; tu cólera era una tempestad, tu espada era un rayo en el combate, tu voz era el rugido del torrente después de la lluvia, el del trueno rodando sobre las montañas. Muchos han caído al golpe de tu brazo; la llama de tu cólera los ha consumido... Pero cuando volvías de la guerra, ¡qué dulce y apacible era tu encanto! Tu rostro parecía el sol después de la tormenta; parecía la luna iluminando una noche serena. Tu pecho era un reflejo del mar cuando se calma el viento que lo agita. ¡Qué pequeña y sombría es ahora tu mora-da! Con tres pasos se mide la sepultura del que no ha mucho fue tan grande. Cuatro piedras cubiertas de musgo son tu único monumento. Un árbol sin hojas, altas hierbas que columpia la brisa. Eso es todo lo que revela al experto cazador el sitio donde yace el poderoso Morar. Tú no tienes madre ni amante que te lloren: murió la que te dio el ser: murió también la hija de Morglan. ¿Quién es aquel hombre que se apoya tristemente en un bastón? ¿Quién es aquel hombre cuya cabeza blanquea antes de tiempo, y no cesa de llorar? Es tu padre, ¡oh Morar!, tu padre, que no tenía otro hijo. Muchas veces oyó hablar de tu valor, de los enemigos que cayeron a los golpes de tu espada: muchas veces oyó hablar de la gloria de Morar ¡ay!, ¿por qué le contaron también tu muerte? Llora, desgraciado padre, llora, que tu hijo no te oirá. El sueño de los muertos es muy profundo; su almohada de polvo está muy honda. No se levantará tu hijo al oír tu voz; no se despertará a tus gritos. ¡Ah!, ¿cuándo penetrará la luz en el sepulcro? ¿Cuándo se podrá decir al que duerme en él: “despierta”? ¡Adiós, noble joven; adiós, valiente guerrero! Ya no volverán a verte los campos de batalla; ya el bosque sombrío no se iluminará con el centelleo de tu espada. No has dejado hijos, pero el canto de los trovadores conservará y transmitirá tu nombre a la posteridad. Las edades futuras oirán hablar de tus hazañas y conocerán a Morar. La aflicción de los

guerreros era profunda; pero los sollozos de Armino la dominaban. Este canto le recordó la pérdida de un hijo, muerto en la flor de su edad. Carmor estaba junto al héroe; Carmor, el príncipe de Galmar. “¿Por qué suspiras de este modo?” le dijo. ¿Es aquí donde hay que llorar? La música y el canto que se dejan oír, ¿no son para reanimar el espíritu, lejos de abatirle? Ligeros vapores se escapan del lago, invaden el bosque y humedecen las flores: el sol aparece brillante, los vapores se disipan. ¿Por qué estás triste, ¡oh Armi-no!, tú que reinas en Gorma, que tiene un cinturón de olas?”
“”ARMINO.—Estoy triste, y tengo motivos poderosos para estarlo. Carmor, tú no has perdido un hijo ni tienes que llorar la muerte de una hija radiante de hermosura. Colgar, el intrépido joven, vive aún, y como él la bella Almira. Los retoños de tu raza florecen, Carmor, pero Armino es el último de una rama seca. Sombrío es tu lecho, Daura; sombrío es tu sueño en el sepulcro. ¿Cuándo despertarás? ¿Cuándo volverá a resonar tu voz melodiosa? Levantaos, vientos del otoño..., desencadenaos sobre la oscura maleza... Torrentes de la selva, desbordaos... Huracanes, arrancad a vuestro paso las encinas... Y tú, luna, muestra y esconde alternativamente tu pálido rostro entre las rasgadas nubes. Recuérdame la terrible noche en que murieron mis hijos, mi valiente Arindal y mi querida Daura. Daura, hija mía; tú eres tan hermosa como el astro de plata que esclarece la colina, blanca como la nieve y dulce, dulce como la brisa embalsamada de la de la mañana. Arindal, tu arco era invencible, fuerte tu lanza, poderosa tu mirada, como la nube que rueda sobre las olas; tu escudo parecía un meteoro en el seno de una tempestad. Armar célebre en los combates, solicitó el amor de Daura, y bien pronto lo obtuvo. Pero Erath, hijo de Odgall, temblaba de rabia porque su hermano había sido muerto por Armar. Vino disfrazado de batelero; su barca se columpiaba gallardamente sobre las ondas. Traía el pelo blanco; su semblante era grave y tranquilo. “¡Oh!, tú, la más bella de las jóvenes, amable hija de Armino— dijo—, allá abajo, en una roca, no lejos de la orilla, espera Armar a su querida Daura.” Ella le siguió y llamó a Armar; pero el eco sólo contestó a su voz. “Armar, dueño mío, mi bien, ¿por qué me apesadumbras de este modo? Escucha, hijo de Armath, oye mis ruegos... Es tu Daura quien te llama.” El traidor Erath la dejó sobre la roca, y volvió a tierra riéndose. Daura se deshizo en gritos, llaman-do a su padre y a su hermano: “Arindal, Armino, no vendréis ninguno de los dos a salvar a vuestra Daura?” Arindal, mi hijo, descendió de la montaña cargado con el botín de la caza, con las flechas suspendidas del costado, el arco en la mano y rodeado de cinco perros negros. Distinguió en su orilla al imprudente Erath; se apoderó de él y le ató a un roble con fuertes ligaduras. Mientras Erath llenaba de gemidos el espacio, Arindal, apoderándose de su barca, se dirigió a la roca donde se hallaba Daura. En esto, llega Armar, prepara furioso una flecha, silba el dardo, y tú. hijo mío, pereces del golpe destinado al pérfido Erath. En el momento en que la barca arribó a la roca, Arindal dio el último suspiro. ¡Oh, Daura! La sangre de tu hermano corrió a tus pies. ¡Cuál sería tu desesperación! La barca deshecha contra la roca, se sumergió en el abismo. Armar se arrojó al agua para salvar a Daura o morir. Una ráfaga de viento baja de la montaña, arremolina el oleaje, y Armar desaparece y no vuelve a aparecer. Mi desgraciada hija quedaba sin amparo, sola, sobre un peñasco azotado por las olas. Yo, su padre, oía sus lamentos y nada podía intentar en su auxilio. Toda la noche permanecí en la orilla, contemplándola a los débiles rayos de la luna. Toda la noche estuve oyendo sus clamores. El viento silbaba, el agua caía a torrentes, y la voz de Daura se iba debilitando a medida que se acercaba el día. Pronto se extinguió por completo, como se desvanece la brisa de la tarde entre las hierbas de la montaña. Consumida por la desesperación, expiró, dejando a Armino solo en el mundo. Mi valor, mis fuerzas y mi orgullo murieron con ella. Cuando las tor-mentas bajan de la montaña, cuando el viento del norte alborota el oleaje, yo me siento en la ribera, y fijo mis ojos en la funesta roca.

Muchas veces mientras la luna aparece en el cielo, veo flotar en una penumbra luminosa las almas de mis ojos, que vagan por el espacio unidas en abrazo fraternal.”
Un torrente de lágrimas que brotó de los ojos de Carlota, desahogando su oprimido corazón, interrumpió la lectura de Werther. Éste arrojó a un lado el manuscrito y, apoderándose de una de las manos de la joven, vertió también amargo llanto. Carlota, apoyando la cabeza en la otra mano, se cubrió el rostro con su pañuelo. Víctimas él y ella de una terrible agitación, veían su propio infortunio en la suerte de los héroes de Ossián y juntos lo deploraban. Sus lágrimas se confundieron. Los ardientes labios de Werther tocaron el brazo de Carlota. Ella se estremeció y quiso alejarse; pero el dolor y la compasión la tenían clavada en su asiento, como si una masa de plomo pesase sobre su cabeza. Ahogándose y queriendo dominarse, suplicó, sollozante, a Werther que prosiguiese la lectura, su voz rogaba con un acento celestial.
Werther, cuyo corazón latía con tal violencia, que parecía querer salirse del pecho, temblaba como un azogado, tomó el libro y leyó con insegura voz:
—¿Por qué me despiertas, soplo embalsamado de la primavera? Tú me acaricias y me dices: “Traigo conmigo el rocío del cielo; pero pronto estaré marchito, porque pronto vendrá la tempestad que arrebatará mis hojas. Mañana llegará el viajero; vendrá el que me ha conocido en toda mi belleza; su vista me buscará en torno suyo, me buscará y no me encontrará.”
Estas palabras causaron a Werther un profundo abatimiento. Se arrojó a los pies de Carlota, completa y espantosamente desesperado, y cogiéndole las manos, las oprimió contra su frente.
Carlota sintió entonces un vago presentimiento de un siniestro propósito. Turbado su juicio, cogió a su vez las manos de Werther y las colocó sobre su corazón. Inclinóse hacia él con ternura, y sus abrasadas mejillas se tocaron. El mundo desapareció para ellos; él la estrechó entre sus brazos, la apretó contra su pecho y cubrió de frenéticos besos los temblorosos labios de su amada, que balbucía palabras entrecortadas.
—¡Werther!—murmuraba ella con voz ahogada y desviándose—. ¡Werther!—repetía, y con suave movimiento trataba de alejarse—. ¡Werther!—exclamó por tercera vez, ya con acento digno e imponente.
Él se sintió dominado; la soltó y se arrojó al suelo como un loco.
Carlota se levantó y, completamente turbada, indecisa entre el amor y la cólera, le dijo:
—Es la última vez, Werther; no volveréis a verme
Y, lanzando sobre aquel desgraciado una mirada llena de amor, corrió a la habitación inmediata y se encerró, afligida, en ella.
Werther extendió las manos sin atreverse a detenerla. En el suelo, Y con la cabeza apoyada en el sofá, permaneció más de una hora sin dar señales de vida.
Al cabo de este tiempo oyó ruido y volvió en sí. Era la criada qué venía a poner la mesa. Se levantó y empezó a pasear por la habitación. Cuando volvió a quedarse solo, se aproximó a la puerta por donde había desaparecido Carlota, y exclamó en voz baja:
—¡Carlota! ¡Carlota! Una palabra sola, un adiós siquiera...
Ella guardó silencio. Esperó él, suplicó, esperó de nuevo... Por último, se alejó de la puerta gritando:
— ¡Adiós, Carlota...; adiós para siempre!
Llegó a las puertas de la ciudad; los guardias, que estaban acostumbrados a verle, le dejaron pasar. Caían menudos copos de nieve; él, sin embargo, no volvió a la población hasta una hora antes de medianoche.
Cuando llegó a su casa, el criado notó que no llevaba sombrero; pero no se atrevió a decírselo. Le ayudó a desnudarse; toda la ropa estaba calada. Más tarde encontraron el sombrero en un peñasco que se destaca sobre todos los de la montaña y que parece

querer desgajarse sobre el valle. No se comprende como en una noche lluviosa y oscura pudo llegar a aquel punto sin despeñarse.
Se acostó y durmió largo tiempo: cuando el criado entró en el cuarto al día siguiente para despertarle, le halló escribiendo, y le pidió café, que le sirvió en seguida.
Entonces Werther añadió estos párrafos a la carta que tenía empezada para Carlota:
“Ésta es la última vez que abro los ojos; la última, ¡ay de mí! Ya no volverán a ver la luz del sol, que hoy se oculta detrás de una niebla densa y sombría. ¡Si, viste de luto, naturaleza! Tu hijo, tu amigo, tu amante se acerca a su fin. ¡Ah, Carlota!, es una cosa que no se parece a nada y que sólo puede compararse con las percepciones confusas de un sueño, el decirse: “¡Esta mañana es la última!” Carlota, apenas puedo darme cuenta del sentido de esta palabra: “¡La última!” Yo, que ahora tengo la plenitud de mis fuerzas, mañana estaré sobre la tierra rígido y sin vida. ¡Morir! ¿Qué significa esto? Ya lo ves: los hombres soñamos siempre que hablamos de la muerte. He visto morir a mucha gente; pero somos tan pobres de inteligencia, que a pesar de cuanto vemos, cunea sabemos nada del principio ni del fin de la vida. En este momento todavía soy mío..., todavía soy tuyo, si, tuyo, querida Carlota; y dentro de poco..., ¡separados.... desunidos, quizá para siempre! ¡No, Carlota, no! ¿Cómo puedo dejar de ser? Existimos, sí. ¡Dejar de ser! ¿Qué significa esto? Es una frase más, un ruido vano que mi corazón no comprende. ¡Muerto, Carlota! ¡Cubierto por la tierra fría en un rincón estrecho y sombrío! Tuve en mi adolescencia una amiga que carecía de apoyo y de consuelo. Murió y la acompañé hasta la fosa, donde estuve cuando bajaron el ataúd; oí el crujir de las cuerdas cuando las soltaron y cuando las recogieron. Luego arrojaron la primera palada de tierra, y la fúnebre caja produjo un ruido sordo, después más sordo, y después más sordo todavía, hasta que quedó completamente cubierta de tierra. Caí al lado de la fosa, delirante, oprimido, y con las entrañas hechas pedazos. Pues bien: yo no sé nada de lo que hay más allá del sepulcro. ¡Muerte! ¡Sepulcro! No comprendo estas palabras.
“¡Oh! ¡Perdóname, perdóname! Ayer... aquél debió ser el último momento de mi vida. ¡Oh ángel! Fue la primera vez, si, la primera vez que una alegría pura y sin límites llenó todo mi ser.
“Me ama, me ama... Aún quema mis labios el fuego sagrado que brotaba de los suyos; todavía inundan mi corazón estas delicias abrasadoras. ¡Perdóname, perdóname! Sabía que me amabas; lo sabía desde tus primeras miradas aquellas miradas llenas de tu alma; lo sabía desde la primera vez que estrechaste mi mano. Y, sin embargo, cuando me separaba de ti o veía a Alberto a tu lado, me asaltaban por doquiera rencorosas dudas.
“¿Te acuerdas de las flores que me enviaste el día de aquella enojosa reunión en que ni pudiste darme la mano ni decirme una sola palabra? Pasé la mitad de la noche arrodillado ante las flores, porque eran para mí el sello de tu amor; pero, ¡ay!, estas impresiones se borraron como se borra poco a poco en el corazón del creyente el sentimiento de la gracia que Dios le prodiga por medio de símbolos visibles. Todo perece, todo; pero ni la misma eternidad puede destruir la candente vida que ayer recogí en tus labios y que siento dentro de mí. ¡Me ama! Mis brazos la han estrechado, mi boca ha temblado, ha balbuceado palabras de amor sobre su boca. ¡Es mía! ¡Eres mía! Sí, Carlota, mía para siempre. ¿Qué importa que Alberto sea tu esposo? ¡Tu esposo! No lo es más que para el mundo, para ese mundo que dice que amarte y querer arrancarte de los brazos de tu marido para recibirte en los míos es un pecado. ¡Pecado!, sea. Si lo es, ya lo expío. Ya he saboreado ese pecado en sus delicias, en sus infinitos éxtasis. He aspirado el bálsamo de la vida y con él he fortalecido mi alma. Desde ese momento eres mía, ¡eres mía, oh Carlota! Voy delante de ti; voy a reunirme con mi padre, que también lo es tuyo, Carlota; me quejaré y me consolará hasta que tú llegues. Entonces volaré a tu encuentro, te cogeré en mis brazos y nos uniremos en presencia del Eterno; nos

uniremos con un abrazo que nunca tendrá fin. No sueño ni deliro. Al borde del sepulcro brilla para mí la verdadera luz. ¡Volveremos a vernos! ¡Veremos a tu madre y le contaré todas las cuitas de mi corazón! ¡Tu madre! ¡Tu perfecta imagen!”
A las once llamó Werther a su criado y le preguntó si había regresado Alberto. El criado contestó que le había visto pasar a caballo. Entonces le mandó una esquela abierta que sólo contenía estas palabras:
“¿Quieres hacerme el favor de prestarme tus pistolas para
un viaje que he proyectado? Consérvate bueno. Adiós.”

***

La pobre Carlota apenas había podido dormir la noche anterior. Su sangre pura, que hasta entonces había corrido tranquilamente por sus venas, se agitaba en curso febril. Mil sensaciones distintas con movían su noble corazón. ¿Era que abrasaba su seno el calor de las caricias de Werther o que estaba indignada de su atrevimiento? ¿Era que le mortificaba comparar su situación del momento con su vida pasada, con sus días de inocencia, sosiego y confianza? ¿Cómo presentarse a su esposo? ¿Cómo con-fesarle una escena de que ella misma no quería darse cuenta, por más que no tuviese nada de que avergonzarse? Mucho tiempo hacía que marido y mujer no hablaban de Werther, y precisamente ella debía romper el silencio para hacerle una confesión no menos penosa que inesperada. Temía que el solo anuncio de la visita de Werther fuese para Alberto una gran mortificación. ¿Qué sucedería cuando supiera él todo lo ocurrido? ¿Podría esperarse que juzgara las cosas sin pasión y las viese tales como habían pasado? ¿Podría desearse que leyera claramente en el fondo de su alma? Y, por otra parte, ¿cómo disimular ante un hombre para quien el pecho de ella había sido siempre un transparente cristal y a quien no había ocultado ni quería ocultar nunca el menor pensamiento? Estas reflexiones la abrumaban, abismándola en una cruel incertidumbre, y siempre se volvía su pensamiento hacia Werther que la adoraba; hacia Werther, a quien no podía abandonar y a quien era preciso que abandonase. ¡Ah..., qué vacío para ella!
Aunque la agitación de su espíritu no le permitiese ver claramente la verdad de las cosas, comprendió que pesaba sobre ella la fatal desavenencia que separaba a su marido y Werther; dos hombres tan buenos y tan inteligentes que empezando por ligeras divergencias de sentimiento, habían llegado a una mutua reserva y a una indiferencia glacial. Cada uno se encerraba en el círculo de su propio derecho y de los errores del otro. Se había aumentado la tirantez por ambas partes y había llegado a ser tal la situación, que ya no podía despejarse sin violencia. Si los hubiera unido más una dichosa confianza en los primeros momentos, si la amistad y la indulgencia hubieran abierto sus almas a algunas dulces expansiones, acaso habría sido posible salvar al desgraciado joven. Una circunstancia particular aumentaba la perplejidad de Carlota. Werther, como hemos visto en sus cartas, no ocultó nunca su deseo de abandonar el mundo. Alberto había combatido esta idea muchas veces, y con frecuencia había cuestionado sobre ella con su mujer. Impulsado por una instintiva repugnancia hacia el suicidio, Alberto había sostenido muy a menudo, con una rudeza impropia de su carácter, que semejante resolución no era de hombre serio, y hasta se había permitido alguna burla sobre el asunto, haciendo así que su incredulidad se reflejara un tanto en Carlota. Esto la tranquilizaba un poco cuando en su espíritu aparecían siniestras imágenes; pero esto mismo impedía que participara sus temores a su marido.
No tardó Alberto en llegar, y ella salió a recibirle con una solicitud no exenta de embarazo. Alberto parecía disgustado. No había podido terminar sus asuntos por ciertas

dificultades, hijas del carácter intratable y minucioso del juez. El mal estado de los caminos había acabado de ponerle de mal humor.
Preguntó si había ido alguien durante su ausencia, y su mujer se apresuró a decirle que Werther había estado allí la víspera por la tarde. Informado después de que en su cuarto tenía algunas cartas y paquetes que habían llevado para él, dejó sola a Carlota. La presencia del hombre por quien sentía tanto cariño y tanto respeto, operó una nueva revolución en el espíritu de ella. El recuerdo de la generosidad del esposo, de su amor y de sus bondades, le devolvió el sosiego. Experimentó un secreto deseo de seguirle, y decidida a ello, hizo lo que hacía muchas veces: ir a buscarle a su cuarto. Le encontró abriendo y leyendo las cartas; algunas parecían preñadas de noticias desagradables. Le formuló varias preguntas sobre esto, y él contestó lacónicamente, poniéndose luego a escribir.
Durante una hora permanecieron silenciosos, uno enfrente del otro. Carlota se entristecía por momentos. Comprendía que, aunque su marido estuviese del mejor humor del mundo, iba a verse apurada para darle cuenta de lo que sentía su corazón, y cayó en un abatimiento que se tornaba más profundo a medida que se esforzaba ella por ocultar y devorar sus lágrimas.
La llegada del criado de Werther aumentó la turbación que experimentaba. El hombre entregó la carta de su amo, y Alberto, después de leerla, se volvió fríamente hacia su mujer, y le dijo:
—Dale mis pistolas—y volviéndose luego al criado, añadió—: Decid a vuestro amo que le deseo un buen viaje.
Estas palabras produjeron en Carlota el efecto de un rayo. Apenas tuvo fuerzas para levantarse. Se dirigió lentamente a la pared, descolgó las armas y las limpió con mano temblorosa.
Estaba indecisa, y habría tardado largo rato en entregárselas al criado si Alberto, con una mirada interrogadora, no la hubiese obligado a obedecer al punto. Carlota entregó las pistolas al criado sin poder articular una sola palabra. Cuando éste hubo salido, ella volvió a tomar su labor y se retiró a su cuarto, presa de una turbación espantosa y con el corazón agitado por siniestros presentimientos.
Tan pronto quería ir a arrojarse a los pies de su marido y confesarle la escena de la víspera, la turbación de su conciencia y sus terribles temores, como desistía de hacerlo, preguntándose de qué serviría aquel paso. ¿Podría esperar que su marido, atendiendo a sus ruegos, corriese inmediatamente a casa de Werther?
La comida estaba en la mesa. Llegó una amiga de Carlota sin más objeto que charlar un poco, pero temiendo importunar, quiso retirarse. Carlota la retuvo en su compañía. Esto dio margen a una conversación que animó la comida, y, aunque esforzándose, se charló, y al cabo se dio todo al olvido.
El criado de Werther llegó a su casa con las pistolas y las entregó a su amo, que se apresuró a cogerlas al saber que venían de manos de Carlota.
Mandó que le llevaran pan y vino, y encargando después a su criado que fuera a comer, se puso a escribir:
“Han pasado por tus manos; tú misma les has quitado el polvo, tú las has tocado..., y yo las beso ahora una y mil veces.
“¡Angel del cielo, tú favoreces mi resolución! Tú, Carlota, eres quien me presentas este arma destructora, así recibiré la muerte de quien yo quería recibirla. ¡Qué bien me he enterado por el criado de los menores detalles! Temblabas al entregarle estas armas...; pero ni un adiós me envías. ¡Ay de mí!, ni un adiós. ¿Acaso el odio me ha cerrado tu corazón por aquel instante de embriaguez que me ha uni-do a ti para siempre? ¡Ah,

Carlota!, el transcurso de los siglos no borrará aquella impresión; y tú, estoy seguro de ello, no podrás aborrecer nunca a quien tanto te idolatra.”
Después de comer mandó al criado que acabase de empaquetarlo todo. Rompió muchos papeles, salió a pagar algunas cuentas que tenía pendientes y se volvió luego a su casa. Más tarde, a pesar de que llovía, salió de nuevo y llegó hasta el jardín del difunto conde de M., fuera de la población. Estuvo paseándose largo tiempo por los alrededores y regresó a su morada al anochecer. Entonces se puso a escribir:
“Guillermo: por última vez he visto los campos, el cielo y los bosques. También a ti te doy el último adiós. Tú, madre mía, perdóname. Consuélala, Guillermo. Dios os colme de bendiciones. Todos mis asuntos quedan arreglados. Adiós, volveremos a vernos..., y entonces seremos más felices.”
***
“Mal he pagado tu amistad, Alberto; pero sé que me perdonas. He turbado la paz de tu hogar, he introducido la desconfianza entre vosotros... Adiós: ahora voy a subsanar estas faltas. ¡Quiera el cielo que mi muerte os devuelva la dicha! ¡Alberto, Alberto!, haz feliz a ese ángel para que la bendición de Dios descienda sobre ti.”
***
Por la noche aún estuvo revolviendo sus papeles; rompió muchos, que arrojó al fuego, y cerró algunos pliegos dirigidos a Guillermo. El contenido de éstos se reducía a breves disertaciones y pensamientos sueltos, de los cuales no conozco más que una parte. A eso de las diez hizo que encendieran lumbre, mandó que le llevaran una botella de vino y envió a dormir a su criado. El cuarto de éste, como los de todos los que vivían en la casa, se hallaba a gran distancia del de Werther. El criado se acostó vestido para estar dispuesto muy temprano, porque su amo le había dicho que los caballos de posta llegarían antes de las seis de la mañana.
DESPUÉS DE LAS ONCE
“Todo duerme en torno mío, y mi alma está tranquila. Te doy gracias, ¡oh Dios!, por haberme concedido en momento tan supremo resignación tan grande. Me asomo a la ventana, amada mía, y distingo a través de las tempestuosas nubes algunos luceros esparcidos en la inmensidad del cielo. ¡Vosotros no desapareceréis, astros inmortales! El Eterno os lleva, lo mismo que a mí. Veo las estrellas de la Osa, que es mi constelación favorita, porque, de noche, cuando salía de su casa, la tenía siempre delante. ¡Con qué delicia la he contemplado muchas veces! ¡Cuántas he levantado mis manos hacia ella para tomarla por testigo de la felicidad de que entonces disfrutaba! ¡Oh Carlota!, ¿qué hay en el mundo que no traiga a mi memoria tu recuerdo? ¿No estás en cuanto me rodea? ¿No te he robado codicioso como un niño, mil objetos insignificantes que habías santificado con sólo tocarlos?
“Tu retrato, este retrato querido, te lo doy suplicándote que lo conserves. He estampado en él mil millones de besos, y lo he saludado mil veces al entrar en mi habitación y al salir de ella. Dejo una carta escrita para tu padre, rogándole que proteja mi cadáver. Al final del cementerio, en la parte que da al campo, hay dos tilos, a cuya sombra deseo reposar. Esto puede hacer tu padre por su amigo, y tengo la seguridad de que lo hará. Pídeselo tú también. Carlota. No pretendo que los piadosos cristianos dejen depositar el cuerpo de un desgraciado cerca de sus cuerpos. Deseo que mi sepultura esté a orillas de un camino
o en un valle solitario, para que, cuando el sacerdote o el levita pasen junto a ella, eleven sus brazos al cielo, bendiciéndome, y para que el samaritano la riegue con sus lágrimas. Carlota, no tiemblo al tomar el cáliz terrible y frío que me dará la embriaguez de la muerte. Tú me lo has presentado, y no vacilo. Así van a cumplirse todas las esperanzas y todos los deseos de mi vida, todos, sí, todos.

“Sereno y tranquilo voy a llamar a la puerta de bronce del sepulcro. ¡Ah, si me hubiese cabido en suerte morir sacrificándome por ti! Con alegría con entusiasmo hubiera abandonado este mundo, seguro de que mi muerte afianzaba tu reposo y la felicidad de toda tu vida. Pero, ¡ay!, sólo algunos seres privilegiados logran dar su sangre por los que aman y ofrecerse en holocausto Para centuplicar los goces de sus preciosas existencias. Carlota, deseo que me entierren con el traje que tengo puesto, porque tú lo has bendecido al tocarlo. La misma petición hago a tu padre. Prohibo que me registren los bolsillos. Llevo en uno aquel lazo de cinta color de rosa que tenías en el pecho el primer da que te vi rodeada de tus niños... ¡Oh! Abrázalos mil veces y cuéntales el infortunio de su desdichado amigo. ¡Cuánto los quiero! Aún los veo agruparse en torno mío. ¡Ay, cuánto te he amado desde el momento en que te vi! Desde ese momento comprendí que llenarías toda mi vida... Haz que entierren el lazo con-migo... Me lo diste el día de mi cumpleaños, y lo he conservado como sagrada reliquia. ¡Ah!, nunca sospeché que aquel principio tan agradable me condujese a este fin. Ten calma, te lo ruego; no te desesperes... Están cargadas... Oigo las doce... ¡Sea lo que ha de ser! Carlota..., Carlota... ¡Adiós, adiós!”

Un vecino vio el fogonazo y oyó la detonación; pero como todo permaneció tranquilo, no se cuidó de averiguar lo ocurrido. A las seis de mañana del siguiente día entró el criado en la alcoba con una luz, y vio a su amo tendido en el suelo, bañado en su sangre y con una pistola al lado. Le llamó y no obtuvo respuesta. Quiso levantarle y observó que todavía respiraba. Corrió a avisar al médico y a Alberto. Cuando Carlota oyó llamar, un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Despertó a su marido y se levantaron. El criado, acongojado y sollozando, les dio la fatal noticia. Carlota cayó desmayada a los pies de su marido.

Cuando el médico llegó al lado del infeliz Werther, le halló todavía en el suelo y en un estado deplorable. Latía el pulso aún; pero todos sus miembros estaban paralizados. Había entrado la bala por encima del ojo derecho, haciendo saltar los sesos. Le sangraron de un brazo, y corrió la sangre; todavía respiraba. Unas manchas de sangre que se veían en el respaldo de su silla indicaban que consumó el suicidio sentado delante de la mesa donde escribía y que en las convulsiones de la agonía había rodado al suelo. Se hallaba tendido boca arriba, cerca de la ventana, vestido y calzado, con frac azul y chaleco amarillo.

La gente de la casa y de la vecindad, y poco después todo el pueblo, se pusieron en movimiento. Llegó Alberto. Habían acostado a Werther en su lecho con la cabeza vendada. Su rostro tenía ya el sello de la muerte. No se movía; pero sus pulmones funcionaban aún de un modo espantoso: unas veces casi imperceptiblemente, otras con ruidosa violencia. Se esperaba que de un momento a otro exhalase el último suspiro. No había bebido más que un vaso de vino de la botella que tenia sobre la mesa. El libro Emilia Galotti (8) estaba abierto sobre el pupitre. Eran indescriptibles la consternación de Alberto y la desesperación de Carlota.

El anciano juez llegó turbado y conmovido. Abrazó al moribundo, bañándole el rostro con su llanto. No tardaron en reunírsele sus hijos mayores, y se arrodillaron junto al lecho, besando las manos del herido y no pudieron contener el más intenso dolor. El mayor, que había sido siempre el predilecto de Werther, se colgó al cuello de su amigo y permaneció abrazado a él hasta que expiró.

La presencia del juez y las medidas que tomó evitaron todo desorden. Hizo enterrar el cadáver por la noche a las once en el sitio que había indicado Werther. El anciano y sus hijos fueron formando parte del fúnebre cortejo; Alberto no tuvo valor para tanto. Durante algún tiempo se temió por la vida de Carlota.

Werther fue conducido por jornaleros al lugar de su sepultura, sin que le acompañara ningún sacerdote.

FIN

(8) Tragedia del célebre poeta Golthold Efraín Lessing, que nació en 1729 y murió en 1781.

Faciitado por la Universidad de Chile

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo